

**EL  
FACTOR  
HYNNEK**

**MANUEL BESCÓS**

# **EL FACTOR HYNEK**

Manuel Bescós

A papá y mamá y a Lu,  
por prestarse a hacer de conejillos de indias  
sin protestar ni una sola vez.

## CAPÍTULO 1

—¡¿Pero qué cojones...?!

No solía decir tacos. Era una costumbre que su madre se había empeñado en erradicar y generalmente era capaz de mantenerlos a raya. Los reservaba para momentos de mucha tensión, en los que simplemente brotaban sin que pudiera controlarlos.

Agarrado con ambas manos al volante, dentro del coche completamente inmóvil, Diego se inclinaba hacia delante para mirar hacia el cielo a través del parabrisas. El motor, la radio y las luces se habían apagado simultáneamente cuando aquel foganazo rojo iluminó la carretera frente a él.

Una mole oscura, enorme, se deslizó a través del cielo nocturno tapando la luz de las estrellas a su paso.

El día había empezado tan gris y monótono como cualquier otro. Para la que debía ser la última entrevista antes de completar la redacción final de su reportaje había estado dando una serie interminable de tumbos por polvorientos caminos de tierra antes de conseguir localizar la granja que buscaba.

El tipo fue muy amable. Le dio una cerveza muy fría, que Diego agradeció con sinceridad, y estuvo hablando sin parar sobre su negocio, sobre cómo aquellas sanguijuelas que vendían sus productos a los distribuidores no paraban de regatear en el precio. Lo estaban asfixiando, repetía continuamente, y si la cosa seguía así no tardaría en tener que cerrar y largarse de allí. Y a ver qué hacían una vez hubiese liquidado todo. ¿De dónde creen los idiotas de las ciudades que sale la comida que encuentran en los supermercados?, preguntaba una y otra vez.

Era un hombre peculiar que no paraba de introducir de manera equivocada palabras rimbombantes en su discurso. Diego supuso que las habría aprendido viendo concursos en la televisión y que le gustaba utilizarlas aunque no estuviera del todo convencido de saber lo que querían decir. Seguro que a él le sonaban estupendamente, en cualquier caso. A partir de ese momento su imaginación empezó a volar por libre. Dejó de prestar atención a la aburrida charla de su anfitrión y, en lugar de ello, empezó a trazar las líneas de un personaje basado en él. Definitivamente, aquel tipo tenía potencial.

Tras despedirse y dar las gracias al hombre por su tiempo, Diego volvió a su viejo Toyota, cogió la bandolera de cuero del asiento del acompañante y sacó un cuaderno repleto de marcapáginas de colores. Lo abrió por la mitad, rebuscó un poco y se lanzó a garabatear todas las ideas que habían llegado revoloteando a su mente. Quizá podría encajar el personaje en alguno de

sus proyectos.

Consultó el reloj y suspiró pesadamente. Le quedaban unas cinco horas de carretera por delante, Con suerte llegaría a casa un poco antes de la medianoche. Estaba harto de ir dando tumbos de aquí para allá semana tras semana, mes tras mes, escribiendo sobre asuntos que le eran completamente indiferentes. Seguía soñando con conseguirse una pequeña casita en algún lugar apartado y tranquilo, en la que poder instalar un modesto despacho en el que daría forma a todas aquellas historias que esbozaba en sus libretas y nunca llegaba a comenzar. Pero los años caían uno detrás de otro y no lograba avanzar ni un milímetro en esa dirección.

Todo había empezado con un reflejo rojo apenas percibido por el rabillo del ojo. Diego tamborileaba mecánicamente sobre el volante al ritmo de la música que escupían los altavoces incrustados en las puertas. De repente algo en el retrovisor llamó su atención, aunque no era capaz de saber qué había sido. Fijó la atención en el espejo un par de segundos pero no vio nada más que campos de girasoles bañados en oscuridad. Ni un solo coche circulaba por aquella larga recta de una carretera secundaria perdida en mitad de ninguna parte.

Entonces ocurrió de nuevo. Y esta vez sí pudo verlo con total claridad.

En mitad de la meseta castellana, aislado, rodeado de terrenos perfectamente llanos hasta donde alcanza la vista y apenas habitados, se alza un pequeño y peculiar grupo de edificios. Desde la carretera, a unos cientos de metros de distancia, llaman particularmente la atención dos de ellos: dos enormes esferas truncadas de más de quince metros de diámetro que se yerguen en mitad del páramo sobre unas bases rectangulares como dos gigantescas bolas de golf en mitad de un green. En su interior se esconden, protegidas de las inclemencias meteorológicas, unas potentes antenas de radar.

El controlador de guardia dudó un momento antes de descolgar el auricular para llamar a su supervisor. Apenas llevaba tres meses de servicio en el Escuadrón de Vigilancia Aérea y temía haber metido la pata en algo. Miró la sala a su alrededor, bañada por el brillo de las pantallas.

—Señor, creo que debería ver esto —dijo al fin.

Su superior resopló pesadamente antes de ponerse en pie.

—¿Qué ocurre, señor Otero? —preguntó cuando llegó junto al controlador.

—Hay algo en mi pantalla, señor. Es algo... inusual, señor.

El supervisor apoyó una mano en la mesa y otra en el respaldo del controlador y se agachó para revisar las lecturas que arrojaba el monitor.

—¿Será posible? —murmuró.

El supervisor golpeó unas cuantas veces la pantalla con la yema del dedo índice, como si confiara en que todo aquello se debiera a una extraña avería. Obviamente, nada cambió. Hizo algunas comprobaciones en la pantalla y se irguió de nuevo.

—Otero no pierda de vista ese retorno ni un segundo. Voy a reasignar el resto de sus tareas. Anote todos y cada uno de los datos, por insignificante que parezcan. Vamos a tener que elaborar un informe detallado de este asunto.

El supervisor regresó a la carrera a su despacho. Cerró la puerta tras de sí y tecleó con urgencia en su teléfono. Alguien descolgó al segundo tono.

—Pegaso, tenemos otro.

La segunda vez el fogonazo fue mucho más nítido.

Diego se quedó atónito.

Duró sólo un instante. Uno, dos segundos quizás.

¿Qué demonios había sido eso?

Diego estaba mirando nuevamente por el retrovisor cuando un potentísimo haz de luz de un color rojo intenso había iluminado una enorme extensión circular del campo y la carretera a su espalda.

Y tan repentinamente como había aparecido, se había apagado.

Sorprendido, Diego pulsó el botón del elevalunas. El aire tibio de la noche se coló a raudales en el habitáculo. Redujo un poco la velocidad y acercó la cabeza hacia el marco metálico de la ventanilla. Trató de captar algún sonido.

Nada. Sólo el rumor del motor de su coche, el rozamiento de los neumáticos sobre el asfalto y, de fondo, la música que retumbaba en los altavoces de la radio.

Aflojó un poco el pedal. El murmullo del motor se redujo algo más. Seguía sin oír nada diferente.

Tenía el dedo sobre el botón de apagado de la radio cuando el haz de luz roja volvió a aparecer, brotando desde el cielo, ahora sobre los campos del lado derecho de la carretera. Parecía estar mucho más cerca esta vez.

Y de nuevo, un par de segundos más tarde, la luz se apagó.

Diego sintió como el corazón se aceleraba en su pecho. Aquello no le gustaba.

Acercó de nuevo la cabeza a la ventanilla. Aguzó el oído en busca del familiar sonido de un rotor de helicóptero. Pero no escuchaba nada.

Porque tenía que tratarse de un helicóptero. ¿Qué otra cosa podía ser si no? Y a juzgar por la potencia del haz de luz que proyectaba, tenía que estar volando muy bajo. ¿Por qué no podía oír su estruendo?

Miró al frente buscando las luces de algún otro vehículo. Nadie circulaba por allí aparte de él. Estaba absolutamente solo, acompañado únicamente por un mar de girasoles gachos que esperaban la llegada del nuevo día.

Y de repente, todo se precipitó.

El foco de luz roja reapareció, esta vez directamente frente a él. Sin previo aviso, su coche entero pareció morir. El motor se apagó. Las luces se desconectaron. La radio enmudeció. El coche rodó en silencio unos metros antes de detenerse.

Instintivamente sintió que algo extraño flotaba en el ambiente. Tardó unos instantes en identificar qué era: una quietud absoluta. No se oía ni el más mínimo ruido. No se escuchaba ningún rumor de animales, el zumbido de algún insecto, el ladrido de un perro lejano, nada. El mundo entero parecía suspendido, como puesto en pausa.

En ese momento sintió una leve zozobra, como si una pequeña descarga atravesara su cuerpo. El vello de su nuca, de sus brazos y de sus piernas se erizó. Miró hacia arriba y se quedó petrificado.

A duras penas logró distinguir una forma colosal contra el cielo estrellado. Era un objeto enorme, descomunal, de un tamaño difícilmente concebible. Varias veces más grande que cualquier avión que hubiera visto nunca y más oscuro que el propio firmamento nocturno. Se desplazaba muy despacio y sin emitir el menor sonido.

Se le vino a la cabeza la imagen de un portaaviones surcando las aguas de un mar en calma. Pero en este caso aquel portaaviones imposible flotaba unos centenares de metros por encima de su cabeza.

Diego lo vio cruzar sobre él, con la boca abierta y los ojos desorbitados. Era a un tiempo irreal y majestuoso, extrañamente bello. Le resultaba imposible pensar siquiera en apartar la vista de aquella cosa.

El haz de luz roja apareció de nuevo, iluminando esta vez una zona del campo de girasoles aparentemente sin nada de particular. Parecía brotar de la zona central de la superficie inferior del objeto. Se mantuvo fija un instante y se apagó nuevamente.

Como si nada, aquella cosa imposible continuó su camino.

Apenas habían pasado setenta y tres minutos del turno nocturno de guardia cuando la alarma empezó a aullar en el barracón del Ala 12 de la base aérea de Torrejón de Ardoz. El ensordecedor estruendo de la sirena hizo que el piloto, ya enfundado en su mono tal y como ordenaba el reglamento, se pusiera en pie de un salto y corriera hacia el F-18 que esperaba en la pista.

Tras la protocolaria reunión inicial de briefing con su mecánico y su armero el piloto había realizado la inspección visual de su avión y había regresado al hangar. Había encadenado cinco guardias seguidas sin alarmas, una racha poco habitual, así que casi daba por descontado que aquella noche saldría a volar. Seis guardias sería un récord personal.

El traje antigraedad le resultaba francamente incómodo en tierra, especialmente cuando tenía que echar a correr. Pero sabía que era fundamental en el aire. Su sistema de compartimentos inflables evitaban, a base de compresiones en la mitad inferior del cuerpo, que la sangre se depositara en las piernas y en el abdomen en momentos de aceleración vertical brusca. Un fenómeno que, antes de su invención, provocaba en los pilotos falta de riego en el cerebro del piloto y con ella la llamada 'visión negra' o, incluso peor, la pérdida de consciencia. Una situación muy poco deseable a 35.000 pies de altitud.

El piloto trepó con agilidad hasta la carlinga del F18, con el gato negro mostrando las fauces que era el emblema del escuadrón decorando una de las derivas verticales de la cola. Con ayuda de su mecánico se aseguró los anclajes. Después conectó los equipos, arrancó los motores y comprobó los mandos de vuelos.

Habían pasado poco más de ocho minutos desde que la alarma comenzara a bramar cuando el F-18, tras de deslizarse a toda velocidad sobre la pista, se elevaba hacia el cielo.

El piloto escuchó las indicaciones que le facilitaban desde el control de vuelo.

—Bueno, pues vamos a descubrir qué demonios es esa cosa —respondió por radio cuando el informe de tierra hubo terminado.

Súbitamente el viejo Toyota de Diego regresó a la vida. La música que había estado escuchando hasta hacía unos instantes volvió a tronar en los altavoces como una explosión en mitad del silencio y le hizo estremecerse sobresaltado. Los faros iluminaron de nuevo la carretera desierta.

¿Cuánto tiempo había estado mirando aquella cosa imposible alejarse? ¿Unos segundos? ¿Un minuto? ¿Quizá algo más?

Era incapaz de precisarlo.

Diego dirigió una mirada al asiento del acompañante. Su teléfono descansaba junto a la bandolera, pidiendo la contraseña de desbloqueo. Por lo visto también había sufrido una desconexión repentina.

Desató las correas de cuero y sacó su cámara de fotos de la bolsa. Se sintió estúpido al comprender que en medio de su estupor ni siquiera había pensado en echar mano de ella. Se consoló pensando que, teniendo en cuenta lo oscura que era aquella cosa, posiblemente tampoco habría servido de mucho.



Se apeó del coche y caminó en la dirección en la que se había alejado el objeto. ¿Qué demonios acababa de ver?

Al regresar al vehículo tomó uno de los cuadernos de su bolsa de cuero y empezó a escribir compulsivamente.

Toda su vida le había ocurrido lo mismo. Cuando necesitaba pensar, cuando algo le agitaba, cuando necesitaba sacar algo de dentro, escribía. Sin molestarse en ordenar las ideas tradujo atropelladamente a palabras cuanto acababa de vivir. Era consciente de que estaba creando un verdadero galimatías verbal pero no le importaba. Ya tendría tiempo de organizarlo todo más tarde.

Tras cinco minutos de garabatear sobre el papel, guardó el cuaderno, se ajustó el cinturón y reemprendió la marcha.

Algunos kilómetros más adelante vio las luces de unos faros iluminando la cuneta del sentido contrario. Aminoró la velocidad, conectó las luces de emergencia y se retiró a un lado de la calzada.

Echó un vistazo al otro coche. Una mujer joven sollozaba con la cabeza entre las manos en el asiento del copiloto. El conductor estaba fuera, sentado sobre el capó. Miró a Diego sin decir palabra.

—¿Se os ha parado el coche? —gritó Diego desde el interior de su viejo Toyota.

El conductor asintió lentamente.

Los dos hombres se miraron fijamente.

—¿Vosotros también lo habéis visto? —preguntó Diego en un tono mucho más bajo.

El otro tipo no respondió. Se limitó a abrir mucho los ojos y a desviar la mirada hacia algún lugar del horizonte detrás de Diego.

—¿Necesitáis ayuda?

El conductor sacudió la cabeza.

—No. Estamos bien —respondió con voz ronca.

La mujer seguía en su asiento, con las manos cubriendo su rostro.

En ese momento, un estruendo ensordecedor llenó el aire.

Sin darles tiempo para reaccionar un avión militar cruzó como una exhalación sobre ambos coches y se perdió tras unas lomas en cuestión de segundos. Diego jamás había visto volar un avión militar a tan baja altitud. La estela del avión levantó una polvareda pavorosa. Las piedras y los gujarros golpearon con furia el metal de las carrocerías de los coches. La mujer chilló asustada dentro de su automóvil. El otro conductor se protegió la cara con los brazos.

Diego consultó la hora en el reloj del salpicadero, añadió algunas notas más en su cuaderno y se reincorporó a la carretera. Antes de alejarse tomó una foto de la parte trasera del coche detenido al otro lado de la calzada. Comprobó que en ella se apreciaran bien la marca, el modelo

y la matrícula antes de apagar la cámara y seguir conduciendo.

Quizá en algún momento le fueran de utilidad.

## CAPÍTULO 2

El agotamiento lo golpeó súbitamente. Con furia.

En cuanto el nivel de adrenalina cedió, se sintió desfallecer. Después de dar un par de bandazos cuando los párpados no aguantaron más, llegó a la prudente conclusión de que no estaba en condiciones de seguir conduciendo. Buscó la entrada del primer camino rural que se abría en la cuneta, se apartó de la carretera y estacionó. Reclinó el asiento, se quitó los zapatos, improvisó una almohada con su cazadora y se dispuso para unas horas de un descanso que preveía sumamente incómodo.

Unas pocas horas más tarde los primeros rayos de sol de la mañana atravesaron el parabrisas. Diego abrió los ojos y permaneció inmóvil echando de menos una buena taza de café y una ducha. En realidad apenas había dormido. Su cabeza bullía con los recuerdos de la noche anterior.

Extrajo de su bandolera de cuero un viejo ordenador portátil y las notas que había escrito a toda prisa unas horas antes. Durante unos minutos intentó poner algo de orden en el caótico relato. Una vez hubo terminado lo releyó con atención. Le resultó tan absurdo que estuvo tentado de eliminar el archivo y hacer trizas las hojas del cuaderno.

Cogió su cámara de fotos digital. Las imágenes estaban allí. El coche detenido en la cuneta. La sombra del hombre apoyado sobre el capó. Al menos eso no había sido una alucinación.

Una idea fugaz cruzó su mente. Buscó su móvil y pulsó el icono del navegador. Tecleó varias búsquedas y repasó uno a uno los resultados. Intentó refinar la búsqueda una y otra vez y acotarla al máximo. Ningún resultado le satisfizo.

Nadie en toda la red mencionaba absolutamente nada.

A cada minuto que pasaba se sentía más estúpido.

Tenía que olvidarlo. Aquello no podía haber ocurrido tal como lo recordaba. Cerró el portátil y puso en marcha el motor. Ya era hora de volver a casa.

El viejo Toyota enfiló una larga recta de una estrecha carretera comarcal. El sol ya había dejado atrás el horizonte. Apenas llevaba unos minutos al volante cuando advirtió la presencia de un agricultor en uno de los campos que flanqueaban la carretera. Había parado su tractor y parecía inspeccionar el terreno sobre el que caminaba.

Al fijarse en él, Diego sintió el impulso de detener el coche.

—¡Buenos días! —saludó desde el arcén.

El agricultor se giró hacia el recién llegado y gruñó. Era un tipo ya entrado en años, de piel curtida, con la cara sin afeitarse y con una vieja camisa de franela remangada que pedía a gritos un buen lavado.

—Aunque no vea vallas esto es una propiedad privada. ¿Qué quiere? —preguntó mientras Diego avanzaba hacia él.

—¿Ha ocurrido algo?

El agricultor se había quitado una gorra polvorienta adornada con el logotipo descolorido de una empresa de maquinaria agrícola y se mesaba pensativo el cabello.

—Algo ha ocurrido, sí. Y que Satanás me lleve si entiendo cómo han hecho esto.

Diego siguió la mirada del hombre.

—Están fritos. ¿Ve eso? Tostados. Secos. Y la tierra debajo, chamuscada —dijo el agricultor.

Diego tocó uno de los tallos de los girasoles que señalaba el agricultor. Se partió al contacto con sus dedos.

—Y parece que forman...

—Un bonito círculo, ya me he dado cuenta. Maldita sea su estampa, esos graciosillos han hecho un trabajo curioso. Al menos no han pegado fuego al campo entero. No se cómo habrán conseguido quemar las plantas sin abrasarlas. Y hacerlo sin prender las plantas de alrededor. Ya podían utilizar el ingenio en cosas más productivas esos hijos de perra.

Diego caminó unos pasos. Resultaba llamativo cómo algunas plantas perfectamente verdes distaban apenas unos centímetros de otras chamuscadas que se levantaban junto a ellas. Cerca de él pudo ver un girasol con media flor sana y la otra mitad chamuscada.

Se arrodilló, sacó un pedazo de papel del bolsillo y agarró un terrón de tierra quemada y un par de hojas, que se deshicieron al tocarlas. Envolvió todo y se lo guardó.

—¿Le hacen esto muy a menudo? —preguntó al agricultor.

El hombre sacudió la cabeza.

—Esto es nuevo. Me han pintarrajeado el corral alguna vez, me han robado gallinas... Una vez me colocaron una mierda de vaca del tamaño de una sartén en el asiento del tractor. Pero esto es la primera vez que lo hacen. Menuda broma si llega a prender el sembrado entero.

—Vaya locura.

—Todo esto es culpa de internet. Se lo digo yo. Les pudre el cerebro. Ven un vídeo de cualquier imbécil haciendo disparates y tienen que correr a repetirlo, como chimpancés. Esta juventud va a acabar muy mal, ya lo verá.

Diego se despidió del agricultor y volvió a su coche. Revolvó en la guantera hasta encontrar un paquete de pañuelos de papel. Puso todos los pañuelos sobre el asiento y depositó en la funda de plástico vacía la tierra y los restos de hojas que había recogido del campo de girasoles.

Giró la llave en el contacto y tocó la pantalla del GPS. Mirando el mapa una idea cruzó fugazmente su cerebro. Aumentó la escala del mapa y lo revisó. Acto seguido tomó uno de sus cuadernos e hizo un boceto de lo que estaba viendo.

—No puede ser... —murmuró.

Unos segundos más tarde se encontraba conduciendo a una velocidad superior al límite legal para una carretera como aquella.

No tardó en encontrar el desvío que buscaba. Al poco rato estaba desandando el camino que había hecho menos de diez horas antes.

Circulaba ahora a un ritmo muy tranquilo, como si al volante de su coche se encontrara un anciano lento de reflejos. Sobre el asiento del acompañante su móvil mostraba una brújula.

Sus ojos apenas miraban la calzada. Estaba completamente absorto observando los campos de girasoles.

Condujo a lo largo de una docena de kilómetros e hizo un cambio de sentido. Recorrió el mismo tramo de carretera una y otra vez en ambas direcciones durante más de una hora. En este tiempo consiguió localizar tres círculos de superficie chamuscada, similares al que había podido ver junto al agricultor al principio de la mañana. Calculó que medían unos quince metros de diámetro.

Cada vez que localizaba uno hacía una marca con un rotulador en el boceto de su cuaderno.

Las preguntas se agolpaban sin orden en su cabeza. 'Todo esto es muy absurdo, demasiado absurdo', pensaba una y otra vez.

En uno de los múltiples cambios de sentido decidió detenerse y revisó el boceto de su libreta. Era un mapa muy esquemático en el que se veían varias marcas distribuidas con regularidad. Los tres primeros puntos abrasados parecían distar entre dos y tres kilómetros unos de otros. Después del tercer punto la carretera describía una enorme curva de sesenta grados, separándose de la trayectoria que unía las marcas. A partir de ahí había un hueco hasta que, a unos ocho o diez kilómetros de distancia, aparecía el cuarto lugar quemado, aquel que había encontrado aquella mañana accidentalmente.

Todos estaban perfectamente alineados.

Diego contempló asombrado el mapa con las marcas.

Tenía la completa seguridad de que si echaba a caminar en línea recta campo a través desde el inicio de la curva, encontraría tres o cuatro lugares con el suelo abrasado, separados unos kilómetros entre sí, antes de llegar al punto donde había hablado con el agricultor aquella mañana.

Luchando contra su propia voluntad, se detuvo poco después de pasar el tercero de los puntos del mapa. Se echó a un lado, pulsó el botón de las luces de emergencia, abandonó el coche

en la cuneta y echó a andar entre los girasoles.

No pudo alejarse demasiado. Apenas había caminado unos centenares de metros cuando topó con una alambrada de casi tres metros de altura. Miró a un lado y al otro. La alambrada continuaba bordeando un camino de tierra durante un buen trecho en ambas direcciones. No había ningún acceso ni construcción alguna a la vista. No tendría oportunidad de comprobar si su suposición era correcta.

Frustrado, giró sobre sus talones y emprendió el camino de vuelta al coche.

Caminaba pensativo, apartando a manotazos nubes de insectos, cuando topó con algo que no esperaba encontrar en mitad de un campo sembrado.

Se agachó y cogió aquel objeto. Parecía una fina lámina de metal del tamaño de una de esas grandes monedas antiguas que coleccionaba su abuelo. Tenía forma de triángulo irregular, con unos bordes perfectamente definidos. Era muy delgada, casi como un pedazo de papel de aluminio. Resultaba increíblemente ligera pero parecía muy resistente. Pero lo que más atrajo a Diego fue su color.

Por uno de los lados el metal era de un dorado brillante. La cara opuesta le resultó realmente peculiar. Era de un negro moteado, no del todo uniforme, con un tono mate que lo convertía en un negro profundísimo. El negro más puro que hubiera visto jamás. Diego levantó el pedazo de metal y lo hizo oscilar en dirección al sol. No reflejó ni el más mínimo haz de luz. Lo colocó junto a sus pies y por un segundo tuvo la sensación de estar mirando directamente al fondo de un abismo entre las sombras de los girasoles.

El tacto también era inusual. La cara dorada estaba pulida y suave y era cálida al tacto. La cara oscura, en cambio, era rugosa y estaba extrañamente fría teniendo en cuenta la agradable temperatura de la mañana.

Se guardó aquel extraño pedazo de metal en el bolsillo de la cazadora, junto a la funda con las muestras que había recogido previamente. Retrocedió hasta el coche y trató de pensar cuál debía ser su siguiente paso.

Estaba a punto de introducir la llave en la cerradura del viejo Toyota cuando tropezó con una enorme piedra semienterrada en el arcén, que le hizo trastabillar. La llave resbaló de sus dedos pero en lugar de rebotar y caer al suelo se quedó adherida a la puerta con un ligero sonido metálico.

Diego se quedó mirando la llave con expresión de confusión. Agarró la arandela y tiró suavemente. La llave, junto con el desgastado llavero adornado con el logotipo de la marca, ofrecieron una leve resistencia pero al fin se despegaron.

Diego dejó ambos suspendidos de la arandela que colgaba de su dedo índice y los acercó a la puerta. Cuando estaban a sólo unos centímetros comenzaron a balancearse.

Diego sacudió la cabeza. De repente se le ocurrió algo.

Abrió la puerta y rebuscó en su bandolera. Al fin extrajo el manojito de llaves de su casa.

Se dirigió a la parte trasera del coche y las arrojó con suavidad hacia el maletero. Las llaves se adherieron a la chapa metálica.

Diego las observó perplejo. La carrocería de su coche parecía estar imantada por completo.

—Esto es de locos —musitó entre dientes.

En un despacho, a muchos kilómetros de distancia, el militar repasó toda la información una vez más.

Después sacó una llave de uno de sus bolsillos y abrió con ella el cajón más bajo de su escritorio. Extrajo de él una pequeña caja de seguridad protegida por un código digital. Introdujo cuidadosamente la clave, abrió la tapa y cogió de su interior una pequeña agenda de piel oscura adornada con una discreta cruz dorada.

Pasó algunas páginas hasta encontrar lo que buscaba.

Durante los siguientes minutos se dedicó a teclear en su ordenador, deteniéndose de cuando en cuando para consultar los documentos que tenía extendidos sobre su mesa.

Cuando hubo terminado repasó todo el escrito, pulsó el botón del ratón y esperó a que la impresora completara su tarea. Después eliminó el texto que acababa de redactar.

A continuación acercó el teléfono hacia sí. Consultó de nuevo la pequeña agenda, marcó un número y esperó.

—Buenos días. Lamento importunarle. Sólo quería informarle de que estoy por enviar algo que creo que le resultará de gran interés —el militar hizo una pausa—. Siempre dispuesto a servirle —dijo antes de colgar el auricular.

Cerró la agenda y la guardó en la caja de seguridad, que devolvió al cajón del escritorio. Giró la llave en la cerradura y la colocó nuevamente en su bolsillo.

Después tomó algo del interior de su chaqueta, entornó los ojos y comenzó a murmurar entre dientes en la quietud de su despacho mientras sus dedos acariciaban las cuentas. Al cabo de un rato se puso en pie para regresar al bullicio de la sala al otro lado del largo pasillo del edificio de oficinas.

—Por fin te acuerdas de tu madre, ya era hora. ¿Qué tal va tu libro? ¿Cuándo lo publicarás?

—Ya sabes, lento pero seguro. Espero que esté terminado pronto —mintió, como cada vez que su madre le había hecho aquella pregunta los últimos seis o siete años—. Escucha un momento, mamá, tengo que contarte algo.

Necesitaba desesperadamente hablar con alguien sobre todo lo que había vivido en las

últimas horas. Sacárselo de dentro. Así que a falta de una opción mejor, recurrió a su madre.

Un silencio angustioso siguió al final de su relato.

—¿Estás consumiendo drogas, hijo? —preguntó ella. El tono de su voz había cambiado por completo.

—Claro que no, mamá —. Diego comenzaba a ser consciente de su error.

—No mientas a tu madre, Diego —insistió su madre.

—No te miento, mamá.

—¡Ay, señor! Ya sabía yo que era una mala idea que te marcharas a vivir a Madrid. Te lo dije desde el principio. Todas las grandes ciudades son oscuros agujeros de perversión —se lamentó—. ¿Por qué haces esto, Diego? Tu padre y yo no te educamos para ser un drogadicto.

—¡Que no consumo drogas, mamá!

De nuevo se hizo el silencio en la línea. Diego se frotaba las sienes con la mano que dejaba libre el teléfono. Cuando su madre volvió a hablar lo hizo con mucha lentitud y con una suavidad que sonaba claramente forzada.

—De acuerdo. ¿Pero te encuentras bien, cariño?

—Ahora mismo un poquito nervioso, la verdad —respondió Diego en un murmullo, apartando el teléfono de su boca.

—Entonces, ¿has subido a bordo de alguna de esas naves espaciales?

—Yo no he hablado de ninguna nave espacial, mamá.

—¿Y te han hecho alguna prueba? ¿Te han pinchado? ¿Te han metido algo por el trasero?

Diego se pasó la mano por el rostro en un gesto de desesperación.

—¿Sientes que te persiguen? ¿Que leen tu mente? —continuó preguntando su madre.

—¿Pero qué estás diciendo, mamá?

—No lo sé, hijo. Intento que me expliques todo eso tan raro que dices que te ha pasado. ¿Crees que han podido colocarte uno de esos aparatitos informáticos debajo de la piel?

Diego bufó.

—Sólo quiero saber qué te pasa, cariño. Quizá has estado trabajando demasiado últimamente. El estrés es una cosa terrible. Al padre de Alfredo, ese amigo tuyo tan alto que jugaba al baloncesto...

—Se llamaba Alberto, mamá. Y jugaba al balonmano.

—Ese mismo. Pues a su padre, que trabajaba en el banco, el estrés le provocó un infarto. Por poco no lo cuenta. No quiero que te pase lo mismo. ¿Has pensado en hablar de esto con otra persona?

—¿Con quién, mamá?

—Pues no lo sé. Es sólo una idea que se me ha ocurrido ahora mismo. ¿Has pensado en contarle estas cosas que dices que te han pasado a un... ya sabes, a un médico... a uno especial?



—¿Quieres decir a un psiquiatra?

—Seguro que pueden echarle una mano con esto. Deben ver estas cosas todos los días. Tú no te preocupes. Y sobre todo no vayas a hacer ninguna tontería. Prométemelo, hijo. Hazle esa promesa a tu madre. Dime que no harás ninguna tontería.

Ya había tenido demasiado para una sola conversación.

—De acuerdo. Olvídalo, mamá, no tiene importancia. Os quiero —dijo Diego, y cortó la comunicación.

Arrojó el móvil al asiento del acompañante. Según parecía, su propia madre dudaba entre mandarlo a rehabilitación o a un loquero. Y lo peor es que no estaba seguro de poder culparla por ello.

Seguía sintiendo la necesidad de hablar con alguien. Las imágenes de las últimas horas se reproducían en bucle en su cabeza en cuanto soltaba las riendas de sus pensamientos. Tenía que hacer un esfuerzo enorme para apartarlas de su mente.

Necesitaba hablar pero no se le ocurría con quién hacerlo. Hizo un repaso de su no muy extensa lista de amistades pero lo descartó de inmediato. Le aterrorizaba la idea de encontrar a alguien frente a él intentando disimular la alarma, tratando de aparentar normalidad mientras pensaba en qué tornillo se habría soltado en su cabeza.

En mitad de una asfixiante sensación de soledad recordó a aquel viejo ingeniero al que había entrevistado un par de años atrás. ¿Cuál era su nombre?

Buscó en la agenda de su móvil, deseando con todas sus fuerzas no haber borrado el contacto. Por suerte, allí seguía.

Quizá él podría orientarlo. Aportar algo de luz. En cualquier caso probablemente sería el único que no lo tomaría por un chiflado. Escuchó los tonos sonar una y otra vez sin respuesta mientras jugueteaba con la pieza metálica.

Los tonos se agotaron y la comunicación se cortó.

Dejó el móvil sobre el asiento de nuevo y giró la llave en el contacto. Tenía la buena costumbre de guardar la dirección de todos sus entrevistados junto a con su número de teléfono. Iría a verlo en persona.

Se inclinó para buscar en el móvil la ruta hasta la casa del ingeniero y se quedó pasmado.

El teléfono estaba apoyado sobre el fragmento metálico que Diego acababa de encontrar cerca de la carretera. Algo le ocurría al terminal. La pantalla se había iluminado pero no mostraba la habitual colección de iconos. En su lugar corrían hileras de números y caracteres aleatorios, que se alternaban con parpadeos y apagones súbitos. El móvil parecía haberse vuelto completamente loco.

Estuvo a punto de entrar en pánico. Llevaba meses aplazando el momento de pasar todos sus contactos a una agenda de fiable y clásico papel. Si su móvil se estropeaba o era robado no estaba

seguro de cuántos de todos esos contactos podrían ser irrecuperables. En su profesión eso significaría una importante pérdida.

Diego se abalanzó sobre el aparato. En cuanto lo separó unos centímetros de la pieza metálica la pantalla se apagó. Unos segundos después el logotipo de la operadora danzaba alegremente como si nada hubiera pasado. El terminal se reinició con normalidad y Diego respiró aliviado.

Tras comprobar que su agenda de contactos permanecía intacta, entró en la aplicación de mapas, trazó la ruta hasta la dirección del ingeniero, colocó el móvil en un soporte adosado al salpicadero y pisó el acelerador.

La enorme mole de metal del Boeing 747-400 rodó hasta prácticamente el último metro de la pista antes de elevar, gracias al atronador empuje de sus cuatro motores Rolls Royce, sus más de trescientas cincuenta toneladas en el aire.

Había reservado el billete de avión la noche anterior y había preparado una generosa cantidad de dinero en metálico para cubrir sus primeros gastos .

Cuando el Boeing terminó por fin la lenta maniobra de despegue, Nora colocó un delgadísimo ordenador portátil sobre la bandeja del asiento. Se dispuso a revisar con detalle todos los documentos que sus fuentes le habían ido haciendo llegar para guiarlo en su nuevo encargo, y que sólo había podido mirar muy por encima mientras preparaba con una eficiencia casi mecánica su equipaje.

Nora se movía entre las ventanas de su ordenador con rapidez. En una hoja de cálculo fue anotando todos los datos que consideraba básicos para iniciar su tarea.

Cuando se sintió satisfecha con la planificación, bajó la pantalla del ordenador, reclinó el asiento y decidió tratar de dormir. Una vez sus viajes comenzaban nunca tenía demasiado claro en qué momento se presentaría la siguiente oportunidad de descansar.

Antes de colocarse el antifaz y cerrar los ojos dedicó una larga mirada al cielo azul brillante que surcaba a casi mil kilómetros por hora y que se extendía hasta el infinito por encima del mar de nubes bajo el avión. Siempre le resultaba un poco chocante pasar tanto tiempo dentro de aquellos aparatos teniendo en cuenta a lo que se dedicaba.

Recostó la cabeza sobre el cuero mullido e hizo un esfuerzo por dejar la mente en blanco.

Encontró el sobre lacrado sobre la lustrosa superficie del escritorio de roble ricamente tallado que presidía su despacho. Antes de abrirlo, se aseguró de que el sello estuviera intacto.

Una delgada carpeta de documentos fue cuanto encontró en el interior.

A un observador cualquiera el contenido del sobre no le habría podido resultar más chocante en aquel escenario.

El hombre extendió varios de los documentos sobre el escritorio antes de sentarse en la silla que sus predecesores habían utilizado antes que él a lo largo de los últimos dos siglos.

Sus dedos acompañaban cada línea de texto y sus ojos desmenuzaban cada uno de los datos detallados en aquellos folios.

Tras la tercera revisión, apiló todos los documentos y colocó sobre el montón un complicado informe de radar que había dejado a un lado. Dedicó cerca de quince minutos a repasarlo mientras jugueteaba con el grueso anillo de oro que abrazaba el dedo anular de su mano derecha.

Después, cerró la carpeta y la guardó bajo llave en un pequeño fichero metálico, bien disimulado en un rincón de la habitación, en el interior de un pequeño armario de madera pulida.

Se acercó a su escritorio, pulsó tres números en el teclado de su teléfono y esperó, sin dejar de acariciar mecánicamente el grueso anillo de oro.

—Avisa al grupo. Hay trabajo que hacer.

Tras algo más de dos horas al volante, Diego comprobó el nombre de la calle y buscó el primer espacio libre para estacionar. Agarró su bandolera de cuero y caminó en dirección al número dieciocho.

## CAPÍTULO 3

Diego pulsó varias veces el botón del telefonillo y esperó impaciente hasta que alguien respondió.

Una vez dentro del edificio, una joven de aspecto dulce le abrió una de las puertas del rellano del tercer piso.

—Señor Gastón, qué sorpresa. ¿Quiere ver otra vez a mi abuelo?

—Me alegro de que me recuerde. Sé que vengo sin avisar —se disculpó Diego— pero me han surgido algunas cuestiones importantes que querría consultar con él. No sé si sería posible verlo ahora.

—Seguro que estará encantado. Es un poco gruñón pero sé que estas visitas lo animan. Y más aún si se trata de asuntos relacionados con su trabajo. Espere aquí un momento, por favor. Voy a avisarle.

Al poco rato, la joven regresó y condujo a Diego al despacho del ingeniero, al que encontró sentado en el mismo gastado sillón que la primera vez que lo vio.

—Y bien, amigo mío, ¿qué le trae de vuelta? ¿Busca más viejas batallitas?

En un pequeño cubículo en los sótanos de un enorme edificio de oficinas en las afueras de Madrid, una joven técnico tecleaba comandos sin descanso.

Había recibido el encargo un par de horas antes. Era bastante sencillo.

Repasó la combinación de términos que le habían listado. Algunos resultaban bastante peculiares. Además de un par de provincias y lo que parecía una relación de nombres de pueblos de los que no recordaba haber oído hablar nunca, la lista incluía unos cuantos códigos que asumió que debían responder a la denominación de carreteras y términos como 'OVNI', 'UFO', 'avistamiento', 'luz' y 'objeto'.

Programando sus robots de búsqueda para aquella tarea no pudo evitar sentirse como si formara parte del reparto de un viejo episodio de Expediente X, Fringe o The twilight Zone.

Se encogió de hombros y continuó tecleando secuencias de comandos. Sabía que su trabajo consistía en ejecutar sin cuestionarse demasiado sobre la naturaleza de lo que se le encargaba. Y que por su propio bienestar, estaría mucho más tranquila sin saber para qué servía la información que sus programas eran capaces de localizar.

Una vez estuvo segura de que sus arañas encontrarían la información que se le estaba solicitando, ejecutó la orden y envió a sus criaturas informáticas a explorar los vastos océanos de la red y las oscuras profundidades de las gigantescas bases de datos. Comprobó que en las cuatro

pantallas que flanqueaban su escritorio su programa estaba cribando eficazmente información y salió en busca de un café a la máquina del fondo del pasillo.

Calculó que tendría unos veinte minutos antes de obtener los primeros resultados parciales.

Ordenó un café con leche y tomó el ascensor más cercano. Subió tres niveles para salir a tomar el aire y estirar un poco las piernas paseando junto a la entrada del edificio.

Cuando regresó a su cubículo, el rastreo ya había devuelto algunos datos.

—Tenemos algo, señor —dijo tras marcar un código de extensión en su teléfono—. Varias búsquedas relacionadas, tanto en buscadores como en alguna red social. No costará demasiado localizar a los usuarios que las realizaron.

Diego miró por encima del hombro.

—Buenas tardes, señor Marco. Quería hacerle una consulta. ¿Le importa si cierro la puerta?

—¿Ha venido hasta aquí sólo para eso? Adelante, muchacho. Cuénteme, ¿qué le preocupa?

Diego no se anduvo con rodeos. Cerró la puerta del despacho, rebuscó en su bolsa y le alargó el fragmento de metal al anciano.

—¿Sabe usted qué puede ser esto?

El anciano tomó el pedazo de metal y se ajustó las gafas que siempre llevaba colgando del cuello atadas con un cordón. Dedicó más de un minuto a moverlo entre las yemas de sus dedos y examinarlo por ambos lados. Diego lo observaba con impaciencia.

—No sé si me está planteando un acertijo, pero me trae usted una cosa muy peculiar. ¿De dónde la ha sacado?

—Estuve con una persona hoy a primera hora de la mañana. La tenía guardada y me la ha cedido para ver si yo conseguía algo de información sobre ella —mintió Diego—. ¿Qué cree que es?

—Pues en realidad podría ser cualquier cosa. Por la forma y la diferencia entre ambas caras, creo que podría ser parte de la cobertura de algún tipo de maquinaria. Un revestimiento. Un fragmento de una estructura en mosaico quizá. ¿Ha notado que...?

—¿La diferencia de temperatura entre un lado y el otro? —interrumpió Diego—. Tengo esto en mi poder desde hace casi tres horas. Ha sido igual en todo momento, no ha variado. No puedo entenderlo.

—Qué curioso... —dijo el anciano volviendo a examinar el fragmento.

Diego pareció dudar un instante antes de hablar.

—Además... hace algo.

—¿Hace algo? —repitió el anciano mirándole por encima de la montura de sus gafas.

—Observe.

Diego colocó la pieza de metal sobre la mesilla que había junto al sillón del ingeniero. Después acercó su móvil. La pantalla comenzó a mostrar las secuencias aleatorias de caracteres que ya había visto anteriormente. Separó el teléfono y éste se reinició.

—¿Es que se ha vuelto loco?! ¡No me vuelva a acercarse esa cosa infernal! —gritó repentinamente el anciano, presa del pánico—. ¡Llevo un marcapasos!

Diego agarró a toda prisa la pieza de metal y la guardó en su bolsa, que lanzó sobre una silla al otro extremo de la habitación. La puerta del despacho se abrió de golpe.

—¡Abuelo! ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

El anciano miraba divertido a Diego desde su sillón.

—Perdona, pequeña, no quería asustarte —dijo, apenas disimulando la risa—. No pasa nada. Sólo estaba gastando una broma a nuestro amigo. Cierra la puerta si no te importa, cariño.

Diego seguía en pie en mitad de la estancia, rígido como una estatua de mármol.

—Maldita sea, casi me da un infarto.

—Discúlpeme, querido muchacho, no he podido resistirme —se excusó sonriente el ingeniero una vez su nieta se hubo marchado—. Es humor de viejos, no podía dejar pasar la ocasión. Cuando llegue a mi edad lo entenderá. ¿Qué demonios ha sido eso que ha hecho con el teléfono?

Diego, aún confuso, volvió a sentarse.

—La verdad, pensaba que quizá usted podría darme alguna pista. Lo he probado con la radio del coche y ha hecho algo parecido. Me ha desconfigurado todas las emisoras que tenía memorizadas.

—Tengo que admitir que es un juguete de lo más intrigante.

—Pues aún no ha visto lo mejor —dijo Diego, con un tono que mezclaba misterio y temor a partes iguales.

Alzó el dedo índice solicitando sólo un poquito más de paciencia. Recuperó el fragmento de metal de su bandolera y lo acercó a la ventana, colocándolo bajo la luz directa del sol.

El fragmento fue palideciendo poco a poco. Al cabo de unos veinte o treinta segundos el anciano pudo ver el azul del cielo como a través de un finísimo velo. Alzó las cejas en un gesto de genuino asombro.

—¿Se vuelve transparente?

Diego titubeó ligeramente.

—En realidad es aún mejor que eso. Mire.

Tomó un bolígrafo del escritorio del ingeniero. Muy lentamente lo acercó al fragmento ahora casi invisible. El bolígrafo desapareció tras él.

—¿Pero qué...?!

El anciano se puso en pie. A medida que se levantaba y cambiaba su perspectiva pudo ver

como la escena que se reflejaba en el fragmento cambiaba. Una vez erguido pudo ver con claridad la fachada del edificio al otro lado de la calle a través de él. Pero el bolígrafo seguía estando oculto.

La mirada del ingeniero se dirigía alternativamente a Diego y al fragmento que sostenía. Los ojos de Diego estaban muy abiertos, como implorando una respuesta a lo que acababa de ocurrir.

—¿Es tecnología de invisibilidad? ¿Tecnología de invisibilidad funcional?

—No sé qué diablos es —respondió Diego con impotencia— He estado buscando como loco en internet si existe algo remotamente parecido. No he encontrado nada de nada.

La respuesta hizo que el anciano frunciera el ceño.

—¿Ha buscado en internet?

—Sí. Con todas las combinaciones de palabras que se me han ocurrido. Nada.

—Y supongo que lo ha hecho con ese moderno teléfono suyo.

—Sí, claro. ¿Por qué lo pregunta?

—E imagino que ese aparatito incluye un localizador GPS, ¿verdad?

—Sí. ¿Es que hay algún problema?

El ingeniero guardó silencio durante un instante y volvió a relajar el gesto.

—No se preocupe, sólo son manías mías. Lo cierto es que siento no poder serle de ayuda. No tengo ni la más mínima idea de qué puede ser este pequeño souvenir que ha traído. Aunque debo admitir que ha conseguido despertar mi curiosidad, amigo mío. Si no tiene planes para esta tarde y le apetece hacer una pequeña excursión, conozco a alguien que tal vez podría iluminarnos.

Stephie Hernández había nacido y crecido en Van Horn, un pequeño pueblo de Texas cruzado por una autopista y una vía de tren que está situado a unos sesenta kilómetros de la frontera con México. La misma que sus padres habían cruzado sólo unos pocos meses antes del nacimiento de su hermano mayor.

Una vez en Estados Unidos, el padre de Stephie trabajó sin descanso hasta reunir el dinero suficiente para montar un modesto taller de reparación de electrodomésticos gracias al cual pudo mantener a toda la familia.

Aunque Stephie había pasado su niñez y su adolescencia en Texas y sus años universitarios en California, sus padres insistieron en mantener muy vivo el contacto con sus raíces, de manera que en casa de los Hernández siempre se había hablado en español y aún hoy su madre seguía insistiendo en llamarla Estefanía. Su perfecto bilingüismo, unido a una afilada inteligencia y una brillante capacidad para el análisis, fue el empujón definitivo que le permitió hacerse con un puesto en la agencia.

Tres años antes se habría reído al leer el memorándum. Pero aquel tiempo en la agencia le

había inmunizado ante muchas cosas. Tomó nota de los datos y lo incorporó al resumen de asuntos para revisar con su superior, un hombre de aspecto taciturno que trataba sin demasiado éxito de ocultar su calvicie a base de gomina y un peinado extravagante.

—Es todo culpa suya, amigo mío. Conduce usted muy despacio.

—Cuando me habló de una excursión no pensé que quisiera decir cuatrocientos kilómetros — protestó Diego—. Este lugar parece desierto.

Diego había aparcado su viejo Toyota bajó una de las farolas en una calle sin salida en la que apenas quedaban media docena de coches.

Al noroeste de Madrid, a sólo unos centenares de metros del palacio presidencial de la Moncloa, en uno de los extremos de la Ciudad Universitaria, se elevaba un aburrido conjunto de edificios de ladrillo rojo rodeados de setos y de árboles de ramas densas y oscuras.

Diego y el ingeniero Marco atravesaron la calle solitaria en dirección a las puertas de cristal y aluminio del más cercano a ellos.

En el hall del edificio un guardia de seguridad con aspecto de haber echado a perder su forma física muchos años atrás les dirigió una mirada de hastío.

—¿Se han perdido? —les gritó desde el otro lado del mostrador.

Diego dejó hablar a su acompañante. El anciano cruzó con parsimonia el amplio recibidor, sin decir palabra. Al llegar al mostrador se apoyó sobre él y dirigió una sonrisa al guardia.

—Buenas tardes, veníamos a ver al profesor Ugarte, del Laboratorio de Materiales Compuestos.

—Pues llegan más que tarde.

—Eso me temía yo. Aquí mi estimado ayudante parece ser incapaz de rellenar un informe en un tiempo razonable. Y para colmo tampoco recuerda coger un GPS cuando hace falta.

El guardia de seguridad echó un vistazo a Diego, que se encogió de hombros y esbozó una torpe sonrisa de disculpa.

—Verá, tenemos una muestra que nos urge que el profesor analice. Si no recibimos pronto el dictamen nos encontraremos con toda una partida bloqueada en un acogedor almacén del puerto de Bilbao y con un montón de alemanes enfadados preguntándonos dónde están sus cochinas piezas. Qué bonito idioma es el alemán para pedir explicaciones —expuso el ingeniero—. Es posible que alguien pierda su puesto de trabajo y ya puede jurar que no seré yo —añadió, girándose brevemente en dirección a Diego.

El guardia volvió a asomarse para mirar a Diego. Éste se parapetó detrás de su anciano acompañante.

—No sé qué quiere que haga yo al respecto, la verdad.



—La pregunta, mi querido amigo, es sencilla: ¿sería posible dejarle a usted la muestra de material para analizar para que la haga llegar al profesor tan pronto como llegue mañana?

El guardia sonrió al anciano.

—Haber empezado por ahí, hombre. Claro que puede dejar un paquete para el profesor. Sólo tiene que rellenar esta hoja con sus datos y la persona a la que va dirigida la entrega y en la próxima ronda mi compañero lo dejará en su despacho —dijo, alargando una hoja de papel—. Con un poco de suerte su amigo podrá conservar el empleo. No es material peligroso ni nada parecido, ¿verdad?

Diego esbozó una sonrisa forzada.

—En absoluto. Un aburrido pedazo de metal nada más. ¿No tendrá por casualidad un sobre de tamaño grande a mano? Perfecto, perfecto, muchas gracias —dijo el ingeniero tomando el sobre que le tendía el guardia de seguridad—. Ha sido usted de gran ayuda. No sabe cuánto se lo agradezco. Y apuesto a que mi ayudante más todavía.

El señor Marco alargó el sobre hacia Diego que, ocultándolo a la vista del guardia, introdujo el fragmento de metal y la funda de plástico con las muestras de tierra y hojas. Mientras el ingeniero completaba el formulario, Diego arrancó la tira protectora de la solapa y selló el sobre.

—Aquí tiene, amigo mío. El sobre y su hoja de datos.

El ingeniero garabateó las iniciales JAH en una esquina del paquete antes de entregarlo.

El guardia cortó un trozo de cinta adhesiva, pegó la hoja del papel al sobre y lo lanzó en una bandeja de plástico al final del mostrador.

—En menos de una hora esto estará en el despacho del profesor. Pueden irse tranquilos.

—Maravilloso. Observe la cara de alivio de mi ayudante. Le ha alegrado usted el día. Vamos a cenar entonces, que ya es hora. Que tenga una feliz guardia, amigo mío.

Y con paso alegre, el ingeniero Marco se dirigió hacia la salida.

Diego no terminaba de comprender la escena que acababan de protagonizar.

—¿Qué ha sido todo eso?

—Hemos dejado su pequeño juguete en el laboratorio.

—¿Pero a qué ha venido todo ese numerito?

—¿Eso? Simple diversión. Debería aprender a disfrutar un poco —repuso el ingeniero—. Verá, querido amigo, el profesor Ugarte es una criatura de costumbres. Llegará aquí mañana a primerísima hora de la mañana. Y primerísima quiere decir primerísima. Antes que el personal de limpieza con toda seguridad. Echará un vistazo al plan de trabajo del día en el laboratorio, organizará las tareas de su equipo y se marchará a dar clases hasta sabe Dios qué hora. Si queremos que vea su fragmento tan pronto como sea posible, mejor que lo tenga esperando en la

mesa de su despacho cuando llegue. Y ésta era la única manera de conseguirlo.

Diego parecía inquieto.

—Ese... objeto, esa cosa... no es mía. Preferiría no haberla perdido de vista toda una noche. ¿Y si se extravía?

—Créame, amigo, está más segura ahí dentro que paseando por medio país en el interior de su bolsa.

La respuesta le sonó extraña. ¿Insinuaba algo?

—¿Y por qué ha escrito un nombre falso en la hoja? ¿Por qué ha soltado toda esa historia de las piezas pendientes de envío?

El ingeniero se detuvo y miró fijamente a Diego a los ojos.

—Por la misma razón que usted me dijo que ese fragmento se lo prestó alguien indeterminado. Por la misma razón que no me habló de la tierra que ha incluido junto al fragmento. Por simple prudencia.

Y echó a andar de nuevo, dejando a Diego plantado en su sitio.

—Vamos —dijo hablando por encima del hombro—. Va a invitarme a cenar y a contarme la verdad de todas estas cosas. Suponiendo que siga interesado en que le eche una mano.

Diego contempló al ingeniero. Sin duda, de aquel hombre tenía que sacar un personaje para alguno de sus proyectos.

Mientras el periodista y el ingeniero caminaban de vuelta hacia el Toyota dos hombres los observaban sin cruzar palabra desde el interior de un automóvil oscuro con las lunas tintadas, aparcado en el rincón de la calle más alejado de las farolas.

Una vez Diego hubo arrancado el motor y tomado el desvío de hacia la rotonda que daba acceso al complejo, los hombres se apearon de su coche y caminaron sin prisa en dirección a la entrada del edificio.

## CAPÍTULO 4

Ya hacía tiempo que el sol se había puesto cuando el Boeing tocó el asfalto de la pista 32R del aeropuerto de Madrid-Barajas. Veinte minutos más tarde, Nora buscó un lugar discreto en el que sentarse para poder consultar su ordenador portátil mientras esperaba a que las cintas transportadoras escupieran su maleta.

Su red de contactos había estado haciendo su labor eficientemente mientras ella volaba. Después de revisar la información recibida mientras volaba, parecía que ya tenía algún pequeño indicio de por dónde empezar.

Plegó su ordenador, lo guardó en la bolsa de viaje y se acercó a las cintas para equipaje, que se alzaban como la maquinaria de una película de ciencia ficción bajo las vistosas vigas metálicas amarillas que sostenían el ondulado techo de láminas de bambú de la terminal.

Poco tiempo después, un joven empleado de la compañía de alquiler de coches intentaba flirtear torpemente con Nora mientras le entregaba la llave de un pequeño Opel de color rojo.

—Y ya sabe, si tiene algún problema o le surge cualquier pregunta, puede llamarme a este número a cualquier hora —se despidió el tipo del alquiler entregándole una tarjeta con un teléfono garabateado a boli—. Si necesita algo hoy mismo, salgo de aquí en un par de horas —añadió guiñando un ojo.

'Ya puedes esperar sentado', pensó Nora al poner en marcha el motor.

Mientras circulaba por las carreteras de circunvalación de la ciudad se alegró de haber podido dormir un rato durante el vuelo. La noche iba a ser larga. Tenía una aburrida tarea de investigación que realizar si quería localizar a las personas de interés lo antes posible. Con su habitual atención a los detalles, antes de confirmar la reserva se había asegurado de que la habitación del hotel estuviera equipada con cafetera. A buen seguro le iba a hacer falta. Sólo esperaba que además tuviera un sillón muy cómodo.

A través del parabrisas miró el conjunto de enormes torres de oficinas que se alzan al norte de la ciudad recortadas contra el cielo nocturno. En algunas plantas todavía se veía luz. No era la única con una noche de trabajo por delante. Puso el intermitente y tomó la primera salida a su derecha.

Comenzaba a sentirse impaciente. Necesitaba empezar a trabajar. Si había algo que no podía permitirse en esta tarea era llegar tarde.

—Puede que no tenga dos estrellas Michelin, pero no se come nada mal aquí —dijo el ingeniero Marco antes de meterse otro pedazo del enorme chuletón en la boca—. Sin embargo, su

plato sigue prácticamente lleno. Apenas ha tocado la comida, amigo mío. Es una verdadera pena.

Diego respondió con un gruñido mientras rememoraba el día en que conoció a aquel enérgico anciano.

Cuatro años atrás había recibido el encargo de preparar un pequeño reportaje para conmemorar el trigésimo quinto aniversario de uno de esos incidentes que causaron furor a finales de los años setenta y que periódicamente habían permitido elaborar páginas de relleno con su recuerdo durante décadas.

Fue un antiguo soldado de la ya inexistente base de aérea de Manises quien lo puso sobre su pista. El hombre, transformado en un orondo vendedor de seguros, le comentó que recordaba a un ingeniero del aeropuerto civil contiguo que había estado muy interesado en el tema. Decía que aquel ingeniero se había pasado semanas acudiendo a los bares que frecuentaban los militares de la base e interrogando, con aire casual, a todo aquel que hubiera estado de guardia aquella noche. Apenas necesitó tirar de ese hilo para dar con el ingeniero Marco.

Diego recordó la primera entrevista con él, en el pequeño despacho de su casa. El anciano diseccionó los hechos de aquella tarde noche de noviembre con precisión quirúrgica. Le habló de las extrañas interferencias de radio que, a lo largo de la tarde, varios aviones habían captado en uno de los canales reservados para señales de socorro marítimas. Le explicó cómo aquella señal no se correspondía con ningún código habitual y cómo, a pesar de las pesquisas realizadas, no se logró identificar su fuente.

—Entonces fue cuando la cosa empezó a ponerse más rara a cada momento —le había contado aquel día el ingeniero—. Escuche esto. Un par de horas más tarde, un avión comercial que acababa de despegar desde Mallorca con destino a Tenerife confirma que recibe la misma señal desconocida. Era un vuelo procedente de Austria que había hecho escala y estaba repleto de turistas. Pero además de detectar la señal, el piloto alerta de que tiene un tráfico cercano sin identificar.

—¿Otro avión? —preguntó Diego.

—Teóricamente, sí. El comandante, un tipo veterano y con mucha experiencia, informa de que ve dos luces bastante cerca de su aparato y a su misma altitud. Habla de dos luces rojas, que no se corresponden con las luces de tráfico de un avión convencional. La aparente cercanía de ese aparato empieza a ponerlo nervioso. Al principio calcula unas tres millas de distancia: eso puede parecerle a usted mucho pero en términos de tráfico aéreo es tenerlo realmente cerca. Y a medida que pasa el tiempo aquellas luces se acercan más y más. En algún momento calcula que llegan a aproximarse a media milla de distancia. El piloto solicita información sobre el aparato pero en las pantallas de control de tráfico aéreo no aparece ninguna aeronave cerca de su avión. Al menos no en las pantallas civiles. Porque más tarde me enteré de que un radar militar sí había detectado varios retornos sin identificar en sus proximidades.

El ingeniero había entornado entonces los ojos para seguir evocando lo sucedido varias décadas atrás. Parecía hablar ya más para sí mismo que para Diego.

—Así que el comandante del avión decide curarse en salud y e inicia un asenso de cuatro mil pies para tratar de alejarse. Pero no sirve de nada: aquella cosa lo sigue; y no sólo eso sino que asciende a un ritmo mucho más veloz, en una maniobra poco convencional para los aviones de la época, y se acerca todavía más a su aparato. En ese momento el comandante ya está más que preocupado por lo que está ocurriendo y toma una decisión definitiva: solicita salir de la ruta prevista y realizar un aterrizaje de emergencia en nuestro aeropuerto. No quería seguir en el aire en aquellas condiciones. Empezaba a temer por la seguridad de sus ciento y pico pasajeros. Cuando cambian el rumbo y enfilan hacia Valencia, aquellas luces hacen lo mismo.

—¿Quiere decir que les perseguían?

—Esa era la impresión que tenía el comandante. Para entonces en el aeropuerto ya habíamos desplegado el operativo de emergencias. Como parte del equipo de seguridad yo fui con ellos. Y entonces las vimos.

—¿Qué vieron?

—Las luces. Las que había descrito el comandante del vuelo. Estaban allí, en el cielo. Eran bastante más grandes que una estrella. Destellaban en distintos colores: rojos, blancos, verdes. Las vimos todos los que estábamos pendientes del cielo, desde distintos puntos del aeropuerto. Y según pude comprobar después, también desde la base militar que estaba junto al aeropuerto.

—¿Todos vieron lo mismo?

—Lo mismo. Las mismas luces, con las mismas características, en los mismos puntos. Docenas de personas situadas a centenares de metros de distancia entre sí. Todos estábamos viendo la misma cosa en el mismo lugar del cielo.

—El avión aterrizó sin problemas, ¿verdad?

—Sí, tomó tierra sin incidentes. Entonces los miembros de seguridad de tráfico nos acercamos al aparato. Esperamos a la tripulación a pie de pista. Nos esperaba una noche muy larga. Sabíamos que nos iba a tocar redactar unos cuantos informes así que queríamos tener las declaraciones de los pilotos lo antes posible. Allí estaba yo cuando el comandante apareció en lo alto de la escalerilla. Jamás he visto a nadie más pálido en mi vida.

—¿Estaba nervioso?

—Alguien que andaba por allí aquella noche dijo que los tripulantes tenían caras de pánico, y esa es la descripción exacta. Tiene que entender, y esto es importante, que aquel hombre no era ningún novato. Había pilotado aviones militares y civiles, y tenía quince años de experiencia de vuelo. Sabía perfectamente qué cosas se mueven por el cielo y qué aspecto tienen. Yo estaba empeñado en encontrar una explicación racional pero debo confesar que ver a la tripulación bajar del avión en el estado en que lo hicieron me dejó impresionado.

El ingeniero dejó vagar su mirada por las viejas fotografías de aviones enmarcadas que decoraban las paredes del pequeño despacho durante unos momentos, sumergido en sus recuerdos.

Diego había repasado un momento sus notas antes de volver a hablar.

—Creo que los militares estaban informados de la situación. ¿Sabe si tomaron alguna medida?

—Por supuesto que sí. Cuando el piloto solicitó el aterrizaje de emergencia el control de tráfico aéreo, siguiendo el protocolo establecido, le preguntó si quería reportar un incidente OVNI y si quería que un avión militar despegara para tratar de interceptar lo que quiera que fuera aquel objeto. El comandante no lo dudó ni un segundo y dijo que sí. ¿Sabe usted lo que supone para un piloto informar de un incidente OVNI?

—Imagino que no debe ser plato de gusto.

—Desde luego que no. Para el comandante equivalía a marcarse una cruz en la espalda. Ser blanco de rumores y burlas. Y en el peor de los casos, arriesgarse a que la compañía lo relegara por 'mentalmente inestable' o cualquier excusa similar. Podía jugarse su carrera incluso. Las compañías aéreas odian este tipo de publicidad. Y a pesar de eso, no vaciló.

—¿El avión militar despegó?

—Sí, desde la base aérea de Los Llanos, a menos de doscientos de kilómetros de distancia del aeropuerto, sólo unos minutos después de que aterrizara el avión de pasajeros.

—¿Sabe si el piloto militar encontró algo fuera de lo normal?

El anciano soltó una risita socarrona.

—¿Algo? Lo encontró de todo, aunque imagino que ya lo sabe si ha ojeado los informes militares. Experimentó las mismas interferencias en la radio que venían dándose toda la tarde. Al poco rato vio las luces en el cielo. Para ese momento todo el tráfico aéreo de la zona se había suspendido por orden militar, como corresponde en una situación de scramble. Teóricamente, sólo el caza del ejército podía estar en vuelo por allí. Pero el capitán vio las luces frente a él, las mismas luces con los mismos destellos, y trató de alcanzarlas. Sin embargo aquellas cosas se dedicaron a mantenerlo a raya: según sus propias palabras, parecían estar jugando con él. Además, en varios momentos del vuelo los aparatos defensivos de su avión alertaron de la presencia de algo en sus proximidades. Al parecer su equipo electrónico también detectaba a aquella cosa. Pero después de una hora y pico de persecución, cuando empezaba a quedarse corto de combustible, el caza aterrizó de nuevo en su base sin haber podido acercarse siquiera a las luces. Al poco tiempo, todo el tema empezó a saltar a las noticias. No sé quién avisaría a los periodistas.

Diego recordaba haber hecho un repaso mental de los vídeos que había visto sobre el incidente en los telediarios de la época mientras preparaba el reportaje. También de las páginas de los periódicos que había consultado en las hemerotecas. Había encontrado titulares a varias

columnas como 'Aterrizaje de emergencia de un avión a causa de un OVNI' o 'Un OVNI provoca el aterrizaje de emergencia de un avión comercial' en diarios tan respetables y habitualmente aburridos como los centenarios ABC y La Vanguardia.

—Todo lo que pasó aquella noche estuvo algunos días en la prensa y los noticiarios. Se investigaron los hechos a conciencia. La aviación civil no tenía en aquellos años ninguna competencia sobre estos incidentes así que fue el Ministerio de Defensa quien se hizo cargo del caso. Sé que se tomó declaración oficial a docenas de testigos, se redactaron informes y relaciones de hechos... y poco más. La fiebre pasó. Se fabricaron deprisa y corriendo un par de explicaciones absurdas, como que aquellos experimentados pilotos habían tenido una simple confusión con la luz de las chimeneas de una refinería situada a cientos de kilómetros de distancia. Y con una explicación así de peregrina, el caso se archivó sin más.

—Entonces usted no cree que fueran esas luces de unas chimeneas lejanas las que provocaron todo este lío.

El ingeniero se había revuelto en su sillón ante aquella sugerencia.

—¿Está de guasa? ¿Y qué hay de todos los profesionales que las vimos desde tierra? ¿Cómo demonios pudimos sufrir la misma confusión? Supongo que el radar militar, los aparatos defensivos del caza y las radios de los aviones que captaban interferencias extrañas también se confundieron y tuvieron un mal funcionamiento a causa de las chimeneas. Es absurdo... Pero lo cierto es que todo se enfrió, el interés se apagó y el expediente se acabó guardando en un cajón para que cogiera polvo. Y así ha seguido hasta hoy.

Diego recordaba haber hecho algunas preguntas más al viejo ingeniero aeronáutico, más por cortesía que por interés genuino. En aquel momento empezaba a sentirse profundamente cansado por el encargo. Otro aniversario utilizado como excusa para desempolvar algo del pasado. Material de relleno con el que editar algunas páginas que se pudieran completar con un par de anuncios vendidos a la mejor tarifa posible.

Tenía material más que suficiente para construir el reportaje que le habían pedido. Aquel anciano no había hecho más que confirmar todos los datos que ya había recabado por otros medios.

—Usted no se cree nada de esto, ¿verdad, amigo mío? —le espetó el ingeniero cuando Diego empezó a recoger todo su material.

Diego intentó ser diplomático.

—Soy periodista, señor Marco. Intento ser lo más aséptico posible.

—Cosa que no le impedirá tener sus propias opiniones, imagino —le respondió el anciano.

Diego sonrió sin dejar de guardar sus útiles en la bandolera de cuero pero no contestó. El ingeniero volvió a hablar.

—Aquello queda muy lejos. Usted posiblemente ni siquiera habría nacido entonces y quizá le

suene a cuentos sobre hombrecillos verdes propios de una vieja película de marcianos. Pero yo le digo que aquello lo vivimos varias decenas de personas. Todos y cada uno de nosotros éramos profesionales familiarizados con los aviones y con los objetos celestes. Y sin embargo ninguno supimos nunca qué demonios fue lo que se nos cruzó aquella noche. Lo vimos muchos desde muchos lugares. Y las máquinas también reaccionaron ante ello. Aquello, lo que fuera, fue real.

Diego se puso en pie.

—Muchas gracias, señor Marco, le agradezco de verdad el tiempo que me ha dedicado —dijo tendiendo la mano al anciano—. Intentaré hacerle llegar un ejemplar de la revista cuando se publique si usted quiere.

El viejo ingeniero meneó la cabeza con resignación.

—Sólo Dios sabe lo que daría por tener una explicación. No puedo imaginar la desesperación con la que habrán tenido que vivir aquellos pilotos que se lo cruzaron cara a cara.

El anciano estrechó la mano de Diego con dejadez y de nuevo perdió la mirada entre las viejas fotos de aviones de las paredes.

La comida en el plato de Diego se estaba quedando fría. El ingeniero, en cambio, seguía paladeando la suya con genuino deleite.

—Está bien —dijo el anciano entre bocado y bocado—. Debo decirle que no está siendo un conversador muy elocuente. Sospecho que ahora mismo hay una sola cosa en su mente, aunque ni siquiera se atreve a mencionarla. El elefante en la habitación, como suelen llamarlo los estadounidenses. Así que será mejor que hablemos de ello de una vez. Le concedo la primera pregunta. Adelante.

—¿Quién es el tipo al que le hemos dejado la pieza? —preguntó Diego, aceptando la propuesta.

—¿El profesor Ugarte? Es un viejo conocido. Trabaja en el análisis y desarrollo de materiales aeronáuticos —explicó el ingeniero—. Nos encontramos por primera vez, hace más años de los que querría admitir, en un congreso sobre investigación de accidentes aéreos. Después tuvimos la oportunidad de coincidir en un par de investigaciones y trabajamos una cierta amistad. Digamos que en uno de esos incidentes en que tuvimos que colaborar nos topamos con alguna pequeña sorpresa que nos permitió descubrir que compartíamos intereses comunes. Un tipo brillante, el profesor... Mi turno: ¿de dónde sacó el pedazo de metal?

Diego se inclinó hacia delante sobre la mesa, como si estuviera a punto de confesar un grave pecado.

—Lo encontré en medio de un campo de girasoles —se limitó a contestar.

El anciano enarcó las cejas, pero Diego no dijo nada más. El ingeniero parecía



decepcionado.

—Oh, vamos, muchacho. ¿Me lo va a contar o no? ¿Qué hacía en medio de un campo de girasoles? Venga, suéltelo todo. La historia completa. Sabe perfectamente que no voy a señalarlo y a gritar '¡Pirado!' cuando me lo explique. Se sentirá mejor si se lo saca de dentro. Haga el esfuerzo.

Diego suspiró y echó un breve vistazo a su alrededor. Nadie en el comedor semi vacío del restaurante les prestaba atención. A pesar de ello, Diego se inclinó un poco más hacia delante. El borde de la mesa se le hincaba en el estómago.

Casi en un susurro le narró cómo había observado los círculos de plantas chamuscadas en los costados de la carretera y cómo había encontrado a un agricultor examinando uno de ellos. Cómo había colocado los puntos sobre un mapa y cómo había intentado caminar campo a través para localizar los que creía que faltaban. Y cómo en ese intento se tropezó con la pieza metálica.

—¿Así que las muestras de tierra eran de uno de esos lugares?

Diego asintió.

El ingeniero Marco pareció revisar el relato mentalmente unos segundos.

—Lo que no acabo de entender es por qué acudió precisamente a mí con todo esto —dijo al fin, mirando fijamente a Diego.

Diego pareció momentáneamente confuso.

—Bueno, yo... es decir, los círculos... —farfulló, en un torpe intento de responder.

—Hay algo más, ¿verdad?

—¡Ah, maldita sea! —exclamó Diego, poniéndose en pie. Sacó un par de billetes del bolsillo, los lanzó encima de la mesa y salió a grandes zancadas del restaurante.

El ingeniero examinó la botella de vino de Rioja, se sirvió un poco más de su contenido y apuró su copa. Se limpió los labios con la servilleta, se despidió de la recepcionista y siguió con paso tranquilo a Diego hasta la calle. Lo encontró a unos metros de distancia, con la espalda apoyada en un coche aparcado y con la vista perdida en el cielo nocturno por encima de los edificios.

—Con todas estas farolas y carteles luminosos no se ve ni una sola estrella. Resulta raro, ¿verdad? —dijo el anciano—. Acompáñeme. Paseemos un rato.

Durante un rato caminaron en silencio. Al fin, Diego se decidió a romperlo de una vez por todas.

—Aquello, aquella cosa, ¿sabe?... no hacía un maldito ruido. No se oía nada.

El ingeniero se detuvo y miró a Diego sin decir nada.

—Era enorme. Descomunal. Gigantesco. No puede hacerse una idea de su tamaño. Y flotaba por encima de mí, sin ninguna prisa, como sin esfuerzo. Era algo tan hermoso de ver, tan majestuoso, que casi daba ganas de llorar. El mundo entero a su alrededor se quedó inmóvil.

Incluido yo. No hice otra cosa que mirarlo alejarse. Embobado. Hipnotizado. Ni siquiera intenté hacer una foto. En realidad no pensé en coger la maldita cámara siquiera. Nada.

—No se preocupe, amigo mío. No es el único que ha reaccionado de esa manera en una situación semejante. Ocurre más a menudo de lo que creería. Incluso a gente entrenada específicamente para mantenerse alerta. Sencillamente estaba en estado de shock.

Diego siguió hablando. Cuando por fin se decidió a dejarlo salir, el relato brotó a borbotones. Era una narración más bien inconexa pero el ingeniero no la interrumpió ni una sola vez. Se limitó a escuchar y a asentir mientras Diego sacaba las palabras de su interior de cualquier manera.

Cuando hubo terminado, el señor Marco pasó un brazo paternal por el hombro de Diego y lo empujó en la dirección contraria a la que habían llevado hasta el momento.

—¿Dónde dice que aparcó el coche, querido amigo? Creo que ahora ambos necesitamos descansar.

Y de nuevo en silencio caminaron de vuelta hacia la puerta del restaurante.

A miles de kilómetros de distancia, en el interior de un restaurante del corazón de Washington, dentro de un discreto reservado forrado con paneles de madera oscura y bajo una pintura abstracta en tonos rojos y marrones que encontraba espantosa, un hombre saboreaba un vaso de whisky de cuarenta años cuyo precio la inmensa mayoría de sus empleados jamás podrían soñar con pagar.

Empujó las gafas de montura de oro que tendían continuamente a resbalar por el puente de su nariz y examinó el cuadro con ojo crítico una vez más. Él no entendía absolutamente nada sobre arte. Quizá por eso no alcanzaba a comprender qué demonios había pretendido el tipo que había pintado aquel montón de brochazos sin forma.

La puerta del reservado se abrió y dio paso a un hombre con el aspecto de un gris oficinista venido a más. El hombre del vaso tomó el sobre que éste le ofrecía pero no le invitó a sentarse.

Abrió el sobre y de él extrajo un par de hojas de papel, que leyó con suma atención.

Al terminar la lectura su rostro se había iluminado.

—Esto es muy prometedor —dijo mientras introducía las hojas de nuevo en el sobre—. Cualquier información adicional relacionada con esto será pagada al precio que merece.

El superior de Stephie Hernández asintió, se ordenó nerviosamente el absurdo peinado con el que cubría su calva y salió del reservado. En cuanto subiera al taxi ordenaría a su subordinada que siguiera el rastro sin dilación. Esos tipos siempre pagaban muy bien. Esta clase de oportunidades no se podían dejar escapar.

Apenas pasaban unos minutos de las seis y cuarto de la mañana cuando un teléfono comenzó a sonar. Diego, que a duras penas había conseguido pegar en ojo en el pequeño sofá del salón, se incorporó como si hubiera caído un obús en el diminuto salón de su apartamento y comenzó a dar vueltas por la habitación, aturdido y adormilado, buscando el origen de aquel alboroto.

El ingeniero Marco salió casi al instante del dormitorio y extrajo un viejo móvil de concha de uno de los bolsillos interiores de su abrigo.

—¡Ajá! —exclamó mientras abría la tapa del teléfono. Pulsó el botón de atender la llamada y conectó el altavoz.

—¡Buenos días, viejo chiflado! ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Qué es este regalito que he encontrado en mi despacho? —tronó una voz al otro lado de la conexión.

—Bonito, ¿eh?

—Muy curioso, debo admitirlo. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha prestado un amigo. Que por cierto, está aquí a mi lado escuchándonos. Saluda, muchacho.

Diego gruñó un buenos días apenas inteligible.

—¿Y cómo se hizo tu amigo con él?

—Es largo de explicar, ya te lo contaré en persona. ¿Has podido analizarlo?

—Soy madrugador pero no me ha dado tiempo a tanto. Sólo le he echado un vistazo por encima y le he hecho un par de pruebas muy básicas. Y con eso ha sido suficiente. ¿Tienes idea de su composición?

—Por supuesto que no.

—Pues debes saber que cuando te la cuente en detalle te exigiré una explicación.

—Así que te ha parecido interesante. Había un poco de tierra además del fragmento, ¿la has visto?

—Sí. Me ha extrañado.

—Mi amigo te agradecería que le echaras un vistazo también si es posible —pidió el ingeniero—. Pero volviendo al fragmento, si no me equivoco me estás llamando desde un teléfono fijo. ¿Tienes un teléfono móvil a mano?

—Sí, aquí a mi lado. ¿Por qué?

—Supongo que será uno de esos endiablados cacharros modernos que sirven para todo, ¿verdad?

—Algunos hace ya unos años que aterrizamos en el siglo XXI, vejstorio.

—Perfecto. Verás qué truquitos tan peculiares sabemos hacer mi amigo Diego y yo. Por favor, Andrés, coloca la pieza sobre tu móvil.

Apenas hubo un instante de silencio.

—¡Demonios! —volvió a tronar la voz al otro lado de la línea—. ¿Se puede saber qué me has traído, Sebastián?

—¿Para qué crees que te lo hemos llevado? Quizá tú puedas ayudarnos a averiguar qué es.

Ugarte reflexionó brevemente.

—Dame unas horas. Tendré que anular un par de tutorías pero conseguiré sacar algo de tiempo. ¿Os podéis pasar a primera hora de la tarde por aquí?

—Allí estaremos. Y no olvides exponerlo al sol directo. Te hará caer de culo cuando lo hagas.

—Viejo chiflado... Más vale que no hayas estropeado mi móvil —y sin más despedida, el profesor Andrés Ugarte, director del Laboratorio de Materiales Compuestos de la Escuela Superior de Ingeniería Aeronáutica, dio por finalizada la llamada.

El sol de media mañana se reflejó sobre el capó impoluto del sedán oscuro que aparcó a unos metros del edificio. La furgoneta blanca sin identificaciones que lo seguía estacionó un poco más adelante.

Un hombre con traje oscuro y gafas de sol se apeó del turismo. Al mismo tiempo, un operario con mono de trabajo cogía una enorme caja metálica de herramientas de la parte trasera de la furgoneta y cerraba el portón. Ambos hombres cruzaron sus miradas en la distancia e hicieron un imperceptible gesto con la cabeza. El hombre del traje echó a andar con paso firme hacia la entrada del edificio. El operario caminaba unos pasos más atrás.

En el hall del edificio los investigadores que hacían un breve descanso en su rutina se mezclaban con los estudiantes universitarios que acudían para realizar algún trabajo o visitar a algún profesor. El hombre trajeado caminó entre la gente hasta llegar al mostrador de información.

Mientras el hombre del traje hacía una consulta al empleado de seguridad, el operario se encaminó hacia las escaleras que se abrían al bloque norte del edificio.

—¡Calefacción! —gritó sin aflojar el paso, elevando la caja de herramientas para que el tipo de seguridad pudiera verla con claridad. El empleado tras el mostrador recordó vagamente un correo electrónico recibido aquella misma mañana que le informaba de un problema en el sistema de calefacción de uno de los despachos del segundo piso. Hizo un gesto despreocupado con la mano al operario invitándole a seguir su camino y devolvió su atención al hombre del traje, que seguía lanzándole consultas y más consultas.

Cuando el operario hubo desaparecido tras el primer tramo de escaleras, el hombre del traje dio las gracias al empleado de seguridad por su amabilidad y salió del edificio. Una vez dentro del coche miró su reloj y esperó.

Menos de dos minutos más tarde, pudo ver al tipo del mono de trabajo abandonando el

edificio con paso tranquilo. Mientras lo observaba, el operario lanzó una mirada furtiva hacia el sedán oscuro y dibujó un fugaz gesto de asentimiento con la cabeza. El hombre del traje puso en marcha el motor y se alejó sin llamar la atención.

El operario abrió el portón trasero de su furgoneta sin rotular, depositó la caja de herramientas, se colocó al volante y siguió el mismo camino.

Habían pasado unos treinta minutos cuando alguien dio la voz de alarma. Una débil nube de humo blanco se filtraba por debajo de una de las puertas del segundo piso del bloque norte. Los bomberos tardaron poco en llegar. Para cuando lo hicieron, lenguas de fuego se escapaban por tres de las ventanas del edificio y varias docenas de curiosos contemplaban la escena desde detrás del cordón de seguridad.

A un par de kilómetros de allí, una furgoneta blanca estaba estacionada en un aparcamiento público, con un mono de trabajo y una caja de herramientas abandonados en el interior de su zona de carga.

## CAPÍTULO 5

Era impaciente. Nunca le había gustado esperar. Desde el día en que lo había recibido, jugar con el grueso anillo que adornaba su dedo anular era un gesto inequívoco de inquietud. Su secretario personal hacía años que había detectado este tic como un indicio de alarma. Si su superior comenzaba a acariciar el anillo debía asegurarse de resolver las cosas sin dilación. Interpretar ese tipo de señales le permitía anticiparse a sus órdenes. Sabía que esa habilidad había sido clave para conservar el puesto durante tantos años.

El timbre del teléfono lo arrancó de sus cavilaciones. Ya era hora.

—¿Y bien?

Escuchó durante unos segundos. Su expresión se relajó muy levemente.

—Perfecto. Traedlo lo más rápido posible. Cuanto antes lo enviemos, mejor para todos.

Colgó el auricular y comenzó a girar el anillo en su dedo de nuevo. Esto no había acabado. En realidad no había hecho más que empezar. Tenía muchas cosas en que pensar todavía.

Nora descifró el mensaje y lo leyó varias veces. Había sido una noche larga, pero sus redes empezaban a devolverle información de utilidad.

Repasó los datos una vez más. Ya podía salir de aquella impersonal habitación de hotel. Ya tenía algo con lo que planear su primer paso.

Diego se desvió como pudo hacia la izquierda, dejando el espacio justo para que el camión se escabullera milagrosamente entre la circulación para continuar su camino.

—No me gusta —masculló el ingeniero Marco, observando el vehículo de los bomberos mientras se alejaba ululando escandalosamente.

Diego había avanzado sólo unos centenares de metros cuando ambos pudieron ver cómo, por encima de los árboles que poblaban el frondoso terraplén que corría paralelo a la calzada, se alzaba una densa columna de humo. Al otro lado de aquel terraplén se encontraba el edificio que habían visitado la noche anterior.

—No me gusta nada —repitió el anciano, mirando la nube gris a través de la ventanilla con el ceño fruncido— ¡Dese prisa, por lo que más quiera!

Si el tráfico no hubiera sido tan denso en el centro de la ciudad, Diego y el viejo ingeniero quizá habrían llegado a tiempo para ver alejarse del lugar a una berlina oscura con las lunas tintadas seguida de cerca por una furgoneta blanca sin distintivos.

Diego giró en la rotonda pero se encontró con la calle cortada al tráfico por unas vallas y abarrotada de curiosos. Aparcó su destartado Toyota de cualquier manera y los dos hombres se apearon.

Esquivando grupos de mirones alcanzaron el cordón que delimitaba el perímetro de seguridad que habían marcado los bomberos. A Diego le dio un vuelco el corazón.

—¿Cree que...?

El ingeniero no respondió.

Al cabo de unos segundos se volvió hacia Diego.

—Yo me largo —dijo con tono sombrío—. Tengo que hacer algunas visitas. Le recomiendo que haga lo mismo. No se quede demasiado tiempo por aquí, amigo mío. En unas horas me pondré en contacto con usted.

—¿Entonces piensa que esto tiene que ver con lo que trajimos?

—No estoy seguro, pero nunca me han gustado las casualidades y no pienso quedarme para salir de dudas —y sin decir más, echó a caminar en dirección a la boca de metro más cercana, abarrotada de universitarios.

Diego contempló al anciano perderse entre un mar de jóvenes cargados con mochilas y carpetas y decidió aceptar su consejo. Rebuscó en su bolsillo la llave del coche y se alejó del lugar.

Los bomberos seguían batallando contra las llamas ante el regocijo de los numerosos testigos, que seguían acercándose para no perder del detalle del incidente que había alterado su monótona rutina y que seguro que sería objeto de muchas conversaciones en las cafeterías del campus en las horas siguientes.

Pero entre todos ellos había alguien que no prestaba atención al incendio. Una mujer muy alta, con una larga melena de un rubio casi albino, estaba apoyada sobre el capó de un pequeño Opel de color rojo y seguía con la mirada al tipo desaliñado con la bandolera de cuero que había llegado allí junto a un anciano y que ahora había abierto la puerta de un viejo Toyota.

Nora se incorporó. Se disponía a salir al encuentro de Diego cuando tres hombres con trajes oscuros y gafas de sol se le adelantaron.

—¿Diego Gastón?

Diego se giró para encontrarse rodeado por tres desconocidos impecablemente vestidos, que lo miraban inexpresivos desde detrás de unas gafas de sol idénticas.

—¿Sí? —respondió, ligeramente intimidado.

—Encantado de conocerlo, señor Gastón. Necesitamos que nos acompañe —dijo uno de ellos, asiéndole por el codo con la firmeza de un gancho de acero.

—¿A dónde?

—No se preocupe, nosotros lo llevamos.

—¿Quié demonios son ustedes?

—Tranquilo, suba al coche. No le pasará nada —. El tono del hombre dejaba bien a las claras que se trataba de una orden, no de una invitación.

—Suban ustedes, yo les sigo.

—Preferimos que venga con nosotros. Mi compañero se encargará de su automóvil — respondió el tipo del traje arrancándole la llave de la mano—. Por favor, entre ahora.

Unos segundos más tarde se encontraba sentado en el asiento trasero de un Volvo conducido por un cuarto hombre vestido de manera idéntica a los anteriores. Su interlocutor entró tras él. Uno de sus silenciosos compañeros lo hizo por la puerta del lado contrario, dejando a Diego atrapado en el centro.

—Vámonos —ordenó el tipo que le había agarrado el brazo. Todo indicaba que se trataba del jefe del grupo.

El Volvo enfiló hacia la autopista A-6. Diego se giró brevemente para mirar por la luna trasera. Su Toyota rodaba inmediatamente detrás de ellos.

—¿Se puede saber quiénes son y a dónde me llevan?

—Me temo que no, señor Gastón, no se puede —respondió el jefe de los trajeados—. Pero no se asuste. Como ya le he dicho, no le ocurrirá nada malo. Ahora tengo que pedirle que se coloque esto —dijo, entregándole un grueso antifaz negro—. Es una medida de precaución ineludible.

El Volvo tomó un desvío. El conductor evitaba en todo momento utilizar los intermitentes, lo que le granjeó unas cuantas broncas de conductores contrariados. A pesar de la falta de indicaciones, el Toyota lo seguía sin el menor problema. El pequeño Opel rojo que circulaba algunos metros más atrás no lo tenía tan sencillo.

Nora deceleró ligeramente. No quería acercarse demasiado y prefería que algún coche se situara entre ella y el viejo coche de Diego. Resultaba evidente que esos tipos sabían lo que hacían.

La velocidad del Volvo había bajado. Los giros eran más pronunciados. Estaban otra vez dentro de la ciudad. En la oscuridad del antifaz, Diego ladeaba levemente la cabeza a un lado y a otro intentando captar algún sonido, pero el coche estaba bien aislado del exterior. El conductor había puesto música clásica a buen volumen para dificultarle la tarea.

Por fin el coche se detuvo. Sólo un instante. Después avanzó un poco más. Diego escuchó una verja metálica cerrarse a su espalda.



Diego hizo el amago de llevarse la mano al antifaz, pero el jefe lo detuvo.

—Aún no, señor Gastón. Pero ya falta poco.

El hombre lo ayudó a apearse del coche y una vez fuera, volvió a hacer presa en su codo. Lo condujo con cuidado al interior de una construcción, le hizo tomar un ascensor y lo guió aún un poco más. Después le hizo sentar en una silla. Escuchó una puerta cerrarse a su espalda.

—Confío en que acepte mis disculpas por este viaje tan inusual, señor Gastón —dijo una voz que no reconoció—. Espero que no le haya resultado excesivamente incómodo y le ruego que comprenda que son precauciones imprescindibles. Ya puede quitarse ese desagradable antifaz.

El hombre que estaba en pie frente a él jugueteaba con un grueso anillo de oro que adornaba su dedo anular. Hizo un gesto al jefe de los tipos trajeados, que retrocedió hasta colocarse bloqueando la puerta. La habitación parecía un sótano, con muros grises de hormigón sin ventanas y un escritorio destartado como único mobiliario.

—¿Qué le parece si ahora charlamos un rato? ¿Le apetece algo de beber? ¿Un café quizá?

Frustrada, Nora buscó un lugar para aparcar. Había logrado seguir a los captores de Diego sin que repararan en ella. Hasta que, inesperadamente, hicieron una parada en mitad de una calle de doble sentido para aparcar el destartado coche del periodista. Plantarse en doble fila tras el enorme Volvo oscuro habría sido como colgarse un cartel de neón.

Dio una vuelta a la manzana tan rápido como le fue posible y volvió al punto de partida. Pero ya no había rastro de la berlina en la que trasladaban a Diego.

Miró el viejo Toyota, que esperaba pacientemente el regreso su dueño como si nada hubiera ocurrido.

Se detuvo un momento a pensar. Confiaba en que no tardarían demasiado en dejar marchar a Diego y preveía que lo conducirían de vuelta hasta su automóvil. Se resignó. Lo más prudente, y también lo más productivo, sería esperar cerca de él.

La charla fue breve. Diego no estaba seguro de si se sentía más asustado o más confundido. Respondió con algunas evasivas pero tuvo la sensación de que, de todas maneras, aquel hombre ya conocía las respuestas a sus propias preguntas. Cuando pareció haber terminado de preguntar, Diego decidió intentar cambiar las tornas.

—¿Qué le parece si ahora me responde usted a mí? ¿Quién es usted? ¿Quiénes son sus matones? ¿Dónde estamos?

El hombre del anillo sonrió sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Lamento decirle que sólo nosotros hacemos las preguntas, señor Gastón.

Diego se puso en pie.

—Me han secuestrado, maldita sea. ¡Me han secuestrado! ¿Me van a decir qué demonios está pasando? —exigió.

Sin perder la sonrisa, el hombre del anillo hizo un gesto al tipo del traje oscuro.

—La reunión ha terminado, señor Gastón. Gracias por su ayuda.

Antes de que el tipo del traje le pudiera colocar el antifaz, Diego tuvo tiempo de ver una carpeta abierta sobre el escritorio en el que se apoyaba el hombre del traje. Encima de ella, una hoja mostraba un código de letras y números que le resultó familiar.

Nora no necesitó esperar demasiado. El Volvo oscuro dobló una esquina a un par de calles de distancia y enfiló hacia el coche de Diego. Cuando llegó a la altura del Toyota uno de los hombres trajeados se apeó por una de las portezuelas traseras y acto seguido Diego lo siguió. El hombre del traje le entregó la llave del coche y su desgastada bandolera de cuero y, sin decir palabra, volvió a entrar en el automóvil, que continuó calle arriba.

Diego se quedó plantado en el borde de la calzada, frente a su coche por espacio de casi un minuto. Pero en lugar de entrar en él se colgó la bolsa al hombro y se dirigió a la puerta de un bar unos metros más adelante.

Nora suspiró. El bar tenía pinta de ser un local deprimente. Y además, caro.

Se apeó de su Opel de alquiler y se dirigió hacia la puerta.

## CAPÍTULO 6

Diego empujó la puerta del bar y caminó directamente hasta la barra. No era demasiado aficionado al alcohol pero estaba dispuesto a hacer una excepción.

Pensó en lo que acababa de vivir. Si hubiera estado de mejor humor habría sacado su libreta y habría tomado páginas y páginas de apuntes que podría haber aprovechado para una hipotética novela que posiblemente jamás escribiría.

Llevaba poco tiempo bebiendo cuando una rubia muy llamativa se sentó en el taburete de su izquierda. Echó un vistazo rápido más allá de ella: el resto de la barra estaba vacía.

En condiciones normales habría acariciado durante unos segundos la idea de intentar entablar conversación con ella antes de dejarlo por imposible. Tratar con desconocidas nunca había sido una de sus habilidades.

Pero no se sentía en condiciones normales. De manera que no prestó a la mujer la más mínima atención. Dio un trago a su vaso y perdió la mirada entre las botellas de licor que abarrotaban las estanterías.

Para su sorpresa, fue la mujer quien se lanzó a hablar una vez el camarero se hubo alejado tras servirle su copa.

—¿Un mal día?

Diego sopesó si sería excesivamente descortés ignorar la pregunta.

—Raro. Sólo un día muy raro —respondió Diego sin apartar la vista de las botellas.

Y entonces la mujer volvió a hablar. Esta vez sí que consiguió arrancar la mirada de Diego de la pared tras la barra.

—Puedo ayudarte a encontrar respuestas —dijo Nora—. Pero si recuperamos el fragmento, tienes que prometer que dejarás que me quede con él.

Diego miró fijamente a Nora, aturdido.

—¿Perdón? —masculló, desconcertado.

—Es posible que el fragmento esté ya muy lejos. No sé si pretenderán sacarlo del país pero es una opción muy probable. No me puedo permitir el lujo de perder ni un minuto disimulando. ¿Quieres mi ayuda o no?

Nora solía ser mucho más sutil y, ante todo, mucho más prudente. Pero era consciente de que había llegado tarde y la desventaja se acumulaba con cada segundo que pasaba. Tenía que salirse del curso de acción habitual. Necesitaba encontrar atajos.

Diego echó un vistazo a un lado y a otro y forzó una sonrisa en absoluto creíble.

—Creo que deberías dejar de beber por hoy —respondió, señalando su copa.

Nora apretó los labios e hizo un esfuerzo por mantener un tono suave.

—Créeme, no hay tiempo para juegos. Puedo ayudarte pero necesito que tú también me ayudes a mí. Quiero el fragmento que encontraste.

Diego encogió levemente los hombros al tiempo que se inclinaba hacia Nora. Hizo un cómico gesto pidiendo a Nora que bajara la voz a pesar de que nadie en el bar, prácticamente vacío a aquellas horas, les prestaba la menor atención. Por un momento tuvo ganas de reír. Se comportaba como un político corrupto al que intentaran chantajear con grabaciones comprometedoras.

Diego agarró su vaso y se dirigió a una mesa en el rincón más oscuro del bar. Nora suspiró y lo siguió a regañadientes.

—Eres consciente de que esto es más sospechoso que habernos quedado hablando tranquilamente en la barra, ¿verdad? —dijo mientras se sentaban.

—¿Quién demonios eres? —preguntó mirando directamente a los ojos de Nora—. Ya he tenido suficientes sorpresas como esta por hoy.

Nora dio un breve sorbo a su copa antes de responder.

—Soy alguien que sabe que has visto algo que no vas a admitir, que sabe que encontraste algo poco usual y que sabe que ya no lo tienes. Soy alguien que sabe que debes tener un millón de preguntas rondándote la cabeza y que te puede ayudar a responder a algunas de ellas. Si tú me ayudas a mí también

Diego parecía confuso y asustado. Tenía el aspecto de un cervatillo deslumbrado por los faros de un camión mientras cruza una carretera en mitad de la noche. Nora sintió una punzada de lástima por él. Decidió destapar alguna de sus cartas.

—Está bien. Verás, busco este tipo de objetos... objetos inusuales como el que encontraste. Esa es mi profesión. Digamos que trabajo para gente muy interesada en ellos.

—¿Como que objetos como el que encontré? ¿Es que hay más?

—Te sorprenderías si te respondiera a eso.

—¿Es que eres una espía o algo así?

Nora no pudo contener una carcajada.

—¡Dios mío, no! ¿Aún quedan espías en el mundo? No, no soy nada de eso. Podría decirse que soy una contratista privada.

Diego la miraba con recelo.

—¿Entonces cómo sabes lo que me ha pasado?

Nora aún se asombraba ante la candidez de la gente .

—Las personas con muchos recursos, y mis jefes lo son, tiene sus métodos para estar informados de las cosas que consideran de interés. Métodos muy sofisticados. Y muy efectivos.

Diego se mantuvo en silencio. Era evidente que seguía sin fiarse de Nora.

—Y bien, Diego. ¿Ha sido un interrogatorio duro?

La pregunta arrancó bruscamente a Diego de sus pensamientos.

—¿Cómo sabes...?

Nora sonrió suavemente antes de dar otro sorbo a su copa.

—Es habitual. Cuando algo como esto ocurre saltan alarmas en muchos lugares diferentes.

Diego perdió la mirada en el interior su vaso.

—Ha sido surrealista, la verdad.

—¿Te han dicho quiénes eran? —quiso saber Nora.

—Ni palabra.

—¿Tenían muchos datos sobre lo que ocurrió?

—No sé cómo sabéis todos tanto sobre algo de lo que no he hablado con nadie. Sí, sabían bastante bien lo que había ocurrido. De hecho sabían tanto que casi me ha dado miedo.

—¿Por qué dices eso?

Diego levantó el índice mientras daba un largo trago de su vaso. Después empezó a hurgar en su bolsa.

—Mira esto—dijo al fin, alargándole la cámara de fotos que siempre llevaba con él y señalando la pequeña pantalla.

—¿Qué tengo que ver exactamente?

En la pantalla, Nora sólo apreció la parte trasera de un coche polvoriento en mitad de la noche.

—Espera —respondió Diego mientras recuperaba la cámara de manos de Nora.

Pulsó unos botones y se la volvió a entregar. La pantalla mostraba ahora un zoom sobre una pequeña área de la imagen. En el centro se distinguía con nitidez la placa de la matrícula.

—La tenían —dijo, recordando la hoja que había podido entrever sobre la mesa del cuartucho en el que había sido interrogado—. Esos tipos tenían la matrícula de este coche. Te digo que lo sabían todo. ¿Para qué me necesitaban a mí?

Nora hizo una leve mueca de indiferencia.

—Quizá no te necesitaban. Quizá sólo querían confirmar cuánto sabías tú.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Insinúas que...?

—¿Sinceramente? Sí, creo que sí. Es muy probable que el fragmento ya no esté donde lo dejasteis y quizá sean ellos quienes lo tienen en su poder. Y ahora levanta. Vamos a tomar algo más apropiado para estas horas del día, como un café. Y sobre todo en un sitio menos sórdido que éste. Me estoy poniendo enferma.

Un breve paseo les llevó hasta la puerta de una moderna y luminosa cafetería. En todo el trayecto no habían cruzado palabra. Diego no había podido evitar lanzar un par de miradas furtivas a Nora, que caminaba con una extraña cadencia que resultaba hipnótica. Diego se fijó en

sus pies. Al verla en el bar le pareció una mujer muy alta, y había dado por hecho que estaría encaramada a unos tacones enormes. Sin embargo llevaba unos sencillos zapatos planos, a pesar de lo cual sobresalía entre la gente que les rodeaba.

Nora dejó a Diego sentado a una mesa junto a un enorme ventanal que iba desde el suelo hasta el techo mientras se acercaba a la barra a hacer el pedido. Se sentía como si fuera a tomar un café en el interior de un escaparate.

La luz del sol se colaba en oleadas en el local a través del cristal. Se alegró de que Nora lo hubiera arrancado de la oscuridad del bar para traerlo hasta allí.

Nora volvió con dos grandes vasos de cartón y colocó uno frente a él.

—Tranquilo, no he vaciado ninguna droga oculta en un anillo en tu bebida —dijo ella, burlona—. Esto te sentará mejor que el whisky. Me llamo Nora, por cierto.

—Diego Gast... Ya lo sabes, claro. Soy idiota —. Nora dejó escapar una sonrisa.

Diego respiró el cálido aroma del vaso antes de dar un sorbo.

—¿Qué piensas hacer ahora, Diego?

Diego se encogió de hombros.

—Intentar olvidar esta locura, supongo. Volver a casa. Darme una ducha. Apagar el móvil. Dormir. Trabajar.

—Entonces, ¿no quieres saber más? ¿No quieres saber qué es lo que viste? ¿Qué fue lo que encontraste? ¿Quién te interrogó? ¿Y por qué?

Diego meditó unos segundos.

—No, creo que no quiero. Por momentos me parece que he perdido la razón. Que todo esto es una alucinación gigantesca. Que sufro un delirio enorme. Es un maldito disparate. Y quiero que termine.

Nora colocó suavemente su mano sobre la de Diego y lo miró directamente a los ojos.

—Diego, he conocido a otras personas que han estado donde estás tú ahora. Más personas de las que creerías. La mayoría se estresan, exactamente igual que tú. Otros no dejan de negar lo que han vivido. Unos pocos se comportan como si hubieran tenido una epifanía. Pero lo que me ha enseñado la experiencia es que en el fondo todos ellos, todos, necesitan una respuesta. Nadie se olvida, nadie deja de hacerse preguntas. Por mucho que lo intentes, Diego, por mucho que te esfuerces, esto no se va a pasar sin más.

Diego retiró su mano de debajo de la de Nora. Se recostó contra el respaldo y se cruzó de brazos.

—¿Y qué más da eso? ¿Qué quieres que haga? ¿Voy al palacio de la Moncloa? ¿Al palacio de la Zarzuela? ¿A la Casa Blanca? ¿Llamo al Pentágono? ¿A los rusos? ¿A los chinos? ¿A la OTAN? ¿A la jodida NASA?

Nora dio un largo y lento sorbo de café.

—Mira, Diego, yo no te puedo prometer 'la' respuesta. Pero si te puedo prometer ayuda para buscar 'algunas' respuestas. Puedes negar todo hoy, puedes intentar autoconvencerte de que nada de esto ha pasado realmente y y de que puedes volver a tu vida sin más. Pero créeme, pasarás el resto de tu vida sorprendiéndote a ti mismo tratando de imaginar qué demonios pasó aquella noche, dando vueltas a ciegas en círculos. Por otra parte, también puedes decidir escucharme y apostar por tratar de encontrar al menos un indicio, algún dato, alguna migaja a la que recurrir cuando las preguntas vuelvan para acecharte. Porque lo harán.

Diego no respondió. Miraba a la gente que paseaba despreocupadamente al otro lado del cristal.

—Si saliera y le contara a cualquiera de esos lo que me pasó anoche, me mandarían a un psiquiátrico.

—Puede ser. O quizá te encontrarías con gente que alguna vez vio algo parecido. Y que se fuerzan a sí mismos a guardar silencio, igual que tú. Puede que te sorprendieras.

Nora dio otro largo sorbo de café.

## CAPÍTULO 7

El recepcionista obsequió a Diego con una prolongada mirada que mezclaba envidia y admiración mientras cruzaba el hall camino de los ascensores siguiendo a Nora.

—En la cafetería me has dicho que querías ducharte y dormir. Me parece una idea excelente —dijo Nora tras cerrar la puerta de la habitación—. Aprovecha también para descansar un poco.

—¿Hablas en serio? —protestó Diego—. ¿Así es como vamos a buscar respuestas?

—No, pero tú necesitas descansar y yo necesito salir a resolver algunos asuntos. Cuando vuelva hablaremos de nuestros siguientes pasos. Te dejo apuntado el número de mi teléfono móvil —repuso Nora al tiempo que garabateaba unas cifras en un pedazo de papel con el membrete del hotel que encontró en el cajón del escritorio—. Preferiría que lo memorizarás y luego te deshicieras de esta nota. Sólo como medida de precaución.

Nora cogió la tarjeta de acceso y se dirigió hacia la puerta.

—Ah —añadió antes de salir—, y procura controlar al periodista que llevas dentro. Si intentas hurgar entre mis cosas tendré que matarte.

Diego respondió con una sonrisa aunque no estaba del todo seguro de que estuviera bromeando.

Una vez solo en la habitación, Diego sintió que un cansancio insoportable se apoderaba lentamente de él. Decidió seguir el consejo de Nora. En realidad tampoco es que pudiera hacer muchas cosas más.

Entró en el cuarto de baño recitando en bucle las cifras del papel. Tras una larga ducha caliente se puso el albornoz blanco que reposaba pulcramente doblado junto al lavabo. Frotó con la manga el vaho condensado en la superficie del espejo y contempló su reflejo. Tenía un aspecto espantoso.

Caminó hasta la cama y se sentó en el borde del colchón. Cogió el mando a distancia y conectó la televisión. Saltó de un canal a otro durante un par de minutos. Lo cierto era que le daba igual qué ver. Finalmente se quedó con la enésima reposición de un viejo capítulo de Los Simpson que había visto ya al menos media docena de veces. Se recostó sobre la almohada.

Unos segundos más tarde unos leves ronquidos delataban que el sueño lo había vencido sin apenas resistencia.

Pasadas las dos de la madrugada, un único despacho mantenía la luz encendida en toda la



planta trece.

En su interior, uno de los hombres permanecía de pie frente al ventanal, observando la ciudad iluminada y adormecida. Un camión de los servicios de limpieza apareció detrás de una esquina. Avanzó unos metros por la avenida y se detuvo frente a una pequeña plaza arbolada. Dos operarios se apearon y recorrieron el lugar recogiendo algunos desperdicios que se acumulaban junto a un kiosko.

Al hombre le recorrió una sensación cercana a la envidia. Pensó en aquellos hombres. ¿Sentirían presión alguna vez? Quizá no tenían el trabajo más estimulante del mundo, de acuerdo, ni tampoco el mejor pagado. Pero seguro que no les impedía conciliar el sueño por las noches.

El teléfono sonó y el hombre del ventanal giró sobre sus talones. Hizo un breve gesto de asentimiento y el otro tipo, sentado junto al escritorio, pulsó un botón.

Una voz nasal saludó en inglés.

—¿Cómo ha ido todo?

—Entramos en el laboratorio pero la pieza no estaba —respondió el hombre en el mismo idioma con un acento más que correcto.

El silencio que siguió a sus palabras hizo que al hombre del ventanal se le secará la garganta.

—¿Qué quiere decir que no estaba? —preguntó la voz del teléfono, sin el menor asomo de cordialidad.

—Pues... que no estaba. Registramos todo de arriba abajo. No apareció. Nada

—¿Preguntasteis al profesor?

—Puedes creerme, él también pensaba que estaba allí.

—¿Estás seguro de eso?

—Sin la más mínima duda.

La voz del teléfono volvió a guardar silencio.

—Encontradla. Os estamos pagando muy generosamente por este trabajo. No quiero tener que enviar a mi equipo para corregir vuestra incompetencia.

—Ya estamos en ello.

La comunicación se cortó sin una despedida.

El hombre se sirvió una buena cantidad de bourbon en un vaso y volvió al ventanal. Los operarios se estaban subiendo de nuevo a su camión para continuar con su monótono turno de trabajo.

El tono de mensaje entrante lo despertó.

La habitación estaba en penumbra, sólo iluminada por una pequeña lámpara de mesa colocada sobre el escritorio. Nora estaba sentada en el sillón consultando su ordenador.

—Buenos días, bella durmiente. Empezaba a temer que no despertaras nunca —dijo mientras apartaba el portátil y se ponía en pie.

Diego miró alrededor buscando en vano un reloj.

—¿Cuánto he dormido?

—Lo que necesitabas, supongo —se limitó a responder Nora—. Espero que hayas descansado bien. Porque tenemos planes para hoy.

—¿Ah, sí? —dijo Diego, aún adormilado—. ¿A dónde vamos?

—Al laboratorio —gritó Nora desde el cuarto de baño.

—¿Otra vez allí? —. A Diego no le entusiasmó la propuesta. No le agradaba imaginar otro encuentro con los tipos de los trajes oscuros. Aunque no se lo habían dicho, sospechaba que no les gustaría encontrarlo husmeando por allí —. No sé si será buena idea.

—Claro que sí. Necesitamos información. Y no hay mejor lugar por el que empezar.

—Sinceramente, no me hace mucha gracia ir a hacer de periodista por el laboratorio. Además, ya estuve por allí haciéndome pasar por... —se interrumpió justo a tiempo al recordar que Nora no conocía al viejo ingeniero—. Da igual, el caso es que me conocen. No sé si es muy prudente.

—No serás tú quien haga las preguntas, seré yo —dijo Nora saliendo del baño.

Diego se quedó asombrado.

Nora se había vestido con unos vaqueros rotos, unas zapatillas deportivas y un jersey amplio de lana, se había recogido el pelo en una coleta descuidada y se había colocado unas gafas con montura de plástico. Mientras la observaba guardar una carpeta llena de folios en blanco en un enorme bolso, Diego admiró su transformación. Apenas parecía la misma mujer que había conocido el día anterior. De pronto se dio cuenta de que era incapaz de calcular su verdadera edad.

—También compré algo de ropa para ti. Imaginé que te gustaría poder ponerte algo limpio. Y de mejor gusto también—. Nora hizo una mueca mientras le lanzaba una bolsa de plástico—. Espero haber acertado con las tallas.

Diego agarró la bolsa y entró en el cuarto de baño. Desbloqueó el móvil y consultó el mensaje que lo había despertado. No conocía el número, pero el tono le resultó familiar.

'¿Dónde demonios ha pasado la noche, amigo mío? Faro de Moncloa. 14:30. No falte'.

¿El Faro de Moncloa? ¿En serio? ¿No había otro lugar?

—¡Debió ser aterrador! ¡Qué valiente!

El guardia de seguridad infló el pecho mientras adoptaba una pose de súper héroe de cómic.

—Cumplía con mi deber. Estas cosas nos van en el sueldo. Al fin y al cabo es para esto para lo que nos entrenamos.

Nora pensó que aquel tipo no tenía pinta de ser muy aficionado a ningún tipo de entrenamiento.

—¿Y el profesor estaba allí atrapado?

—Sí. Por suerte yo se lo indiqué a los bomberos y así pudieron sacarlo a tiempo del laboratorio —dijo el guardia, como si pretendiera atribuirse el mérito del rescate.

—Pobre profesor. Qué experiencia tan terrible.

—Sí que debió ser duro para él. Creo que pensó que la palmaba porque incluso intentó dejar un mensaje. Por lo visto ahora está en coma.

Quizá había encontrado algo, por fin.

—¿Dejó un mensaje? ¿Qué tipo de mensaje? —preguntó mientras miraba fijamente a los ojos al guardia de seguridad y jugueteaba con un mechón de pelo.

—Uno raro. Nadie tiene muy claro lo que quería decir con él. El hombre cogió un rotulador que tenía cerca y escribió JAN en el suelo. Eso es todo. Supongo que no tuvo tiempo de terminarlo antes de perder el sentido. Yo mismo le hice una foto a las letras, ¿quieres verla?

Nora dio algo más de carrete al guardia antes de decidir que poco más podía sacar de él. Se despidió precipitadamente con una amplia sonrisa, aferrándose a la excusa de que llegaba tarde a una clase y salió del edificio.

Caminó hasta el coche en el que la esperaba Diego.

—No he conseguido enterarme de gran cosa —dijo con un cierto tono de decepción una vez dentro—. Al parecer el incendio se originó en el laboratorio de Ugarte. El profesor se encontraba dentro. Por suerte pudieron rescatarlo a tiempo, vivo aunque inconsciente. Y según me ha contado uno de los guardias de seguridad, dejó un mensaje. ¿Te dice algo la palabra 'Jan'?

Diego pensó un instante.

—Pues no sé qué decirte. Es la abreviatura del mes de enero en inglés. Y creo que también es un nombre de varón en varios idiomas, en alemán, neerlandés, checo y seguramente alguno más. Pero poco más.

Nora suspiró.

—Es triste, pero es la mejor pista que tenemos hasta ahora. Si el profesor estuviera consciente podríamos intentar hablar con él. Pero tal como están las cosas tendremos que conformarnos con esto para empezar.

Diego miró su reloj.

—Quizá aún podamos averiguar algo más. Tengo una cita dentro de unos minutos. ¿Quieres acompañarme?

En el noroeste de Madrid, junto al extremo sur de la Ciudad Universitaria, se levanta un imponente edificio de estilo neoherreriano que parece inspirado en el monumental Monasterio de San Lorenzo del Escorial, ordenado construir por Felipe II cuatrocientos años antes en la ladera del Monte Abantos, a menos de cincuenta kilómetros de distancia de allí.

Este edificio fue construido en su día, a mediados del siglo XX, para albergar el Ministerio del Aire, el organismo que durante la dictadura franquista fue el encargado de gestionar la aviación civil y militar del país y ocuparse de la vigilancia y supervisión del espacio aéreo español.

Curiosamente, a sólo unos centenares de metros de ese lugar, y como salido de una vieja película de ciencia ficción, una especie de platillo volante de acero inoxidable flota a ochenta metros sobre el nivel del suelo, desafiando a las autoridades aéreas.

Se trata de la estructura del mirador panorámico de la Torre de Iluminación y Comunicaciones del Ayuntamiento de Madrid. Un nombre tan aburrido y largo que los madrileños, con buen criterio, muy pronto lo

sustituyeron por el más breve y descriptivo de Faro de Moncloa.

Nora y Diego esperaron a la sombra del enorme disco metálico de cerca de treinta metros de diámetro a que el ascensor exterior acristalado regresara al nivel del suelo.

Cuando al fin llegaron a la plataforma de observación, aún no había rastro del viejo ingeniero. Diego consultó su reloj. Se habían adelantado unos minutos.

A esa hora el mirador albergaba apenas a un puñado de turistas. Diego se sentó en el borde de la tarima superior con la mirada fija en la puerta de acceso. Nora, mientras tanto deambulaba por la estancia paseando su mirada por la ciudad que se extendía a sus pies. Recorrió las enormes zonas arboladas de la Casa de Campo y el Parque del Oeste. Contempló el edificio del Ministerio del Aire y, tras él, alzándose majestuoso por encima de una nube de edificios bajos y tejados, el espectacular Palacio Real. Siguió con la vista la calle Princesa hasta la silueta escalonada del Edificio España, uno de los primeros rascacielos de la ciudad, y continuó su recorrido desde el centro histórico hacia el este vagando por el perfil urbano, interrumpido aquí y allá por la peculiar figura de la torre de comunicaciones de Torrespaña, los modernos edificios de oficinas del Paseo de la Castellana y el complejo de rascacielos que se yerguen como gigantes custodiando el acceso a la ciudad desde el norte.

A las dos y media en punto las puertas del ascensor volvieron a abrirse y de entre un pequeño grupo de turistas surgió el viejo ingeniero Marco. Sonrió al ver a Diego sentado a unos metros de distancia y se acercó a él.

—¿Qué hay querido amigo? —saludó tomando asiento junto a él—. No me dirá que no es un lugar apropiado para encontrarnos. ¿Tiene alguna novedad?

—No lo creería.

—Estoy bastante dispuesto a creer casi cualquier cosa ahora mismo. Así que tendrá que contármelo todo. Yo, por mi parte también tengo alguna noticia... ¿Desea algo, señorita?

Nora se había acercado a la pareja en cuanto vio al anciano sentarse junto a Diego.

—Señor Marco, esta es Nora.

—Un placer, querida —respondió el anciano, aunque su tono no era exactamente cordial.

Diego podía comprender la sorpresa del ingeniero.

—Conocí a Nora ayer. Quiere ayudarnos. Puede ayudarnos —explicó Diego—. Y de hecho ya lo está haciendo. No estoy muy seguro de dónde ha salido pero parece estar al tanto de todo en todo momento. Yo creo que tiene algo de espía aunque ella lo niega. No me sorprendería que supiera lo que ha desayunado usted esta mañana.

El ingeniero frunció el ceño.

—Como ya le expliqué a Diego, soy una especie de contratista privada, señor Marco. Parte de mi trabajo consiste en conseguir información. Y me precio de tener una red excepcional de contactos y de ser muy buena en lo que hago.

El anciano la miraba con cautela.

—¿Qué quiere decir exactamente con contratista? ¿Qué tipo de contratista es usted, señorita?

Nora comprendió enseguida que el anciano no iba a aceptar vaguedades. Y parecía tener gran influencia sobre Diego. No podía arriesgarse a perder su confianza.

—Busco piezas como la que entregaron al profesor Ugarte por cuenta de clientes muy interesados en ese tipo de objetos.

—Precioso. ¿Es una especie traficante de reliquias de hombrecillos verdes para millonarios chiflados?

Nora sonrió.

—En absoluto.

—Pues ya puede empezar a hablar claro, señorita, si no quiere que mi querido amigo aquí presente y yo nos larguemos sin mirar atrás. Ya que usted presume de saberlo todo de nosotros, opino que es de justicia que nosotros también sepamos algo de usted, ¿no le parece? ¿Para quién demonios trabaja?

—Mis clientes son muy celosos de su privacidad. Pero lo resumiré en un concepto que creo que entenderá perfectamente: ingeniería inversa.

El ingeniero miró fijamente a Nora durante unos segundos sin decir palabra.

—Señor Marco, venimos del laboratorio del profesor —intervino Diego—. Nora ha conseguido sonsacar algunos datos a los trabajadores del edificio.

—También yo he conseguido información —repuso el anciano—. Unos desgraciados casi matan al pobre Ugarte. Estaba dentro de su laboratorio cuando se inició el fuego. Ahora está en

cuidados intensivos en estado de coma.

—Lo sabemos.

—Los bomberos aún no dejan regresar a su equipo al laboratorio. Pero alguno de sus ayudantes pudo entrar para asegurarse de que no hubiera ninguna sustancia peligrosa expuesta. Sé de buena fuente que la pieza con la que estaba trabajando Ugarte ha desaparecido.

—Eso nos temíamos nosotros también. ¿Le han dado alguna idea de qué ha podido pasar con ella?

—Ninguna —respondió el ingeniero—. Sus colaboradores sólo sabían que Ugarte había recibido un envío la noche anterior y que parecía haberlo encontrado muy interesante. Pero tampoco le dieron excesiva importancia y yo no quise levantar la liebre.

—Supongo que la mejor pista sigue siendo el mensaje —opinó Diego.

—Y no es gran cosa, la verdad —dijo Nora—. Ni siquiera sabemos si es un mensaje completo.

—En cuanto tenga tiempo de sentarme a trabajar me pondré a investigar. Yo también soy bueno en lo mío. Aunque 'Jan' puede ser absolutamente cualquier cosa. O persona. O lugar. O qué sé yo.

—Si utilizó sus últimas fuerzas para escribirlo, debemos pensar que es algo relevante. Deberíamos intentar acotar la búsqueda a temas relacionados con su especialidad y empezar a ampliar a partir de ahí. Pero estoy de acuerdo en que las posibilidades pueden ser casi infinitas.

El ingeniero Marco alzó la mano.

—¿Les importaría contarme de qué mensaje están hablando, queridos muchachos?

Diego hizo un gesto de disculpa.

—Es cierto, aún no se lo hemos contado. Según uno de los guardias del edificio, los bomberos encontraron algo escrito en el suelo junto al profesor Ugarte. Creen que es algo que escribió él mismo antes de perder el conocimiento. Pero son sólo tres letras: JAN.

El ingeniero frunció el ceño.

—Lo han leído mal.

—¿Perdón?

—Que han leído mal el mensaje. No es JAN. Es JAH.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Nora.

—Porque ese mensaje iba dirigido a mí. Respondía a uno idéntico que yo le había dejado.

Diego y Nora se miraron sorprendidos.

El ingeniero se puso en pie, se acercó a los ventanales y miró hacia abajo.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Madrid, amigo mío?

Diego hizo un rápido cálculo mental.

—Once años. No, doce. Doce años ya. ¿Por qué?

—¿A que en todo ese tiempo nunca había visto el Arco de la Victoria desde este ángulo? La enorme cuádriga de Minerva pasa casi inadvertida desde el suelo. Es curioso cómo cambian las cosas cuando uno cambia la perspectiva desde la que las mira.

## CAPÍTULO 8

Abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo una pequeña bolsa de plástico transparente que situó frente a él. Observó con aire pensativo el extraño fragmento de apariencia metálica que reposaba en su interior mientras giraba lentamente el grueso anillo de oro en su dedo.

Tras voltearla con parsimonia entre sus manos introdujo la bolsa en un sobre acolchado. Calentó un poco de lacre y lo selló meticulosamente. Acto seguido, tomó el sobre y lo colocó dentro de una carpeta rígida para documentos, que lacró de igual manera. Por último, garabateó unas cuantas palabras en la superficie de la carpeta.

Caminó hasta la puerta y dejó el paquete sobre la mesa de su ayudante.

No necesitó intercambiar palabra alguna. Su ayudante agarró la carpeta y sin dilación se puso en pie y atravesó los pasillos del edificio con paso decidido. Finalmente entró en una estancia oscura impregnada de olor a humedad y se acercó a una enorme bolsa de lona que esperaba abierta. Introdujo la carpeta de documentos en su interior e hizo un gesto al hombre que custodiaba la saca. Éste ciñó las cuerdas y aseguró el cierre con el seguro preceptivo. La bolsa estaba rotulada en inglés siguiendo las reglas de la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas.

Nadie abriría la bolsa antes de llegar a su destino. Ni siquiera pasaría por una inspección por rayos X.

Diego cedió el asiento del acompañante del pequeño Opel rojo al ingeniero y él se situó en el asiento trasero.

Nora puso en marcha el motor y se incorporó al tráfico.

—¿Entonces es una clave? —preguntó mientras maniobraba para cambiar de carril.

—Algo parecido —respondió el anciano—. Es una especie de juego entre ambos que llevamos años jugando. Una manera discreta de intercambiar datos. Si yo le dejo cualquier cosa que lleve ese mensaje, él sabrá que es algo que considero de un interés... especial. Y si él me envía algo marcado con esas iniciales, sabré que se trata de algo similar.

—Entonces eso quiere decir que el profesor Ugarte...

—...consideró que el fragmento era lo bastante... digamos que lo bastante exótico como para atribuirle la etiqueta JAH. Es una confirmación de su carácter de objeto fuera de lo común. Absolutamente fuera de la común. Ya sabe a qué me refiero.

Diego no estaba seguro de alegrarse de la noticia. Le habría tranquilizado más que el profesor hubiera certificado que no era más que un estúpido pedazo de chapa corriente.

—¿Y por qué JAH? ¿Qué significa JAH?—preguntó Diego.



—Son unas iniciales. ¿Le suena Josef...?

—Allen Hynek. Claro —intervino Nora.

A Diego le sorprendió la rápida reacción de Nora.

—Es la primera vez que oigo ese nombre —respondió Diego—. ¿Quién es?

—Un tipo ciertamente fascinante por el que Ugarte y yo sentimos especial predilección —dijo el ingeniero—. De ahí que a ciertos eventos extraordinarios los calificáramos como portadores de lo que ambos bautizamos como 'el factor Hynek'. ¿Le suena el Proyecto Blue Book?

—Tampoco.

—Entonces habrá que empezar desde cero.

—J. Allen Hynek fue un astrofísico americano, Diego —explicó Nora—. Trabajó desde finales de la década de 1940 y durante más de veinte años para el ejército de los Estados Unidos en varios estudios oficiales sobre avistamientos OVNI. Es posiblemente el primer investigador que introdujo un verdadero enfoque científico en el estudio del fenómeno.

La marea de coches seguía avanzando densa y lenta sobre la calzada, como una lengua de lava que llega al final de la ladera de un volcán.

—Puede anotarle un sobresaliente a su amiga —dijo el ingeniero Marco—. El más importante de los estudios en los que participó J. Allen Hynek es el denominado Proyecto Blue Book. Siguiendo a dos proyectos anteriores, llamados Sign y Grudge, en los que Hynek también había tomado parte, el Proyecto Blue Book se puso en marcha en 1952. Durante diecisiete largos años, hasta 1969, el proyecto Blue Book documentó, estudió y analizó más de doce mil incidentes OVNI por orden del ejército estadounidense. Para cuando se dio por finalizado el proyecto, la conclusión oficial fue que no había evidencia alguna de que el fenómeno fuera una amenaza para la seguridad nacional de los Estados Unidos y que tampoco existían indicios de que pudiera tener su origen en alguna clase de vehículo extraterrestre. Sin embargo, a pesar del esfuerzo por desmontarlos, una pequeña pero significativa parte de los casos estudiados por el proyecto Blue Book se mantuvieron tozudamente bajo la categoría de 'Sin explicación'. Pese a ser sometidos a un proceso de documentación y estudio minucioso, contando con todos los medios del ejército disponibles para la tarea, no se pudo encontrar una explicación satisfactoria para ellos. De modo que Hynek acabó por disentir de las negaciones categóricas oficiales. Experimentó una completa transformación a lo largo de los años. El estudio sistemático del fenómeno desde la primera línea de acción cambió su perspectiva sobre el mismo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Diego aferrándose al asiento mientras Nora se colaba de manera milimétrica entre dos turismos en el carril contiguo.

—La trayectoria del profesor Hynek es muy interesante —confirmó Nora—. Como ha explicado el señor Marco, participó en los primeros estudios formales del ejército sobre el fenómeno OVNI, e incluso formó parte del llamado Panel Robertson. Aunque apuesto a que Diego

tampoco ha oído hablar del Panel Robertson —sugirió, guiñando un ojo al ingeniero.

—Me habéis pillado. Es algo que oculto incluso a mis mejores amigos, pero tienes razón. Nunca lo había oído mencionar.

—No se lo tome a broma, amigo mío, porque esto le afecta directamente a usted —dijo el viejo ingeniero—. El Panel Robertson viene a ser el inicio oficial de la caricaturización de los OVNI's como aparatos repletos de hombrecillos verdes y de sus testigos como gente desequilibrada tocada con gorros de papel de aluminio. ¿Por qué, si no, cree que usted mismo se negaba a aceptar lo que era perfectamente consciente de haber visto?

—Lo dice como si fuera todo parte de un plan —protestó Diego con escepticismo.

—Porque quizá lo sea —respondió el anciano—. Volvamos al año 1952, ¿quiere? Meses después de la puesta en marcha del proyecto Blue Book, en el mes de julio, se produjo una famosa serie de extraños avistamientos sobre Washington, sobre la mismísima capital de Estados Unidos. Recuerde que estamos en los tiempos de la guerra fría. De manera que un montón de objetos sin identificar volando sobre la Casa Blanca era toda una pesadilla para los responsables de la seguridad nacional. El enorme alboroto y la atención pública que concitaron estos avistamientos empujaron a la CIA a crear un comité de expertos integrado por físicos, ingenieros, meteorólogos y por un astrónomo, que resultó ser nuestro estimado profesor Hynek. Este comité estuvo comandado por el doctor Howard P. Robertson (de ahí su nombre), un físico y consultor en temas armamentísticos de la defensa de Estados Unidos. Tenía como misión dar una respuesta científica al creciente interés público por el fenómeno OVNI. ¿Y sabe, amigo mío, cuál fue una de las principales recomendaciones emitidas por este comité tras su sesudo estudio? El desprestigio deliberado y planificado del fenómeno de cara a la opinión pública. Tal cual.

Nora aceleró para superar un semáforo antes de que se pusiera en rojo.

—Textualmente, invitaban a utilizar los medios de comunicación de masas, como el cine, la televisión y la prensa, para reeducar al público respecto al fenómeno, con el fin de reducir su interés por él —intervino Nora mientras se veía obligada a detener el coche sólo unos metros más adelante—. La base de esta reeducación debía ser la exposición de casos inicialmente intrigantes que después serían convenientemente explicados, siguiendo el principio de que los trucos pierden su magia cuando se descubre su secreto. A partir de ese momento la política oficial de desprestigio del fenómeno OVNI fue implacable. Y también su caricaturización en la cultura popular. Seguro que recuerdas todas esas pintorescas películas de serie B llenas de alienígenas de pega tan típicas de los años cincuenta y sesenta.

—A mí siempre me han divertido esas películas —repuso Diego.

—No se puede negar que hicieron bien su trabajo —dijo el ingeniero Marco—. Hoy puede ser más difícil confesar un avistamiento OVNI que un asesinato múltiple.

—Lo que no entiendo de todo esto es por qué se tomaron tantas molestias —reflexionó Diego

—. Quiero decir, ¿qué se supone que ganaban con eso los militares?

—Esa es una de las preguntas clave, querido muchacho. Al respecto se me ocurren dos posibilidades. La primera es que detrás de todo el fenómeno en realidad no hubiera absolutamente nada y sencillamente quisieran acabar con la posibilidad de una histeria colectiva. Al fin y al cabo, como le recordaba antes, era la época de la guerra fría: no parecía muy recomendable dar la posibilidad a los soviéticos de sembrar el pánico y el caos en suelo estadounidense a través de historias de platillos volantes y hombrecillos verdes. Recuerde la histeria que Orson Welles provocó en Nueva York y Nueva Jersey en 1938 con su emisión radiofónica de La guerra de los mundos.

—Tiene sentido —observó Diego.

—En teoría lo tiene —convino el ingeniero—. Sin embargo hay dos cuestiones que no terminan de encajarme si éste fuera el caso: en primer lugar, si no era más que el fruto de la histeria colectiva de la guerra fría, ¿por qué el fenómeno ha seguido vigente durante los siguientes sesenta años, y además a escala global?; y por otra parte, ¿por qué se continuó invirtiendo tanto dinero y recursos en estudiar el fenómeno en las décadas siguientes si se tenía la certeza de detrás de él no había nada real? Y de la misma manera cabría preguntarse por qué los reglamentos siguen exigiendo que se notifiquen los incidentes OVNI y por qué estos informes permanecen dentro de la categoría de secreto oficial.

—Sí que resulta un poco contradictorio —concedió Diego.

—Lo que nos lleva a una segunda opción. Imagine por un momento, querido muchacho, que es usted el presidente de su comunidad de vecinos.

—¡Dios me libre!

—Sí, sé a lo que se refiere —respondió el anciano con una sonrisa—. Y estoy completamente de acuerdo con usted en esto. Pero imaginémoslo sólo para este pequeño ejemplo. Digamos pues que es usted presidente de su comunidad de vecinos y que adquiere un carísimo sistema de seguridad para su edificio que promete protegerlo de intrusos indeseados. Imagine que gasta un montón de dinero del presupuesto anual de su comunidad en mantener y mejorar ese sistema para que ninguna persona de su barrio pueda acceder al edificio sin su permiso y para asegurar que cualquier vecino que se mueva por él lo hará con total seguridad. ¿Me sigue?

Diego asintió.

—Ahora imagine que ese maravilloso sistema cumple estupendamente con su función y que absolutamente nadie de su ciudad entra en el edificio sin que usted se entere. Pero para su sorpresa se encuentra con que de vez en cuando, aquí y allá, unos tipos desconocidos utilizan unos aparatitos muy extraños con los que son capaces de entrar y salir del edificio cuando les da la gana. Que se dan un chapuzón en la piscina, utilizan los ascensores, curiosean los buzones y observan a los habitantes del edificio ir y venir. Cosas en general inocentes y poco peligrosas.

¿Informaría usted a sus vecinos? ¿Se arriesgaría a generar una alarma en el edificio reconociendo que su carísimo sistema de seguridad, tan eficaz con los habitantes de su barrio, es incapaz de interceptar a estos visitantes extranjeros? ¿Cree que los vecinos se moverían tranquilos por el edificio sabiendo esto? ¿Cree que le pedirían explicaciones sobre su gasto en seguridad? ¿Habría un clamor exigiendo su destitución como responsable de la comunidad? Y en definitiva, ¿qué les podría decir a sus vecinos si en realidad apenas sabe nada de esos tipos tan raros que entran y salen cuando les place?

Diego reflexionó un instante. Creía comprender a qué se refería el ingeniero. Pensó que le costaría tomar un avión si los responsables de la seguridad aérea le dijeran que había objetos paseándose por el cielo sin control alguno. Y peor aún, que no saben qué podrían ser ni pueden hacer nada por detenerlos.

—Un bonito dilema, la verdad.

—Así que esa es la segunda posibilidad: sencillo y genuino instinto de supervivencia —propuso el anciano—. Quizá simplemente piensen que si todo funciona perfectamente en el noventa y nueve por ciento de las situaciones, simplemente no merece la pena armar demasiado alboroto por el uno por ciento restante. Mejor investigarlo discretamente hasta lograr llegar a alguna conclusión al respecto.

El ingeniero suspiró mientras contemplaba la monumental fachada blanca del Palacio de Comunicaciones que se alzaba a la espalda de la estatua de la diosa Cibeles sobre su carro tirado por leones, con la perfecta simetría de la Puerta de Alcalá al fondo. El tráfico seguía avanzando perezoso.

—¿Y qué pasó con ese tal Hynek? —preguntó Diego volviendo al asunto original—. ¿Por qué os cae bien un tipo que participó en toda esa operación de desinformación?

—Al principio de su carrera Hynek era un ferviente escéptico y un desacreditador convencido, sí —concedió el anciano—. Cosa que por cierto era lo que las Fuerzas Armadas esperaban de él. Sin embargo, a medida que estudiaba más y más informes, y se entrevistaba con más y más testigos, comenzó a darse cuenta de que había una pequeña porción de incidentes que no era capaz de explicar ni de desacreditar. Casos que estaban respaldados por testigos de alta credibilidad y cualificación y que habían dejado rastros físicos o electrónicos. Como científico esto le fascinó. Para finales de la década de 1970 ya era un firme defensor de la realidad del fenómeno OVNI, fuera cual fuese su origen, e incluso había acudido a la Asamblea General de las Naciones Unidas para proponer la creación de un organismo dentro de la ONU encargado de centralizar el estudio del fenómeno a nivel mundial. Él mismo se refirió al fenómeno como avistamientos que permanecían sin explicación por métodos convencionales incluso después de un estudio minucioso. 'Verá, señor Secretario General, que esta definición no dice nada sobre hombrecillos verdes del espacio exterior, o manifestaciones del ámbito espiritual o

manifestaciones paranormales varias', dijo ante la asamblea general de las Naciones Unidas. Era plenamente consciente del descrédito y la desinformación a los que había sido sometido el fenómeno. Sólo aspiraba a que se estudiara con la atención debida.

—Espere, espere —dijo Diego mientras el pequeño utilitario culebreaba entre el tráfico para tomar un desvío—. ¿Me está diciendo que ese tipo pasó de trabajar en secreto para el ejército americano a plantarse en la ONU para hablar de OVNI's?

—Ni más ni menos, muchacho.

Diego pensó un instante en lo que representaba que el principal científico asociado al estudio de los incidentes OVNI, con acceso a material y testimonios de primera mano durante décadas, experimentara tal evolución. Resultaba chocante,

Tomó nota mental de que tenía que buscar información sobre el tal Hynek. Ahí podía haber material con mucha miga.

—Y no sabe lo mejor de todo, amigo mío.

—No me diga que aún queda algo más.

—Y tanto que sí. ¿Conoce la película Encuentros en la tercera fase?

Diego asintió con orgullo. Por primera vez en un buen rato podía decir que sabía de lo que hablaban.

—¿La de extraterrestres de Spielberg? Claro que sí.

—Pues bien, lo que quizá ignore es que Hynek acabó trabajando como asesor para Steven Spielberg para esta película. Y si se fija con atención, incluso podrá verlo como figurante en la escena final de la película. Que me ahorquen si existe un colofón mejor para la carrera de un ufólogo escéptico.

Observaron al viejo ingeniero aproximarse con paso seguro al mostrador de recepción y dirigirse a la mujer que lo atendía. Unos segundos más tarde atravesaron la puerta giratoria y caminaron hacia los ascensores. Nora hizo un breve gesto de saludo con la mano a la recepcionista, procurando que la tarjeta llave de su habitación se viera con nitidez. La mujer del mostrador respondió con una sonrisa y siguió hablando con aquel anciano tan simpático.

Antes de que las puertas del ascensor se cerraran tuvieron tiempo de ver al ingeniero despedirse de la recepcionista y caminar hacia los elevadores.

—Ya te dije que ese hombre tiene un don —dijo Diego, sonriendo.

—Me alegro de tener un sitio en el que refugiarnos sin que se pueda relacionar con nuestros nombres. Sólo desearía que fuera un poco más grande —dijo el señor Marco, sentado en el borde

de una de las camas.

—Lo siento, no contaba con tener invitados —respondió Nora, que consultaba su portátil sentada a la diminuta mesa escritorio—. Diego, ¿quieres abrir el segundo cajón del armario, por favor? Guardaba una cosa para ti, por si te hacía falta. Creo que es hora de que te la dé.

Diego obedeció y sacó un pequeño paquete.

—¿Un móvil? —preguntó extrañado al verlo.

—Y una tarjeta de prepago. Creo que es recomendable que utilices el tuyo lo menos posible a partir de ahora.

—¿Hablas en serio, Nora?

Ella no contestó.

—Me parece que estamos siendo un poco paranoicos con todo esto —añadió Diego.

Nora enarcó las cejas sin separar la vista de su pantalla.

—¿Paranoicos? ¿Está de broma, amigo mío? —protestó el ingeniero—. ¿Ha olvidado lo que le ha ocurrido al profesor Ugarte?

—Por no hablar de lo que te pasó a ti ayer —añadió Nora.

—¿Qué le ocurrió ayer, muchacho? —preguntó el señor Marco.

—Vale. Aquello fue raro pero aquí estoy, ¿no? —repuso Diego—. Quiero decir que si hubieran querido hacerme daño ya me lo habrían hecho.

—¿Daño? ¿Cómo que hacerle daño? —preguntó de nuevo el anciano.

—¿Y te has parado a pensar que quizá no sean los únicos que andan detrás de ti? —sugirió Nora—. Ya te dije que este tipo de asuntos atraen mucha atención.

—¿Quiere decirme alguno de los dos qué demonios pasó ayer? —insistió el ingeniero alzando la voz.

Diego y Nora intercambiaron una mirada fugaz.

—Nada grave. Unos tipos me llevaron a dar una vuelta.

—¿Eso es cierto? —preguntó el anciano volviéndose hacia Nora.

—Nada grave —repitió burlona Nora—. Debía haberle visto. Era un puro manojito de nervios cuando le encontré.

—Perdóname. Era mi primer secuestro. La próxima vez intentaré mantener la calma —protestó Diego.

El anciano observaba a Diego, atónito.

—Pero mi querido muchacho, ¿por qué no me lo ha contado antes?

Diego agitó la mano, como restando importancia al tema.

—No se preocupe, fueron muy correctos conmigo. No me hicieron nada desagradable. Un paseo en coche con los ojos cubiertos, unas cuantas preguntas en un cuartucho oscuro y otro paseo de vuelta en coche. Eso fue todo. Aún así, espero no tener que volver a pasar por algo parecido.

El ingeniero seguía mirándole con incredulidad.

—¿Sabe quiénes eran?

—Ni la menor idea. Yo sólo vi a unos cuantos tipos bastante grandes vestidos con traje que me llevaron de aquí para allá. Me hicieron tapar los ojos, así que no pude ver nada durante el viaje, ni tampoco del lugar al que me llevaron. Y una vez instalado allí sólo vi lo que parecía un sótano con paredes desnudas de hormigón y a aquel tipo del anillo de oro que me hizo las preguntas.

—¿No tiene ni idea de quiénes podían ser? ¿Militares tal vez?

Diego dudó un instante.

—Yo diría que no. Los tipos trajeados tenían aspecto de saber perfectamente lo que estaban haciendo, sí. Pero el tipo del anillo de oro no tenía la menor pinta de militar, y claramente era él quien estaba al mando. Era un hombre mayor con una voz suave y unos modales muy pausados. Me hablaba despacio, como un profesor preguntando la lección a un alumno. Y no dejaba de jugar con aquel enorme anillo de oro.

Súbitamente, Nora levantó la vista de la pantalla de su ordenador.

—¿Has dicho que tenía un enorme anillo de oro?

—Sí —respondió Diego, confundido—. No paraba de hacerlo girar alrededor del dedo mientras hablábamos.

—¿Un anillo de oro con un grabado en su parte superior?

—¿Pero cómo...? Le digo que tiene algo de bruja —dijo Diego, mirando al ingeniero.

Nora alzó la mano y tecleó algo en su teclado.

—¿Era algo parecido a esto? —preguntó, girando el portátil hacia ellos.

En la pantalla, el navegador mostraba la imagen ampliada de una mano con un enorme anillo dorado en el dedo anular.

Diego asintió despacio, fascinado.

—Vamos otra vez al coche. Voy a enseñaros algo —dijo Nora.

—Puedo confirmarle que el paquete ya está en camino. Su colaboración ha sido de un valor inestimable.

El hombre uniformado agachó la cabeza.

—Me he limitado a hacer lo que se espera de mí.

Cualquiera que lo conociera fuera de aquel despacho se habría sorprendido ante su actitud. En su vida diaria era un hombre enérgico y autoritario, acostumbrado a hacerse obedecer sin un atisbo de vacilación.

—Y nosotros agradecemos de corazón su servicio.

—Todo por Dios y por la Patria. En ese orden.

Ambos salieron del despacho. En el vestíbulo, el hombre uniformado tomó la mano de su interlocutor y mirando fijamente el grueso anillo de oro que adornaba el dedo anular, acercó su frente a ella, humillándose.

En cuanto flanquearon las puertas del edificio, el hombre del uniforme recuperó su compostura habitual. Un coche oficial se detuvo en el paseo asfaltado al pie de las dos altas columnas que presidían la entrada principal.

El conductor se apeó, cruzó rápidamente hacia el costado opuesto del vehículo, se cuadró y abrió la portezuela trasera. El hombre del uniforme se montó sin decir palabra y el conductor volvió a su lugar. Mientras el vehículo dejaba atrás la verja, el hombre del uniforme, sentado en el asiento trasero, repasaba las cuentas de un collar al tiempo que sus labios se movían en silencio.

Nora estacionó el pequeño Opel en una ancha avenida del norte de la ciudad. Señaló una propiedad al otro lado de la calle.

Más allá de un muro de piedra clara de unos tres metros de altura coronado por un vallado metálico crecían varias docenas de enormes árboles que protegían parcialmente de la vista el piso superior de una construcción de dos alturas, de sobrias líneas rectas en ladrillo y piedra.

En un extremo del muro, una verja oscura se abría para dejar salir del recinto a un automóvil. El reflejo del sol del atardecer sobre las lunas impidió a Nora, Diego y el ingeniero Marco ver al hombre uniformado que ocupaba el asiento trasero.

Nora señaló hacia el final de la pared, más allá de la verja. Allí lucía un pequeño escudo adosado al muro que representaba dos llaves entrecruzadas bajo una tiara papal.

—Tienes que estar de broma.

—Estoy convencida de que fue aquí donde te trajeron. ¿Recuerdas dónde recuperaste tu coche? Lo dejaron aparcado a sólo unas pocas calles de distancia.

Diego sacudió la cabeza.

—Es una locura. ¿Para qué demonios iban a quererme aquí?

—Te lo repito una vez más. Estas cosas interesan a más gente de la que crees. Si ellos han conseguido el fragmento ya sabemos cuál debe ser nuestra próxima parada. ¿Os apetece viajar?



## CAPÍTULO 9

Se levantaron temprano. Nora pagó la cuenta del hotel y cargó su equipaje en el pequeño Opel de alquiler. Diego y el ingeniero Marco salieron mezclados con un grupo de turistas franceses que se preparaban para una excursión guiada por el centro histórico de Madrid. Llegaron hasta la misma puerta del autobús con ellos y desde allí echaron a caminar calle abajo. Nora los recogió a un centenar de metros del hotel y juntos fueron hasta un centro comercial cercano.

—Tenemos tiempo para un desayuno y para que os compréis algo de ropa para el viaje. No sé cuánto tiempo pasaremos allí —dijo Nora.

Estaban apurando el café cuando el móvil del ingeniero resonó en su bolsillo. El anciano lo consultó y se puso en pie de inmediato.

—¿Ocurre algo? —preguntó Diego.

—Amigos míos, me temo que hay un ligero cambio de planes. Tengo que irme.

—¿Pero cómo se va a marchar ahora? ¡Nuestro avión despega dentro de cuatro horas! —protestó Diego.

—Créame, tengo una buena razón para hacerlo: el profesor Ugarte ha despertado. Pero descuide, llegaré a tiempo.

—¿Es que pretende ir a verlo? ¿No se supone que está en cuidados intensivos? No podrá ni acercarse a él.

—Me subestima usted, amigo mío. No soy más que un anciano inofensivo. Puedo hacer prácticamente cualquier cosa.

—Está usted loco, señor Marco. ¿Y si están vigilando al profesor? Por lo que más quiera, tenga mucho cuidado.

—Y recuerde no llegar tarde al aeropuerto —añadió Nora.

—Se inquietan demasiado, mis queridos muchachos. Les prometo que no habrá ningún problema —respondió el anciano con una sonrisa.

El anciano ya había abierto la puerta de la cafetería cuando Diego le hizo una última observación.

—¿Y su equipaje?

—Comprenden lo que les parezca oportuno. Confío en su buen gusto —dijo, acompañando sus palabras con un gesto despreocupado.

Nora y Diego terminaron su desayuno y se fueron a comprar cuanto iban a necesitar.

En un despacho de la planta trece un teléfono sonó.

El hombre detrás del escritorio descolgó el auricular. La voz nasal al otro lado de la línea le habló en inglés sin siquiera saludar.

—¿Has visto el correo que acabo de enviarte?

—Qué sorpresa oírte. ¿Qué hora es allí? —respondió el hombre del escritorio para ganar tiempo mientras consultaba la pantalla de su ordenador.

—Mucho más tarde de lo que me gustaría. ¿Lo has visto o no?

—Estoy ahora mismo en ello, dame sólo un minuto.

Se tomó unos segundos antes de preguntar.

—¿Esta información es fiable?

—Completamente. Y además la hemos pagado muy cara. Así que no admitiremos más errores. Entendido, ¿verdad?

—Me ocuparé personalmente.

La llamada se cortó bruscamente.

El hombre detrás del escritorio abrió las puertas de un pequeño mueble bar y se sirvió una generosa cantidad de bourbon en un vaso ancho.

—Nos vamos de viaje —dijo al hombre que estaba junto a él en el despacho—. Dile a los chicos que tendrán que encargarse de llevar todo lo necesario por carretera.

El ingeniero Marco pagó la carrera y se apeó del taxi. Subió sin prisa los escalones y atravesó las puertas acristaladas. En el enorme hall de entrada, algunos pacientes y sus acompañantes hacían fila ante los mostradores de información, otros consultaban paneles indicadores y algunos más deambulaban con aspecto de estar perdidos en medio del enorme laberinto hospitalario.

El anciano ingeniero echó a andar por uno de los pasillos sin excesiva prisa. Caminaba pausadamente con las manos entrelazadas a la espalda. Se detenía ante los pósters con consejos médicos que colgaban de las paredes aquí y allá. A los ojos de cualquiera era sólo uno más de los muchos centenares de pacientes aburridos que pasarían aquel día por el hospital haciendo tiempo hasta que llegara la hora de entrar en consulta.

Siguió paseando tranquilamente hasta que al fin encontró lo que buscaba detrás del mostrador de recepción de la unidad de oftalmología. En un perchero alguien había dejado una bata blanca. Esperó cerca de allí hasta que la mujer del mostrador se levantó y abandonó su puesto en busca de un café durante sólo un momento. Era cuanto necesitaba. Sin un asomo de duda, el anciano se acercó hasta el perchero, tomó la bata, la estiró bien y se la enfundó. Después se alejó pasillo arriba. Nadie le prestó la menor atención. Cuando la mujer del mostrador regresó a su lugar, una

madre acompañada por un crío de unos diez años pegado a la pantalla de un móvil se acercó para hacerle una pregunta. Ni siquiera se fijó en el perchero.

El ingeniero atravesó varios pasillos y tomó un par de ascensores. Por el camino logró hacerse con una carpeta de clip que colocó bajo su brazo. Y al fin llegó a su destino. Se detuvo a un par de pasos de la puerta y fingió consultar algunos de los papeles de la carpeta.

Al poco, un médico se acercó e hizo abrir las puertas con una tarjeta magnética. El ingeniero se coló justo detrás sin separar los ojos de los informes de la carpeta.

Se detuvo unos metros más adelante, alzó la vista y recorrió con la mirada la sala a la que acababa de acceder. Dos hileras de camas con ruedas se alineaban a ambos lados de un ancho pasillo central, cada una de ellas separada de sus vecinas por una cortina azul que podía desplegarse hasta rodearla por completo en caso de necesidad. El anciano sintió una punzada de angustia al pensar en ello.

Localizó al profesor Ugarte en una de las camas del fondo. Una enorme gasa cubría uno de los lados de su rostro y tenía el brazo derecho completamente vendado, desde los dedos hasta el hombro.

Por ahora nadie parecía haber reparado en él pero sabía que no tenía mucho tiempo antes de que alguien se preguntara quién era aquel doctor mayor y qué hacía allí. Había contado con la ventaja de que un gran hospital está lleno de personal que viene y va, personal temporal y trabajadores de diferentes turnos que a menudo no se conocen entre sí. Pero no podía abusar de su suerte.

Se acercó a la cama del profesor. Un monitor junto a su cabeza escupía datos de sus constantes vitales sin parar. El ingeniero Marco simuló tomar nota de ellas.

—Tienes un aspecto terrible, amigo mío.

El profesor Ugarte giró ligeramente la cabeza en lo que pareció un esfuerzo sobrehumano. El único ojo que tenía descubierto se abrió en un gesto de sorpresa.

—Pues tú tampoco estás para tirar cohetes, viejo carcamal. ¿Es que has dormido vestido? —respondió con un hilo de voz. Al ingeniero le dolió en el alma el contraste con la persona enérgica que solía ser.

Miró hacia abajo para revisar el pantalón arrugado y la camisa repleta de dobleces que asomaban bajo la bata.

—Pues lo cierto es que sí.

—¿Recibiste mi mensaje? —preguntó Ugarte.

—¿El que dejaste escrito en el suelo? Sí, lo recibí.

—¿De dónde sacaste esa cosa?

—Como ya te dije, la encontró un amigo.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Después de un encuentro... peculiar. Te prometo que cuando salgas de aquí te pondré al corriente.

Ugarte suspiró pesadamente.

—Era un trasto sorprendente, viejo chiflado. Me trajiste una cosa maravillosa. Pero me la robaron. Dejé que me la robaran. Lo siento tanto —añadió con pesar.

—No lo sientas. En todo caso, soy yo el que debe disculparse. Mira lo que te han hecho para conseguirla. Casi hago que te maten.

—Pero no la consiguieron.

El ingeniero miró fijamente al ojo sano del profesor.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando ellos llegaron el fragmento ya no estaba —explicó Ugarte.

—¿Cómo?

—Me amenazaron para que se lo entregara. Me pusieron una pistola en la cabeza. No estoy loco, así que les abrí el área de almacenaje. El fragmento no se encontraba allí.

—¿Alguien se lo había llevado ya?

—Supongo que sí. Y tuvo que ser alguien del laboratorio. No tengo duda. Aquellos tipos me dieron un buen repaso pero no lograron llevarse nada.

—¿Quién pudo robarlo entonces?

El profesor Ugarte intentó encogerse de hombros.

—No lo sé. Pero no tengo un presupuesto ilimitado así que la lista debería ser corta. Sólo hay seis personas aparte de mí trabajando en el laboratorio, aunque confío plenamente en ellas. Sólo espero que quien haya sido aún la conserve. Lo que más me duele es haber perdido la oportunidad de examinar aquello a fondo.

El ingeniero advirtió que en el extremo opuesto de la sala dos enfermeras cuchicheaban mientras miraban en su dirección.

—Creo que va siendo hora de despedirse. Sé fuerte. Haz cuanto sea necesario para recuperarte porque te prometo volver con algunas respuestas para ti. Cuídate, amigo —dijo, estrechando la mano del profesor que descansaba sobre la sábana.

Después se alejó con aire despreocupado. Regaló una sonrisa amable a las enfermeras que lo seguían con la mirada y aprovechó la salida de una joven doctora para dejar la sala junto a ella.

Cinco minutos más tarde, una bata blanca descansaba junto a una carpeta en un mostrador vacío del pasillo de endocrinología mientras el ingeniero tomaba un taxi.

—Al aeropuerto de Barajas. Y con cierta prisa, si es posible —ordenó al taxista al tiempo que consultaba la hora en el reloj de esfera amarillenta y correa de piel muy ajada que siempre llevaba en la muñeca. Era el único reloj que había usado desde el día de su boda—. ¿Sería mucho pedir que quite a esos tipos que gritan como endemoniados y en su lugar sintonice alguna emisora

de música clásica?

“Paquete recibido. Se reenviará a CG como se solicitaba. Llegará a su destino en 48-72 h. Rogamos se nos mantenga al tanto de los resultados de los análisis”.

Releyó el mensaje. Instintivamente comenzó a jugar con el anillo de oro. Qué duro se le hacía soportar los periodos de espera.

Al ingeniero no le costó mucho localizar la melena rubia casi albina de Nora sobresaliendo entre las cabezas de la muchedumbre de turistas y viajeros de negocios que abarrotaban la terminal.

Tras pasar el control de seguridad llegaron a la puerta de embarque y se armaron de paciencia para soportar la aburrida fila frente al mostrador.

—¿Se ha fijado en cómo atrae la atención su amiga? —le susurró al oído el ingeniero Marco a Diego en un momento dado.

Diego asintió.

—Sí, me he dado cuenta. Aquellos dos tipos siniestros de allí, el tipo gigante como un oso pardo y su amigo de las botas de piel de serpiente, no le quitan el ojo de encima —dijo haciendo un gesto con la cabeza.

—Su amiga es guapísima, de eso no cabe duda. Pero hay algo más.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues lo cierto es que no sabría decirle con exactitud, amigo mío. Pero esta joven tiene algo hipnótico.

Diego pensó en ello un instante. Había algo diferente en Nora, sí. Quizá el anciano tuviera cierta razón.

## CAPÍTULO 10

—Obviamente fue un error confiar en su criterio, queridos míos —dijo el ingeniero mientras revisaba su reflejo en el escaparate de una tienda libre de impuestos del aeropuerto.

—Pensamos que pasaríamos más desapercibidos si nos hacíamos pasar por turistas —explicó Diego.

—Y en eso incluso puedo estar de acuerdo. De hecho su aspecto, amigos míos, es fabuloso. Pero, ¿qué me dicen del mío? ¿Por qué las sandalias, las bermudas y la riñonera? ¿Era realmente necesario? ¿Por qué clase de turista pretenden hacerme pasar a mí?

Nora y Diego se miraron con expresión divertida.

—¿Un jubilado aficionado a los cruceros, quizá? —dijo Diego, extendiendo el brazo en dirección a un bullicioso grupo de ancianos que esperaban a sus maletas junto a una cinta transportadora. Muy a su pesar, el ingeniero tenía que admitir que podría haberse mezclado con ellos sin levantar la menor sospecha.

—Muy agudo. Que sepan que con esto han logrado que esté a punto de darme de baja de este lío en el que me han mezclado.

Entre bromas caminaron hasta el mostrador de la empresa de alquiler de automóviles. A la espalda de la joven que les atendió, junto al logotipo de la compañía, un cartel daba la bienvenida a todos los viajeros: 'Benvenuti a Roma'.

—Sí, general. A mí también me ha llegado la noticia. Y puedo confirmarle que no tuvimos nada que ver en ello. Como sabe, la discreción es una de nuestras virtudes más queridas.

El hombre jugueteaba con su anillo mientras asentía.

—Estoy de acuerdo. Quien haya sido capaz de hacer esto a ese pobre científico tiene que estar desesperadamente interesado en echarle mano a nuestro pequeño tesoro.

El hombre del anillo hizo girar su sillón y apartó la cortina de la ventana con una mano.

—Descuide, general. Compartimos el mismo interés en que no caiga en manos equivocadas.

Recibieron las llaves del piso turístico de las manos de una mujer menuda y charlatana que no parecía tener la menor prisa en dejarlos solos. Era un pequeño apartamento de dos dormitorios que había sido reformado de arriba abajo pensando en los miles de turistas que visitan la ciudad cada año, situado no muy lejos de la estación de Termini.

Tras instalarse, los tres recién llegados salieron en busca de algo para cenar. En un

minúsculo local con docenas de scooters de colores aparcados en la puerta, a sólo unas manzanas de distancia, se hicieron con varias porciones de pizza al corte, unos refrescos y algunas latas de cerveza.

—No acabo de entender en qué te basas para traernos hasta Roma —dijo Diego, de vuelta en el apartamento, tras dar un largo trago de su lata.

Nora mordió con delicadeza una porción de pizza vegetal cubierta con pimienta, espárragos y calabacín. Diego miró su propia porción, cubierta por rodajas de pepperoni bañadas en su propia grasa, no pudo evitar pensar que una pizza como aquella era un desperdicio de ingredientes.

—Me temo que no estás muy al tanto de todos los asuntos a los que El Vaticano concede importancia—respondió.

—No me irás a decir ahora que al Papa también le interesan los OVNI.

—Pues sí, Diego. Le interesan. Y mucho. Si no a él personalmente, al menos sí a la élite vaticana. Casi cualquier cosa relacionada con los cielos y el espacio, de hecho.

—No puedes estar hablando en serio.

—Alguien debería encargarte un reportaje o dos sobre El Vaticano —dijo Nora, guiñándole un ojo—. Lo pasarías bien. ¿Has oído hablar alguna vez del Observatorio Astronómico Vaticano?

Diego negó con la cabeza a regañadientes. Una vez más, se sintió a la zaga del grupo.

—El Observatorio Astronómico es una institución científica que depende directamente del gobierno de la Ciudad del Vaticano —explicó Nora—. Y no es ninguna invención moderna. Su origen se remonta a 1578, cuando el papa Gregorio XIII hizo instalar un observatorio astronómico en la llamada Torre de los Vientos para que los astrónomos y los matemáticos jesuitas pudieran observar la bóveda celeste y preparar así la reforma del calendario juliano creado por los romanos, que venía siendo utilizado desde el año 46 antes de Cristo.

—¿Reformar el calendario? ¿Qué problema tenía el Papa con el calendario?—preguntó Diego.

—Pues su problema era que el calendario juliano tenía una mínima inexactitud, una inexactitud casi insignificante —respondió Nora—. Pero esa minúscula inexactitud había provocado, por la acumulación año a año a lo largo de doce siglos, desde que en el Concilio de Nicea se estableciera la fecha de la Pascua con relación al equinoccio de primavera, un importante desfase en la fijación de las fiestas litúrgicas. De manera que el Papa Gregorio XIII quiso corregir esta imprecisión. Y así, gracias al estudio y la observación de las estrellas y los planetas, nació el mejorado calendario gregoriano, que es oficial hoy en la mayor parte del mundo. Fruto del trabajo de los astrónomos papales. Desde aquel momento, el Vaticano ha seguido observando los cielos con gran interés.

Diego trató de imaginar a todo un ejército de monjes y sacerdotes mirando por telescopios a

lo largo de los siglos.

Nora dio un sorbo a su botella de agua mineral antes de continuar.

—Pero no te equivoques, Diego. No creas que para ellos es un juego o un simple pasatiempo. El Observatorio Astronómico colaboró de manera decisiva al desarrollo de la astronomía y la astrofísica durante centurias. Sin embargo, a medida que, a partir de mediados del siglo XIX, se empezó a implantar en Roma la iluminación pública, por gas primero y eléctrica más tarde, el trabajo de observación astronómica desde El Vaticano se fue complicando. Para remediarlo, a mediados de la década de 1930 Pío XI ordenó que el observatorio se trasladase a la residencia veraniega papal de Castel Gandolfo. Y lo dotó además de nuevo material, entre el que se hallaba un completo laboratorio astrofísico al que, un par de décadas más tarde, se le añadió un centro de cálculo. Como lo oyes —añadió al observar el gesto de incredulidad de Diego—. Todo eso se instaló en la residencia de verano del Papa.

Diego debía admitir que todo aquello lo pillaba por sorpresa. Siempre había tenido la idea de que la Iglesia era una institución profundamente anti científica. Le costaba imaginar a los sucesores de aquellos que sin ir más lejos condenaron a Galileo por defender las teorías de Copérnico de que era la Tierra la que giraba alrededor del Sol, y no al contrario, transformados en eruditos estudiosos de los planetas y los astros instalados en el mismísimo palacio papal.

—Pero quizá lo más curioso sea lo que vino después —dijo Nora.

—¿Es que aún hay más?

—Lo hay —confirmó Nora—. Con el pretexto de que el cielo de Castel Gandolfo también se había vuelto excesivamente luminoso para el estudio de las estrellas, los responsables del Observatorio Astronómico decidieron fundar a principios de la década de 1980 un nuevo centro de investigación: el Vatican Observatory Research Group, o VORG. ¿Y dónde crees que lo hicieron? ¿En la cima de alguna solitaria montaña del macizo de los Apeninos o de los Alpes italianos? No. Ni mucho menos. Lo erigieron a medio mundo de distancia de Roma y en un país sin mayoría de católicos, en un sitio de lo más peculiar: Tucson, Arizona, Estados Unidos. ¿Te suena Tucson, Arizona?

—Vagamente.

—Atento, porque esto te va a gustar. Tucson es una ciudad con medio millón habitantes que casualmente está situada dentro del triángulo que formarían el desierto de Sonora, la ciudad de Roswell, en Nuevo México, y el campo de pruebas de las Fuerzas Aéreas en Nellis, Nevada, en cuyo interior se encuentra la mítica Área 51. ¿Te suenan estos nombres?

Diego frunció el ceño. ¿Roswell? ¿El Área 51? ¿Qué locura era esa?

—Estás de broma, ¿verdad?

Nora sonrió.

—En absoluto. Estoy segura de que el señor Marco conoce bien el lugar del que hablo.



El viejo ingeniero, que había estado escuchando a Nora mientras masticaba y asentía ocasionalmente, se limpió los labios con una servilleta de papel antes de hablar.

—Es una zona de avistamientos OVNI de primer orden. Algunos dicen que los extraterrestres se pasean por allí como si fuera el jardín trasero de su casa; otros, que simplemente es en esa gigantesca zona desértica donde el ejército prueba con la intimidad necesaria todos sus juguetitos de última generación propios de películas de ciencia ficción. Sea por el motivo que sea, lo cierto es que es una zona de avistamientos frecuentes.

—Pues bien, fue justo en este punto del globo donde el Observatorio Astronómico Vaticano decidió crear su segundo centro de investigación. ¿Tú crees en las casualidades, Diego?

Diego lamentaba no haber sacado todavía de la maleta sus cuadernos para poder tomar nota de todos los aparentemente disparatados detalles que le estaba dando Nora.

—Sea como fuere, el Observatorio Astronómico Vaticano decidió crear en Tucson un centro de estudios de alto nivel. Allí los astrónomos del VORG comparten instalaciones en el Observatorio Steward de la Universidad de Arizona. En la década de 1990 colaboró con la Universidad para construir un telescopio óptico-infrarrojo de tecnología punta en el Monte Graham. Y mientras tanto, en Castel Gandolfo, además de antiguos libros de Galileo, Newton, Copérnico o Kepler, también se conserva una importante colección de meteoritos para su estudio. Así que, en definitiva, viendo todo en su conjunto, da la impresión que a la Iglesia sí que le interesa un poquito el espacio exterior, ¿no te parece?

Diego no sabía qué decir. Seguía procesando toda aquella información.

—¿Sorprendido? —preguntó Nora—. Pues todo esto que te he contado es información completamente pública. Sólo tienes que bucear medio minuto en internet y tendrás todos estos datos contados de primera mano por las propias instituciones vaticanas. Aunque luego está la parte que no es pública. La que se alimenta de rumores, de información y de desinformación. Ahí es donde ahora tendremos que lograr orientarnos.

Era noche cerrada. El grave rumor de un potente motor funcionando a bajas revoluciones anunció la llegada de la berlina oscura antes incluso de que pudieran verla. Las grises calles del polígono industrial estaban desiertas.

El BMW se detuvo junto a los dos hombres. El conductor se apeó y saludó con respeto al más bajo de los tipos que estaban esperando entre las sombras.

—¿Algún problema?

El conductor sacudió la cabeza.

—Ninguno —respondió, mientras pulsaba un botón en el mando de apertura del coche. El portón del maletero se deslizó con suavidad.

El hombre que esperaba se acercó para asomarse. El conductor retiró una doble cubierta. Sobre la mullida tapicería del maletero pudo ver ordenados con pulcritud cuatro pistolas Beretta, una pistola eléctrica de descargas y un par de subfusiles.

—Perfecto —se limitó a decir tras examinar la carga—. Ahora vayamos a descansar un poco.

El conductor se dirigió hacia la portezuela del acompañante y la abrió. El tipo más bajo se frotó las botas de piel de serpiente contra las perneras del pantalón antes de entrar. Su acompañante, que parecía doblarlo en tamaño, se acomodó en el asiento trasero. El conductor cerró la puerta del copiloto y se dirigió a su asiento sin pérdida de tiempo.

El motor rugió al arrancar y su gruñido se fue amortiguando a medida que el coche se alejaba. El polígono industrial volvía a estar desierto.

El móvil lo despertó poco después de las ocho de la mañana.

—¿¿Dónde demonios te has metido, Gastón?! —Diego escuchaba los gritos sin necesidad de colocarse el teléfono junto a la oreja—. Llevamos días intentando localizarte. ¿Comprendes que tengo una revista que publicar, maldita sea? ¿A qué estás jugando?

En calzoncillos y con el pelo revuelto, Diego trató de suavizar la situación y ofrecer una disculpa.

—Tres horas, ¿has oído bien, Gastón? Ni un minuto más. Y cuando vuelvas de ese viajecito tuyo ya nos veremos para revisar los proyectos que teníamos planeados.

Diego se sirvió una taza de café, plegó el sofá cama, sacó su portátil y sus cuadernos de notas de la bandolera de cuero y se sentó a la pequeña mesa del comedor.

—¿Algún problema? —preguntó Nora, que había entrado en el salón al oír el revuelo.

Diego soltó una risa sarcástica.

—Alguno, sí. Antes de toda esta maldita locura yo tenía un trabajo. Hoy ya no estoy seguro. Aunque quizá incluso sea mejor así —respondió sin levantar la mirada del teclado.

—Pensaba que te gustaba tu trabajo.

—Me gusta escribir. Que no es exactamente lo mismo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Aproximadamente, la misma que puede haber entre pintar Las Meninas y las rayas de un paso de peatones.

—Entonces deberías dejarlo.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. ¿De qué viviría?

—Mi querido muchacho, eso suena a excusa —opinó el ingeniero Marco desde la puerta de su habitación—. Y no de las mejores, además.

—Me alegra no ser la única que lo piensa.

Diego hizo un amplio gesto con el brazo y puso los ojos en blanco.

—Agradezco vuestras sugerencias pero si no os importa mucho, tengo un reportaje que terminar.

Nora pasó las horas siguientes realizando llamadas y consultando su ordenador portátil. Diego la escuchaba hablar en distintos idiomas en la habitación contigua o en la pequeña terraza del apartamento, asomada al bullicio de la mañana romana. Parecía tener un asombroso don de lenguas. Su español era prácticamente perfecto, aunque no lograba esconder del todo un ligero acento cuyo origen Diego no acertaba a determinar.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando resopló y bajó la pantalla de su ordenador

—¡Justo a tiempo! —exclamó aliviado.

—¡Enhorabuena! —le felicitó Nora, que regresaba del balcón—. Ahora que has terminado, ¿os apetece dar un pequeño paseo por la ciudad?

—Por fin —suspiró el ingeniero Marco, que había pasado la mañana haciendo solitarios con un juego de naipes que había encontrado mientras investigaba los cajones del apartamento—. Estaba a punto de irme a hacer turismo por mi cuenta.

—Sí, por favor. Necesito un poco de aire fresco —coincidió Diego.

—Perfecto. Entonces nos vemos en el portal dentro de diez minutos. A no ser que prefieras ir a dar una vuelta por Roma en calzoncillos —dijo Nora, guiñando un ojo.

Por primera vez en el día, Diego fue consciente de algo que no fuera el artículo pendiente de entregar. Se colocó la bandolera sobre el abdomen y se retiró hacia el cuarto de baño.

—Genial. Sí, estupendo. Nos vemos abajo en diez minutos.

## CAPÍTULO 11

—Quiero presentarte a alguien, Diego —dijo Nora.

Accedieron desde la esquina noroeste, por la estrecha Via de Baullari, con sus pequeñas tiendas, bares y heladerías, que acababa abriéndose a la enorme plaza, alfombrada por más de setenta metros de adoquines de un extremo al opuesto y rodeada por edificios bajos adosados unos a otros, todos con sus fachadas pintadas en tonos claros. Allá, en el centro, estaba él, sobresaliendo por encima de las enormes sombrillas blancas que cobijaban decenas de puestos de venta ambulante en los que cualquiera, romano o turista, podía comprar prácticamente de todo: blusas estampadas, una botella de Chianti, platos decorativos de porcelana pintada o un kilo de jugosas manzanas.

Por encima del ajeteo de curiosos paseando y de compradores y vendedores regateando sus precios se alzaba, levemente cabizbajo y con aspecto grave bajo la capucha de su hábito, la imponente figura de un monje esculpida en bronce.

—¿Lo conoces? —preguntó Nora mientras señalaba la escultura.

Diego frunció el ceño.

—Es un tal Giordano Bruno, según dice el pedestal. Pero no tengo ni idea de quién fue —respondió.

—Giordano Bruno fue un monje que se dedicó a la poesía, pero también a la filosofía, a la matemática y a la astronomía. Un genuino hombre del Renacimiento. La inquisición ordenó quemarlo vivo en la hoguera en este mismo lugar en la gélida mañana del 17 de febrero de 1600. Lo hicieron por considerarlo un peligroso hereje. Le dieron la oportunidad de eludir su castigo si se retractaba públicamente de sus ideas. Pero jamás lo hizo. 'Tembláis más vosotros al anunciar esta sentencia que yo al recibirla', dicen que respondió al tribunal de la Inquisición cuando le comunicaron su suerte. Al parecer el escultor al que encargaron este homenaje, Ettore Ferrari, quiso en un principio representar su figura en esta actitud desafiante ante el tribunal. Aunque ya ves que al final le hicieron cambiar de idea — dijo Nora, señalando la escultura.

En efecto, el Giordano Bruno que quedó vigilando Campo de' Fiori no tiene nada de retador. Parece pasear, ajeno a lo que sucede a su alrededor, con las manos cruzadas sujetando un libro contra su regazo. Un libro que mantiene abierto por una página concreta con uno de sus dedos mientras medita.

—La Inquisición consideró a Bruno un elemento muy incómodo —continuó explicando Nora mientras caminaban entre los puestecillos de la plaza—. Además del castigo ejemplar de quemarlo vivo, el tribunal ordenó, tras revisarlas, quemar también sus obras en la plaza de San Pedro. Todo un homenaje al conocimiento. Casi trescientos años tardó Roma en concederle este

pequeño desagravio que ves.

Pronto llegaron al pie de la estatua, sostenida sobre un pedestal de granito en el que se rinde tributo a otros pensadores que chocaron con la doctrina de la Iglesia, como Miguel Servet, Erasmo de Rotterdam o Tommaso Campanella.

—¿Y cuál podía ser aquella doctrina tan peligrosa? Pues Giordano Bruno sostenía teorías tan venenosas para la fe cristiana como la idea de que no sólo la Tierra giraba alrededor del Sol, algo que ya antes que él había afirmado Copérnico, sino que además el universo era infinito, y que las estrellas que vemos en el cielo nocturno no eran sino otros soles similares al nuestro, alrededor de los cuales podían orbitar planetas comparables a la Tierra. Planetas que, quién sabe, podían estar habitados por otros seres inteligentes. Afirmaciones como esas podían hacer temblar los cimientos de la Iglesia de la época. De manera que optaron por hacerlo callar y no dudaron en enviar el mensaje de que quien decidiera seguir sus enseñanzas estaba expuesto a terminar de la misma manera que él.

Diego alzó la vista hacia el monje de bronce. Trató de imaginar sus pensamientos aquella mañana de invierno de 1600 en la que un dogmatismo ciego lo condenó a una muerte espantosa por el simple hecho de defender el conocimiento.

Después recordó todo lo que Nora le había contado sobre el Observatorio Vaticano la noche anterior. Pensó en el giro que había experimentado la Iglesia y sus rectores en los siglos siguientes. ¿Qué les podía haber hecho cambiar tan radicalmente de postura? ¿Qué habrían comprendido? ¿Qué les había hecho pasar de quemar vivo acusado de herejía a Giordano Bruno a situarse en la vanguardia del estudio astronómico?

Diego miró alrededor. Un turista tomaba una foto típicamente de la estampa prototípicamente romana de una Vespa aparcada junto a la terraza de una pizzería. Un vendedor ambulante de aceites bostezaba en su puesto. La gente iba y venía. Se preguntó si Giordano Bruno habría pensado alguna vez en cómo podían ser aquellos planetas sobre los que teorizaba, si en algún lugar del universo podría haber una plaza con un mercado lleno de gente como los que él veía cada día.

Sacó un cuaderno de su bandolera y tomó algunas notas rápidas.

—Ahí está —murmuró Nora—. Espérame aquí. Vuelvo en un rato.

Diego la observó caminar en dirección a uno de los extremos de la plaza. El ingeniero Marco, que había estado examinando unas delicadas miniaturas en un tenderete cercano mientras charlaba con el vendedor en una animada mezcla de italiano y español se acercó a él.

—¿Dónde va su amiga?

Nora se detuvo junto a un joven sacerdote y le saludó. Ambos comenzaron a pasear.

—Bueno, esto sí que no me lo esperaba. ¿Está viendo a ese cura, amigo mío?

Diego también estaba sorprendido. El sacerdote era alto, delgado, de piel muy pálida y pelo

rubio muy claro, casi albino.

—¿Serán familia? —se preguntó Diego en voz alta.

La conversación no duró demasiado. Nora se despidió del sacerdote y regresó junto a la estatua en el centro de la plaza.

—¿Quién era ése? —preguntó Diego cuando llegó junto a ellos.

—Alguien que conozco. Es parte de mi trabajo. Necesito conocer a gente en todos lados —respondió Nora, guiñando un ojo.

—¿Pero es...? Quiero decir... Es que sois casi idénticos.

Nora arqueó las cejas.

—¿Insinúas que tengo aspecto de hombre?

Diego intentó explicarse atropelladamente pero Nora lo interrumpió con un gesto burlón.

—Era broma, ya sé lo que querías decir. Y además tienes razón, nos conocemos desde hace mucho, mucho tiempo. Nacimos y crecimos en el mismo lugar. Supongo que el parecido viene de ahí. Y es también por eso por lo que confío en él plenamente.

No parecía que Nora estuviera dispuesta a salir de su habitual discreción.

—¿Y te ha contado algo que nos pueda ser de utilidad?

—Lo cierto es que sí. Creo que vamos por el buen camino. Al parecer algo inusual ha llegado desde Madrid por valija diplomática. Está previsto que pasado mañana lo trasladen a Castel Gandolfo.

A aquellas horas de la madrugada apenas circulaban coches bajo la mortecina luz de las farolas. El gigantón del asiento trasero bostezaba con disimulo. El conductor se esforzaba por aparentar una intensa atención.

—¡Ahí está! —dijo al fin el tipo bajito.

Una aburrida furgoneta sin nada de especial cruzó frente a ellos.

—¿Seguro que es esa? —preguntó el tipo tras el volante.

El copiloto consultó de nuevo el pedazo de papel que sostenía entre los dedos.

—¿Es que crees que no sé mirar una matrícula? ¡Arranca ya!

El conductor obedeció. Dos faros se iluminaron y el enorme BMW oscuro se incorporó a la circulación.

## CAPÍTULO 12

Aún no había amanecido cuando subieron al Alfa Romeo que habían alquilado dos días antes en el aeropuerto. Nora se colocó al volante y callejó entre el caótico tráfico romano sin necesidad de consultar el GPS. Avanzó por Via Cavour hasta la Piazza dell'Esquilino, que se abre a la espalda de la Basílica de Santa María Maggiore. Continuó en línea recta por Via Merulana hasta casi toparse con el imponente obelisco de San Giovanni in Laterano y de nuevo en línea recta por la interminable Via Appia Nuova, que les sacó de la ciudad y que, tras poco más de quince kilómetros, les condujo hasta las proximidades de Castel Gandolfo.

Castel Gandolfo es una pequeña y pintoresca localidad al borde del lago Albano, con casitas bajas y calles estrechas y empedradas. Aparcaron el Alfa Romeo en las afueras del centro histórico y ascendieron por el angosto Corso della Repubblica, una hermosa calle peatonal con coloridas fachadas de las que colgaban plantas y faroles, hasta acceder a la Piazza della Libertà, cuyo extremo norte preside la fachada rosada y blanca del Palacio Apostólico. Por encima del reloj que remata la fachada, una brillante cúpula metálica desvelaba el punto de la azotea en el que Pío XI ordenó construir el observatorio astronómico del que Nora había hablado a Diego.

El palacio, que se dice que fue obtenido en 1596 por Clemente VIII de manos de la familia Savelli para saldar una deuda de éstos con el papado, ha sido utilizado durante siglos como residencia veraniega papal. Se alza en la ladera de una colina arbolada que se asoma al lago, sobre los restos del castillo que la familia Gandolfo, de origen genovés, construyó en aquel emplazamiento a principios del siglo XII, construcción que a la postre daría nombre a la población que creció a su alrededor. Esta fortaleza a su vez se edificó en los terrenos de una antigua villa romana, la Albanum Domitiani del emperador Domiciano.

Diego, Nora y el ingeniero Marco se separaron en la plaza y se fueron aproximando a la entrada del palacio pontificio mezclados con el resto de turistas. Subieron una pequeña rampa y pasaron bajo un arco de piedra, coronado por mensajes en latín que recuerdan las decisivas aportaciones al edificio de Pablo V, Urbano VIII y Alejandro VII. A través de unas enormes puertas de madera labrada, reforzadas en su envés con viejos remaches y cerrojos de hierro que le daban un aspecto medieval, accedieron al patio interior, posiblemente el mismo del castillo original: un cuadrado empedrado de unos treinta metros de lado al que se abren tres ordenadas filas de ventanas y al que una cubierta traslúcida protege del sol y la lluvia. A los lados del patio, una colección de vehículos oficiales tocados con banderines vaticanos parecían estar perpetuamente dispuestos para la próxima visita del Santo Padre. Directamente frente al acceso al patio, por encima de la fachada interior opuesta, la primera de las cúpulas de la Specola Vaticana se alzaba hacia un cielo azul e inmaculado.

Caminaron sin prisa por el palacio. Diego tomaba notas en su cuaderno, a la vez que dibujaba un pequeño croquis de las estancias. Durante la visita recorrieron diferentes salones, cada uno de ellos con relucientes suelos de mármol pulidos con mimo y lujosos techos artesonados. Tras dejar atrás el Salón de los Suizos, que en su tiempo albergó la guardia armada del papa, y las diferentes antesalas, alcanzaron la Sala del Trono. A continuación accedieron a las zonas más privadas de los apartamentos pontificios: contemplaron la pequeña biblioteca papal y también la capilla privada del Papa, presidida por una imagen de Nuestra Señora de Czestochowa, una virgen negra muy venerada en Polonia por la cual Pío XI sentía una predilección especial desde los tiempos en que fuera designado nuncio en aquel país.

Pasaron a continuación al sobrio pero luminoso dormitorio papal, amueblado sólo con una cama sencilla armada sobre postes dorados, un hermoso armario de madera oscura, un escritorio colocado contra una pared bajo una enorme pintura y un par de sillas alrededor de una pequeña mesita auxiliar. Después pudieron conocer el despacho papal, en el que el protagonista era un sobrio escritorio de madera en una de cuyas esquinas reposaba un enorme crucifijo dorado sobre un pesado pie de piedra.

Algo más tarde atravesaron la galería de Alejandro VII, un delicioso corredor de techo abovedado y muros profusamente decorados con trampantojos y escenas rústicas pintadas por Pier Leone Ghezzi que abre uno de sus costados hacia las espectaculares vistas de la campiña romana que se extiende perezosamente hasta el mar Tirreno. Aprovechando que la vigilancia no parecía excesivamente severa, Diego decidió asumir el riesgo de separarse del itinerario establecido. En uno de los distribuidores del edificio enfiló hacia la escalera y ascendió con aire de turista maravillado.

Los apartamentos papales ocupan la segunda planta del palacio. Directamente sobre ellos, la planta superior está dedicada a la Specola Vaticana. Las instalaciones mantienen la misma atmósfera que tenían el día en que fueron construidas y transportan al visitante a la década de 1930. Dos elegantes cúpulas rotatorias de ocho metros de diámetro, hermosamente rematadas en su interior con oscuras lamas de madera, cobijan los telescopios Carl Zeiss, instalados en Castel Gandolfo en 1935, que permiten a los sacerdotes del observatorio escudriñar los cielos. Junto a ellos, el observatorio incluye varias salas de estudio y una biblioteca con las paredes forradas con estantes pulcramente alineados. No es extraño encontrar a alguno de los científicos papales sentado en uno de los negros sillones tapizados de la sala de lectura, consultando cualquiera de los más de veinte mil volúmenes que alberga la biblioteca, entre los que se pueden encontrar primeras ediciones de sabios como Copérnico, Galileo y Kepler; obras, algunas de ellas, curiosamente repudiadas en su día por la misma Iglesia.

Diego deambuló con sigilo por las instalaciones durante un par de minutos sin cruzarse con nadie. En su cuaderno iba tomando nota de las estancias que había tras cada puerta que



encontraba. Finalmente, un hombre mayor vestido con jersey y pantalón oscuro, aunque sin alzacuellos ni atributo sacerdotal alguno, apareció al fondo de uno de los pasillos.

Diego fingió indiferencia lo mejor que pudo. El hombre, más que sorprendido, pareció fastidiado.

—¿Turista? ¿Tourist? —preguntó.

Diego le devolvió una sonrisa bobalicona por toda respuesta y fingió seguir a lo suyo.

El hombre lo tomó suavemente por el hombro.

—No, no, no. Vietato. Forbidden. Turisti no. No tourists —dijo, indicándole con el brazo libre que se diera la vuelta.

Diego giró sobre sus talones dócilmente y se dejó conducir hacia las escaleras. El hombre cerró la puerta a sus espaldas.

Había tenido tiempo suficiente para hacerse una idea muy básica de la distribución de las instalaciones, pero no tenía ni la menor idea de cómo eso iba a poder ayudarles a recuperar aquel maldito fragmento. Esperaba que Nora pudiera sacar algún provecho a la información.

Mientras volvía hacia las zonas visitables del palacio se cruzó con una pareja de lo más pintoresca: un tipo bajito calzado con botas de piel serpiente que observaba minuciosamente cada habitación, al que acompañaba un hombre enorme con aspecto de ser víctima del tedio más espantoso.

Ocupado como estaba en apuntar en su cuaderno los últimos detalles de cuanto acababa de ver, ni siquiera reparó en ellos.

De vuelta al apartamento, Diego, Nora y el ingeniero Marco pusieron en común sus notas. Nora había grabado en vídeo toda la visita, de manera que pudieron hacerse una idea bastante exacta de las posibles rutas para alcanzar la zona del observatorio.

Por desgracia, el único que había logrado escabullirse hasta su interior era Diego, y su breve excursión por las instalaciones había sido más bien infructuosa. No tenían ni idea de a qué medidas de seguridad podían enfrentarse, no tenían ni la menor idea de dónde se almacenaba la colección de meteoritos y ni siquiera tenían la certeza de que el fragmento fuera a ser almacenado con ellos. Al fin y al cabo, no se trataba exactamente de un meteorito.

Para rematar las dificultades, el ingeniero Marco se había enterado de un pequeño detalle que les complicaba aún más las cosas.

—¿Saben, queridos muchachos, que hay otros dos telescopios en Castel Gandolfo?

—¿Además de los del tejado del palacio, quiere decir? —preguntó Diego.

El anciano asintió.

—Me lo contó un hombre muy simpático que conocí mientras los esperaba al acabar el

recorrido, un astrónomo mexicano que está de visita en la Specola Vaticana. Lo oí hablar en español y no tuve más remedio que acercarme a saludarlo. Según me dijo, son dos cúpulas unidas por un pequeño edificio y están en un rincón de los jardines de Villa Barberini, a casi un kilómetro de distancia. Por lo visto los construyeron un poco más tarde que el observatorio del palacio, cuando trasladaron desde la Torre de San Juan el telescopio con el que el Vaticano estaba colaborando en el proyecto de Carte du Ciel, con el que se cartografió la bóveda celeste.

—¡Maravillosa noticia! —exclamó Diego—. Más sitios en los que el maldito fragmento podría estar escondido.

—Tranquilos, contaba con ello —dijo Nora—. Los jardines de Villa Barberini también se pueden visitar. Mañana volveremos a Castel Gandolfo. Vosotros iréis a ver los jardines y os acercaréis al segundo edificio. Mientras tanto, yo intentaré conseguir más detalles de las instalaciones del palacio.

Revisaron toda la información que habían logrado durante el día hasta bien entrada la madrugada.

—¿Soy el único que tiene la sensación de que estamos buscando meternos en problemas? —preguntó Diego, presa del agotamiento—. Esto que estamos preparando es cualquier cosa menos un plan sólido.

—Probablemente tenga razón, mi querido muchacho —concedió el ingeniero—. Pero me temo que no tenemos muchas más opciones. Además, cuanto más riesgo, más margen para improvisar y mayor diversión —añadió, guiñándole un ojo.

—Voy a por mi ordenador. Vamos a repasar los vídeos una vez más —dijo Nora, poniéndose en pie.

Diego se dejó caer contra el respaldo del sofá con los brazos en alto.

—¿Otra vez, Nora? ¿Para qué? Nos los sabemos de memoria. Te puedo decir el color de los ojos de cada persona que sale en ellos. No necesitamos volver a ver tus vídeos. Lo que necesitamos es un maldito milagro.

Oyeron murmurar algo a Nora desde el dormitorio. A los pocos segundos salió con el portátil sobre los brazos, con la pantalla dirigida hacia ellos.

—Pues yo no lo llamaría exactamente un milagro, Diego, pero algo ha ocurrido. Y tienes razón. Ya no necesitamos volver a ver mis vídeos.

El timbre del teléfono lo arrancó del sueño con un leve sobresalto. No acostumbraba a recibir llamadas a aquellas horas.

—¿Qué ocurre? —preguntó aún adormilado.

La respuesta le hizo incorporarse en la cama.

—¿Cuándo ha ocurrido? Prepare toda la información que le hayan hecho llegar —añadió tras una pausa—. En quince minutos estaré en mi despacho.

Se sentó al borde del colchón con la mirada fija en la pequeña alfombra bajo sus pies. Mientras jugueteaba con el anillo de oro deseaba que fuera sólo una desgraciada casualidad. Aunque no creía en ellas.

## CAPÍTULO 13

—No entiendo lo que estamos mirando.

Nora había colocado el ordenador sobre la mesa del salón. En la pantalla, el navegador mostraba una noticia de un periódico online. Diego pensó que tenía suerte de haber salido durante unas semanas con aquella divertida chica de Siena que había pasado unos meses en su universidad gracias a una beca Erasmus. Además de un puñado de buenos recuerdos, aquella relación le proporcionó unas nociones básicas de italiano. Esto, unido al cierto parecido entre este idioma y el español, fue suficiente para permitirle descifrar la idea general de lo que se narraba en el texto.

—Un atraco a una furgoneta en la autopista. ¿En qué se supone que nos afecta esto?  
—preguntó.

Nora tradujo la información para ellos. El titular rezaba:

Espectacular atraco a punta de pistola en plena autopista.

Mientras que el subtítulo añadía:

El asalto fue grabado por las cámaras de seguridad de una gasolinera.

El cuerpo de la noticia añadía algún detalle más:

Eran poco más de las cinco y media de la mañana cuando los atracadores, a bordo de un coche de gran cilindrada, embistieron a la furgoneta, que circulaba en dirección sureste por la Via Appia Nuova. En una temeraria maniobra, obligaron al conductor a tomar la salida de una gasolinera. Una vez allí, cuatro hombres encañonaron a los sorprendidos ocupantes de la furgoneta y les obligaron a apearse del vehículo. Los atracadores huyeron del lugar con ambos vehículos. Todo el suceso duró menos de cincuenta segundos.

La furgoneta fue encontrada algunas horas más tarde, envuelta en llamas en un descampado cercano.

Diego se encogió de hombros y pulsó el botón de reproducción del vídeo que acompañaba la noticia. Un vídeo de vigilancia de calidad bastante mejorable mostraba el atraco tal y como lo describía la noticia.

Nora se agachó desde detrás del sofá para ver la grabación. Su larga melena rubia acarició la mejilla de Diego, que pudo oler una fragancia fresca y deliciosa. Se giró levemente para admirar

su tez blanca y su perfil misterioso.

Le costó devolver la atención al ordenador.

—Bueno. ¿Y qué? —preguntó una vez terminó el vídeo.

—Pues que esa furgoneta no es una furgoneta, es la furgoneta.

—¿Cómo que la furgoneta? —preguntó Diego poniéndose en pie. El ingeniero Marco lo había empujado para colocarse directamente frente al portátil. El anciano había vuelto a pulsar el botón de reproducción y observaba la pantalla desde una distancia absurdamente corta.

—¿Recuerdas que te dije que estaba previsto que trasladaran el fragmento que encontraste a Castel Gandolfo?

La noticia cayó sobre Diego como una ducha helada.

—Tiene que ser una broma. ¿Estás segura?

—Completamente. Es mi contacto quien me ha enviado la noticia.

Diego reflexionó un instante.

—¿Y no es posible que quiera alejarte de Castel Gandolfo con esto?

—No —respondió Nora, tajante—. Confío en él. Plenamente.

—Quizá no lo haga para traicionarte sino para protegerte —sugirió Diego—. Quizá no quiere que te veas metida en problemas.

—No, Diego. Tiene el mismo interés que yo en que me haga con la pieza.

—¡Maldita sea! —exclamó Diego apretando los dientes—. Y de todas las furgonetas que circulan por Roma, ¿tenían que ir a robar justamente esta? Ahora estamos como al principio. No, peor que al principio —se corrigió a sí mismo—. A saber qué han hecho esos capullos con la pieza. Estará en un contenedor de basura o tirada en mitad de cualquier callejón.

—Lo dudo —dijo Nora—. Según mi experiencia, esto no ha pasado por casualidad. ¿Has visto el vídeo? Parece más la acción de un comando que la de un grupo de vulgares ladrones.

—¿Crees que iban buscando nuestro regalito?

Nora asintió.

—Estoy convencida. Además, si fuera un simple robo, ¿por qué iban a incendiar la furgoneta? Podrían haber sacado algún dinero extra vendiéndola o desguazándola.

Diego reflexionó un instante.

—¿Quién es esa gente entonces?

—Si quieres que te sea sincera, no tengo ni idea. De lo que sí estoy segura es de que es un grupo a sueldo. Saben lo que hacen.

—Una posibilidad es que... ¿Se puede saber qué le ocurre, señor Marco? —dijo Diego volviéndose hacia él— Va a acabar desmontando el dichoso ordenador.

El anciano parecía enzarzado en una pelea con el portátil. Y por el momento la iba perdiendo.

—¿Alguien me puede ayudar con este trasto del infierno? ¿Existe alguna manera de hacer que el vídeo se detenga en un punto exacto y que la imagen se vea más grande?

Nora se sentó junto al ingeniero. Una vez más reprodujo el extracto del vídeo de vigilancia que acompañaba a la noticia.

—¿Es que ha visto algo?

—Puede ser, querida. Espere sólo unos segundos... ¡Ahí!

Nora detuvo el vídeo. Los cuatro atracadores se habían bajado de su coche. Dos de ellos, armados con pistolas, sacaban de la furgoneta a sus aterrorizados ocupantes. Los otros dos les encañonaban desde la parte delantera y la trasera, cerrando cualquier posible vía de escape.

—¿Ve algo, amigo mío? —preguntó el anciano girándose hacia Diego.

Éste enarcó las cejas.

—Que la seguridad del transporte deja mucho que desear. Nora, ¿estás completamente segura de que ésta es la furgoneta? Si la pieza es tan valiosa como te empeñas en hacernos ver no entiendo que la envíen en una furgoneta conducida por dos barriletes cincuentones. Los tipos parecen a punto de cagarse encima. Y no se lo reprocho, que conste. Yo estaría igual.

—Es muy probable que no tengan ni idea de qué transportaban. Es más, estoy segura de que el paquete con el fragmento ha pasado por unas cuantas manos que ignoran por completo qué contiene. Para ellos sólo sería un paquete más que repartir. La discreción es clave.

El ingeniero chascó la lengua.

—¡No me refiero a eso! ¿Me haría el favor de aumentar la imagen, querida? Eso es. Ahora haga zoom en este tipo de aquí.

Nora centró el hombre que señalaba el anciano en la pantalla del ordenador. La imagen de la cámara era de mala calidad, y el zoom empeoró aún más las cosas. La figura del atracador que vigilaba desde el morro de la furgoneta se veía borrosa y desdibujada.

—¡Fíjese bien, mi querido amigo!

Diego revisó la imagen durante unos segundos y, de repente, sus ojos se abrieron de manera desorbitada.

—¡Las botas! ¡Reconocería esas botas tan espantosas en cualquier lugar!

Sacó un pequeño trozo de papel del bolsillo y pulsó los números en su móvil.

—¿Y bien?

—Lo tenemos.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿No os sigue nadie la pista? Por lo que he podido ver no habéis sido demasiado discretos.

—No tuvimos tanto tiempo para planificarlo como nos habría gustado, pero ha salido bien.

—De acuerdo. ¿Cuándo podremos tenerlo?

—Vamos a regresar en coche. Prefiero no correr el riesgo de pasar esto por un escáner de aeropuerto. ¿Qué le parece dentro de tres días?

Tras un breve silencio, el otro hombre respondió.

—Tendré que arreglar algunos asuntos. Quizá tengan que ser cuatro. Te llamaré a la oficina para confirmarte día y hora.

—Perfecto. Hablamos entonces.

Cortó la llamada, abrió la tapa trasera del móvil y extrajo la pequeña tarjeta SIM. Después arrojó el teléfono a un contenedor. Unos metros más adelante tiró la tarjeta a una papelera.

—¿Estáis convencidos de que es el mismo hombre?

Diego y el ingeniero se miraron por un instante y ambos movieron la cabeza afirmativamente.

Nora guardó silencio, pensativa.

—Tengo que admitir que han sido mucho más pragmáticos que nosotros. Interceptar el transporte era mucho más sencillo que colarse en Castel Gandolfo —dijo al fin—. Pero de algún lado han tenido que sacar la información para saber el momento exacto.

—¿Entonces quién es esa gente? ¿La CIA? ¿El KGB?

—Es el mismísimo James Bond en persona —respondió Nora con sarcasmo—. Diego, por favor...

—Además, el KGB hace mucho que se desmanteló. Dejó de existir a la vez que la Unión Soviética—. Diego se giró hacia el anciano—. ¿Qué quiere, amigo mío? Está usted muy desactualizado —añadió encogiéndose de hombros—. ¿Serán militares?

—Lo dudo mucho —respondió Nora, aún pensativa—. No se meterían en un lío como éste tan alegremente. Aunque por su manera de moverse no descarto que lo hayan sido en algún momento. Los visteis en el aeropuerto cuando embarcábamos, ¿verdad?

—Exacto.

—Eso quiere decir que ya estaban sobre la pista del fragmento en Madrid. Quizá...

—Quizá, ¿qué? —preguntó Diego—. ¿Sabes quién son?

—Sospecho que son... digamos que también pueden ser contratistas privados.

—Es decir, tu competencia.

—Algo así. Pero créeme, esos tipos y yo tenemos muy poco que ver.

—Eso espero —respondió Diego para sí mismo.

—Uno no contrata a cualquiera para un trabajo como éste. La lista de candidatos en Madrid no puede ser demasiado larga —dijo Nora, pensando en voz alta.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia su habitación.

—Si os fijasteis lo suficiente en ellos, me vendría bien algún tipo de descripción —dijo sin volverse—. Dadme un par de horas y después...

El ingeniero, que también se había sumido en sus propios pensamientos, la interrumpió.

—Nora, querida...

—¿Sí, señor Marco?

—¿Cree que fue esta gente quien asaltó el laboratorio del profesor Ugarte?

Nora miró fijamente al anciano antes de contestar.

—Es muy posible, sí.

El ingeniero no respondió.

El hombre del anillo giró el monitor y apretó el botón del ratón. El hombre de uniforme observó la escena con atención.

—Son eficientes. Han hecho un trabajo rápido y limpio.

—¿Cree que podrá ayudarnos a averiguar quiénes son?

El militar frunció los labios.

—No estoy seguro. Oficialmente sería complicado justificar nuestro interés en algo como esto.

—Es cierto —repuso el hombre del anillo mientras jugueteaba con él—. De hecho, quizá sea más sencillo pedir a mis contactos en Roma que traten de acceder a la información que pueda estar manejando la policía. Si consiguiera algún dato, ¿cree que podría localizarlos?

—Haría cuanto esté en mi mano, por descontado.

—Bien —dijo el hombre del anillo, poniéndose en pie—. Debemos recuperarlo lo antes posible.

El hombre de uniforme le imitó, pero parecía remiso a marcharse del despacho.

—Antes de irme, tengo algo aquí que creo que puede resultar de interés —dijo, sacando una hoja de papel del bolsillo y entregándosela al hombre del anillo.

El hombre del anillo comenzó a revisarla sin excesivo entusiasmo.

—El asiento 19D es el que hizo saltar nuestra alarma.

El hombre del anillo paseó su mirada hasta la casilla correspondiente y su expresión cambió por completo.

—Vaya, vaya, vaya... —murmuró—. Pues resulta que sí es interesante.

—Es el listado de un vuelo que despegó del aeropuerto de Madrid-Barajas hace tres días. Me entrenaron para no fiarme nunca de las casualidades.

—Las casualidades no existen. Todo es siempre parte de un propósito superior.



## CAPÍTULO 14

Decidieron tomar vuelos diferentes como medida de precaución. Nora los llevó en el coche de alquiler de nuevo por la Via Appia Nuova para, no muy lejos de la gasolinera en la que se había producido el asalto a la furgoneta de reparto, tomar el desvío hacia el aeropuerto de Ciampino, al sur de la ciudad.

—Id con cuidado —le dijo a Diego a través de la ventanilla antes de despedirse—. Yo os encontraré cuando llegue.

Tras dejar a Diego y al ingeniero Marco, Nora condujo los treinta kilómetros que la separaban del aeropuerto de Leonardo da Vinci-Fiumicino, junto a la costa del mar Tirreno, para abordar un avión de vuelta a Madrid.

Diego y el ingeniero caminaron sin prisa por la terminal. Hicieron fila pacientemente para cruzar el control de seguridad y después buscaron una cafetería en la que pasar las cerca de dos horas que restaban antes de que su avión despegara.

—Todo esto es una completa locura —dijo Diego mientras removía lentamente el café en su taza—. Cada vez que pienso en ello tengo la sensación de que nos han arrastrado a una enorme broma sin el menor sentido. ¿Qué estamos haciendo, corriendo de aquí para allá?

El ingeniero se limitó a sorber de su propia taza.

—Lo pregunto en serio. ¿Entiende usted algo de todo lo que está pasando? ¿Por qué está interesada Nora en todo esto? ¿Quiénes son esos tipos que han robado la furgoneta? ¿Por qué hay tanta gente detrás de ese maldito trozo de metal?

—En casos como éste, querido muchacho, siempre pienso que hay que dar varios pasos atrás para intentar mirar el cuadro con la distancia suficiente.

—Pues si con eso consigue usted verle algún sentido, le pido, le imploro, que intente explicármelo.

El anciano suspiró.

—Amigo mío, no se vaya a creer que yo tengo todos los ases en mi mano. Sólo intento atar cabos lo mejor que puedo.

—Me vale con eso; ya es más de lo que consigo hacer yo —dijo Diego—. ¿Quién cree que es esa gente de la gasolinera?

El anciano meditó un segundo antes de responder.

—Como le decía antes, intentemos alejarnos un poco del cuadro para ganar algo de perspectiva. Supongo que conoce el incidente de Roswell, ¿verdad?

—¿La historia aquella del platillo volante estrellado? Sí, claro.

El ingeniero sonrió.

—Permítame matizar un poco eso del platillo volante. Hay muchas teorías sobre lo que pasó en Roswell aquel verano de 1947, y habitualmente son las más pintorescas las que más atención reciben. Si nos atenemos estrictamente a los hechos conocidos, un granjero se encuentra un montón de restos metálicos esparcidos en su rancho, cerca de Roswell, Nuevo México. Como en aquella época el teléfono no era omnipresente como lo es hoy, tarda unos días en comunicar el hallazgo al sheriff del condado, quien a su vez se pone en contacto con las fuerzas aéreas.

Diego asintió con la cabeza.

—Hasta ahí, no hay nada extraordinario. Pero todo se descontrola cuando el día 8 de julio el teniente Haught, el oficial de relaciones públicas del aeródromo de la Fuerza Aérea de Roswell, emite una declaración en la que afirma que las Fuerzas Aéreas se han hecho con los restos de un disco volante. La nota que se reproduce en la prensa dice literalmente que “los muchos rumores sobre discos volantes se convirtieron en realidad ayer cuando la Oficina de Inteligencia del 509 Grupo de Bombarderos de la 8ª Fuerza Aérea del aeródromo de Roswell tuvo la gran suerte de entrar en posesión de un disco gracias a la cooperación de uno de los rancheros locales y de la oficina del sheriff del Condado de Chaves”. Tal cual. Y ahí empieza a enredarse todo el asunto.

—¿Las Fuerzas Aéreas dijeron que se habían hecho con un platillo volante? —preguntó incrédulo Diego.

—Pues por increíble que le parezca, sí, lo hicieron. Pero sólo en un primer momento. Porque al día siguiente, el general Roger Ramey convocó a la prensa en Fort Worth, Texas, en la sede del cuartel general de la 8ª Fuerza Aérea, para mostrar lo que se suponía que eran los restos que se habían recuperado en el rancho cerca de Roswell, y que en realidad no eran más que pedazos de un globo meteorológico. Esta nueva versión se aceptó como válida y todo el asunto cayó en el olvido. Hasta que a finales de los años setenta, treinta años después del incidente, el mayor Jesse Marcel, que fue el militar que dirigió la operación de recogida de los restos en el rancho tras la llamada del sheriff, afirmó en diferentes entrevistas que lo que se mostró a la prensa aquel día en aquella sala, en la que él mismo estaba presente, no fueron los restos que él había recuperado en Roswell.

Diego mantenía una expresión de escepticismo.

—Y no sólo dijo eso —continuó explicando el ingeniero—. También afirmó que entre los restos que él recuperó en el rancho había materiales que le eran completamente desconocidos, con propiedades muy peculiares que describió con detalle. Y afirmó estar seguro, como profesional de la aeronáutica que era, que aquello no se correspondía con ninguna aeronave conocida a finales de la década de 1940. Varios testigos que también vieron los restos corroboran la existencia de estos materiales insólitos. Y otros militares, como el general DuBose, presente en la rueda de prensa del desmentido, también afirmaron que la versión del globo meteorológico no fue más que una tapadera para acabar con la curiosidad de los periodistas por el caso.

—¿Qué fue lo que recuperaron entonces? —preguntó Diego.

El anciano se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Sobre estos hechos se han construido teorías de todos los tipos. Se ha sugerido la idea de que también se recuperaron los cuerpos de unos supuestos tripulantes y se ha creado mucha otra literatura. Lo que sabemos con certeza es que recuperaron restos de algo material. Pero no vayamos demasiado lejos con esto. Aceptemos por el momento la hipótesis de que recuperaron algo desconocido y de una tecnología avanzada. ¿Por qué cree que los mandos militares optarían por crear una tapadera con la que acabar con el interés de la prensa y el público?

Diego reflexionó un instante.

—Pues no estoy muy seguro, la verdad —respondió al fin.

—Tratemos de imaginar. ¿Para ganar tiempo, quizá? ¿O qué tal algo de privacidad?

Diego sacudió ligeramente la cabeza.

—No le sigo.

El ingeniero sonrió.

—Piense un segundo, muchacho. ¿Se imagina cómo habría sido la conquista de América si a Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Diego de Almagro, Núñez de Balboa o Ponce de León les hubieran equipado con un GPS? ¿Y si los incas, los aztecas o los mayas hubieran contado con misiles? ¿Qué habría ocurrido si Aníbal hubiera marchado hacia Roma con carros de combate motorizados en lugar de con elefantes?

Diego creyó entender lo que le sugería.

—Quiere decir que querrían aprovechar lo que encontraron sin que nadie lo supiera.

—Exacto.

—¿Pero cómo iban a conseguir sacar provecho de un montón de chatarra, por muy especial que fuera?

El viejo ingeniero dio un sorbo a su café e hizo una mueca. Se había quedado frío.

—Aquí entra en juego una disciplina que se utiliza en sectores que van desde las armas a los videojuegos pasando por cualquier elemento tecnológico que se pueda imaginar: la ingeniería inversa. ¿Le suena el término, amigo mío? Nora lo mencionó el día que la conocí, si no recuerdo mal.

—Ligeramente. Pero lo cierto es que no tengo ni idea de a qué se refiere.

—Veamos. Supongo que sabe perfectamente qué es la ingeniería.

—Por supuesto. Pero, por favor, no me pida que le dé una definición académica.

—Puesto en términos muy básicos, digamos que el trabajo de un ingeniero es enfrentarse a un problema para el que debe diseñar una solución técnica que arroje un resultado determinado. ¿Estamos de acuerdo en esto?

Diego asintió.

—Bien, pues la ingeniería inversa realizaría el proceso contrario. Toma la solución existente, cuyos detalles técnicos se desconocen, y trata de descubrir cuáles han sido los principios tecnológicos aplicados para su construcción, a base de estudiar su estructura y su funcionamiento, y realizando hipótesis en base a ello. ¿Para qué? Para, una vez deducido el funcionamiento y la estructura, ser capaz de reproducir el objeto estudiado o al menos una versión con similares prestaciones.

—Hacer una copia, vaya.

—Si quiere simplificarlo, sí. Hacer una imitación de algo de lo que inicialmente no se sabe absolutamente nada salvo que funciona endiabladamente bien. ¿Sabe en qué momento comienza el auge de la ingeniería inversa como disciplina? ¿No? Creo que esto le gustará, mi querido amigo. Viajemos otra vez a la década de 1940. Es precisamente entonces cuando la ingeniería inversa gana en importancia: durante la Segunda Guerra Mundial.

—Eso es sólo unos años antes de toda esa historia de Roswell.

—En efecto. Cada vez que uno de los bandos capturaba armas o equipo del ejército enemigo, lo desmontaban con todo el esmero del mundo. Por un lado buscaban posibles fallos o debilidades que pudieran aprovechar, pero incluso por encima de ello, pretendían incorporar a su propio ejército los avances logrados por el oponente. Y de hecho, la ingeniería inversa nacida de la Segunda Guerra Mundial fue fundamental para la conquista del espacio en los años cincuenta y sesenta por parte de los soviéticos y los americanos.

A Diego se le iluminó el rostro.

—¡Esa me la sé! —exclamó con orgullo—. Está hablando de Wehrner Von Braun. De la operación Paperclip. ¿Me equivoco?

El ingeniero Marco pareció sorprendido.

—Premio, jovencito. Un punto para usted.

Diego hizo un gesto de triunfo.

—Salí durante algún tiempo con una chica que estaba obsesionada con la Segunda Guerra Mundial. Cada vez que tenía vacaciones se iba a conocer algún lugar histórico perdido en cualquier parte del planeta. En nuestro primer viaje juntos me arrastró a conocer las playas de Normandía en las que desembarcaron los aliados en el día D.

—Muy romántico —dijo el anciano, guiñándole un ojo.

—Ni se lo imagina... Recuerdo que ese tipo, Von Braun, trabajaba para los nazis. Y que al final de la guerra cambió de bando y empezó a colaborar con los americanos. Fue algo así, ¿no?

—Exactamente. Para la NASA ni más ni menos —confirmó el ingeniero.

Diego hizo memoria sobre todo lo que había aprendido sobre la Segunda Guerra Mundial. Wehrner Von Braun había sido un personaje capital en el desarrollo de las armas aéreas alemanas.

Von Braun había estado obsesionado con los viajes espaciales desde el día en que su madre le regaló un telescopio siendo un niño. Algo que en la década de 1920 era poco más que una fantasía. A medida que fue creciendo, y siguiendo las enseñanzas de su maestro Hermann Oberth, se implicó en el desarrollo de cohetes, lo que en la Alemania nazi le condujo ineludiblemente a colaborar en el diseño de misiles balísticos para el ejército. Desde esa posición logró desarrollar el V-2, el arma que, de haber sido creada unos meses antes, podría haber cambiado el signo de la guerra.

El ingeniero dio otro sorbo de café y apartó la taza definitivamente.

—Va a tener que conseguirme otro café. Éste se ha quedado helado.

Diego regresó a la mesa con una taza humeante apenas un minuto más tarde. Sacó uno de sus cuadernos y garabateó un montón de notas atropelladamente. El anciano le observaba mientras paladeaba su café.

—¿Va a todas partes cargado con esos cuadernos?

Diego alzó la vista.

—Lo cierto es que sí.

—¿Y qué escribe en ellos?

A Diego le sorprendió la pregunta.

—No lo sé. De todo. Cualquier cosa que me llame la atención o que me resulte curiosa o interesante.

—¿Y por qué hace eso?

Diego pareció ligeramente incómodo.

—Porque confío en que me será útil algún día. Para no olvidarlo, supongo.

—¿Útil? ¿En qué sentido?

Diego se revolvió en su silla. Siempre le costaba hablar de ello.

—Para un libro. Para varios. Para muchos.

El anciano sonrió.

—¿Ve como tiene alma de escritor?

Diego sacudió la cabeza.

—Pues todavía no he escrito nada.

—Pero tiene montones de cuadernos repletos de notas ahí dentro. ¿A qué espera para empezar?

Diego suspiró pesadamente.

—Me estaba contando lo de Von Braun —dijo, en un intento por cambiar de tema—. Ese tipo pasó de diseñar misiles para el Tercer Reich a trabajar para la NASA.

—Cierto, cierto —respondió el ingeniero Marco aceptando el giro en la conversación—. No había terminado mi historia. Ha mencionado usted la Operación Paperclip, que vendría a ser una

especie de ingeniería inversa, pero de cerebros en este caso. Los americanos se llevaron a su país a más de mil seiscientos ingenieros y científicos alemanes después del fin de la Segunda Guerra Mundial. Y entre ellos estaban Von Braun y su equipo. A cambio de colaborar con las Fuerzas Aéreas norteamericanas, a Von Braun se le eximiría de responder de su colaboración con los nazis y de su implicación en proyectos en los que aquéllos utilizaban trabajadores en condiciones de esclavitud para fabricar armamento.

—Y así fue como acabó mandando gente a la Luna.

—Más o menos. Previo paso por el diseño de misiles balísticos para el bando contrario. Pero a partir del viaje de Yuri Gagarin, los americanos se obsesionaron con evitar una derrota en la carrera espacial. De modo que acabaron encargando a Von Braun aquello con lo que siempre había soñado: diseñar ingenios que permitieran al ser humano viajar al espacio.

Diego terminó de escribir en su cuaderno y alzó la mirada.

—Muy interesante. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con nosotros o con los tipos de la gasolinera? —preguntó, volviendo al inicio de la conversación.

El anciano sonrió.

—Podría ser similar pero a otra escala. Una los puntos. En cuanto pudieron, los americanos se hicieron con la tecnología de los cohetes V-2 alemanes para aplicarla a su propio programa espacial. Por su parte, los soviéticos se adueñaron de unos cuantos Boeing B-29 americanos para desarrollar su propio bombardero pesado de largo alcance, el Tupolev Tu-4. Ahora revise el incidente de Roswell bajo ese prisma. ¿Y si realmente las Fuerzas Aéreas recuperaron allí componentes de algo con una tecnología avanzada? Y después trasládalo al fragmento que usted encontró en las circunstancias que se resiste a admitir. ¿Lo entiende ahora?

Diego frunció el ceño.

—¿Me está diciendo que cree que esos tipos son agentes especiales o algo así?

El ingeniero le dio unas palmaditas en el brazo.

—Ve espías por todas partes, querido amigo. Tenga en cuenta que el mundo ha cambiado mucho desde la Segunda Guerra Mundial. Ahora mismo las guerras no son sólo entre ejércitos.

—Creo que me he vuelto a perder.

—Es posible que su amiga Nora no nos haya explicado toda la verdad. Quizá sólo sean un equipo actuando por un encargo privado.

—¿Pero un encargo de quién? —preguntó Diego.

—¿Sabe, querido muchacho, que hoy existen compañías, gigantescas empresas multinacionales, con una capacidad económica superior a la de la mayor parte de los países del planeta? —el anciano hizo una pausa—. Pero escuche eso —dijo señalando con el índice hacia el techo de la terminal—. Creo que ya están anunciando la puerta de embarque para nuestro vuelo. ¿Qué le parece si nos damos un paseo hasta ella?

## CAPÍTULO 15

Para cuando el Boeing 737-800 que transportaba a Diego y al ingeniero Marco entraba en el espacio aéreo español habían pasado ya más de veinte minutos desde que un aviso saltara en uno de los cubículos del enorme edificio de oficinas en las afueras de Madrid.

Tras entregar su informe unos días antes, la técnico había recibido la orden de programar búsquedas y avisos para una reducida lista de nombres. Gracias a ellos se había localizado el viaje de ida de Diego hacia Roma. Y ahora había localizado el de vuelta a Madrid.

El general recibió la información puntualmente y esta vez decidió no esperar. Si aquel condenado periodista podía estar relacionado de alguna manera con el atraco de la furgoneta en la gasolinera, era fundamental estar encima de él.

Redactó un escueto mensaje informando del número de vuelo y la hora prevista de llegada. Era más que suficiente para tenerlo bajo control desde el momento en que pusiera un pie en el suelo.

Unos segundos después, un icono parpadeaba en la pantalla de un móvil en el otro extremo de la ciudad.

El hombre del anillo de oro consultó la notificación con disimulo. Tras leer el mensaje, se disculpó con una sonrisa y salió al pasillo. Se aseguró de que no hubiera nadie cerca de él, buscó en su lista de contactos y pulsó el botón de llamada.

—Avisa al grupo. Tengo una tarea para ellos y necesito que se pongan en marcha inmediatamente —dijo cuando la voz de su ayudante respondió al otro lado de la línea—. Toma nota de estos datos.

Atardecía cuando Diego y el ingeniero Marco atravesaron las puertas correderas de la planta 0 de la terminal 1 del aeropuerto de Madrid-Barajas. Avanzaron como pudieron entre una muchedumbre que esperaba a los viajeros que habían volado entre las capitales de los que una vez habían sido dos de los mayores imperios de la Historia.

Diego observó aquel batiburrillo de gente. No resultaba difícil diferenciar a los turistas de los viajeros de negocios. Siempre le había gustado observar a las personas en situaciones cotidianas.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

El anciano se encogió de hombros.

—Su amiga dijo que nos buscaría llegado el momento.

Diego fue dolorosamente consciente de hasta qué punto había cedido la iniciativa. Por un momento se sintió como una cría de pato a la que han privado de la guía de su madre. Sin Nora a

su lado no sabía qué hacer.

—Pues entonces... supongo que me iré a casa —dudó un instante—. ¿Quiere venir? Es decir... imagino que no tiene dónde quedarse.

El ingeniero sonrió.

—Le agradezco la invitación, mi querido muchacho, y la acepto con mucho gusto. Pero antes debo hacer una pequeña visita. En cualquier caso espero poder unirme a usted para la cena. ¿Le parece bien?

A una decena de metros, discretamente situados junto a unas máquinas expendedoras, dos hombres corpulentos observaron a Diego y al ingeniero separarse. El anciano se unió a la corriente de personas pulcramente vestidas y cargadas con maletines de ordenador que caminaban con prisa hacia la ordenada hilera de taxis que esperaba en el exterior de la terminal. Diego por su parte caminó hacia las entrañas del edificio en busca de la estación de metro, rodeado por personas en vaqueros y zapatillas deportivas que comentaban alegremente los recuerdos de todos los lugares que habían visitado o que, armados de planos y guías turísticas, se esforzaban por orientarse camino a la ciudad.

Los tipos corpulentos intercambiaron unas palabras y se separaron. Unos minutos más tarde, uno de ellos se subía al mismo vagón de metro que Diego mientras que el otro se sentaba en el asiento del acompañante de una berlina oscura con los cristales tintados, al tiempo que hacía un gesto al conductor señalando en dirección a la parada de taxis en la que el ingeniero Marco esperaba su turno charlando amigablemente con un hombre de aspecto cansado que, a decir verdad, no parecía tener demasiadas ganas de conversación.

El ingeniero Marco pulsó el timbre y esperó.

La puerta tardó más de medio minuto en abrirse.

—Disculpa la espera, viejo carcamal. Ahora mismo alcanzar la puerta viene a ser para mí como correr un maratón. ¿Qué demonios haces aquí?

El ingeniero cerró la puerta tras él y agarró del codo a su amigo, acompañándolo hasta un sillón.

—Me he hecho con tu dirección en la universidad. No hay nada que un poco de encanto oportunamente engrasado con algún billete no pueda conseguir —explicó el ingeniero Marco—. Sí que te han liberado deprisa. ¿Es que ya no te aguantaban más por el hospital?

—Algo así —respondió el profesor Ugarte—. Al fin y al cabo no tenía más que unas cuantas magulladuras, algunas quemaduras, un par de costillas astilladas y esa pequeña tontería de que casi muero asfixiado. Pero nada que requiera tener a doctores y enfermeros dando vueltas a mi alrededor las veinticuatro horas del día. Los hospitales me ponen los nervios de punta. Así que no



dejé otra opción a mi médico que darme el alta para que me permitieran recuperarme tranquilamente en casa.

El ingeniero miró a su alrededor.

—¿De modo que a esto es a lo que llamas casa?

Todas las superficies a la vista estaban llenas de libros amontonados y carpetas rebosantes de papeles. Era todo el material que ya no cabía en las atestadas estanterías que cubrían cada rincón de pared.

—A mí me gusta.

—Diógenes posiblemente estaría de acuerdo contigo —respondió el ingeniero—. Dime la verdad, la mayoría son relleno, ¿a que sí? Como en el decorado de una película o en la exposición de una tienda de muebles.

—Diógenes en realidad no tenía más que un báculo y una manta. Vivía en una tinaja y despreciaba las posesiones materiales —protestó Ugarte—. Con eso de darle su nombre al síndrome le han hecho una faena a su memoria.

El profesor ordenó la pila de libros que crecía sobre la pequeña mesita auxiliar junto al brazo de su sillón. Tomó una hoja que sobresalía entre dos de los volúmenes, le echó un vistazo y lo colocó sobre otros papeles parecidos un poco más allá.

—¿De verdad te has leído todo esto? —preguntó el ingeniero Marco haciendo un amplio gesto con el brazo.

—En realidad una buena parte de todos esos libros son obras de consulta, así que no me los suelo leer enteros. Al menos no del tirón. ¿Has venido a hablar de literatura?

—He venido a ver a mi amigo, anciano cascarrabias. ¿Hay algo de beber en la nevera o también está repleta de libros? —respondió mientras entraba en la cocina—. ¿Tienes previsto volver al trabajo pronto?

—Ojalá. Pero me temo que es imposible.

El ingeniero Marco apartaba botes y más botes entre las baldas de la nevera.

—Me refería a cuando te encuentres mejor —dijo, con la cabeza prácticamente dentro del frigorífico.

—No —respondió el profesor Ugarte—, quiero decir que es literalmente imposible. El laboratorio quedó completamente destruido.

El ingeniero reapareció en la puerta de la cocina con un botellín de agua con gas en una mano y una lata de naranjada en la otra. Fue todo lo que pudo encontrar en la nevera.

—Lo siento mucho —dijo, mirando fijamente a Ugarte.

Una sombra de dolor cruzó por la cara del profesor.

—Media vida —murmuró—. Media vida convertida en cenizas. Aún no estoy seguro de qué voy a poder rescatar del desastre.

El ingeniero le ofreció los dos envases. Ugarte escogió el agua con gas.

—Lamento haberte mezclado en todo esto. He maldecido mil veces el momento en que te llevé ese endemoniado trozo de metal —dijo el ingeniero Marco sentándose junto al profesor.

—¿Estás de broma? Es la cosa más sorprendente que me ha caído nunca entre manos. Sólo siento no haber tenido oportunidad de examinarlo a fondo antes de perderlo. ¿Te conté que tuve la oportunidad de echarle un ojo a su composición?

El ingeniero Marco negó con la cabeza.

—Bueno, ese montón de cosas raras que hacía ya las conoces. Obviamente aquello me dejó de piedra. Así que lo primero que me pregunté fue de qué demonios estaría hecho aquel fragmento.

—¿Y qué encontraste?

—No tuve tiempo de hacer un análisis muy detallado, cosa que lamento enormemente. Pero el análisis preliminar reveló algunas cosas inusuales. Una de las caras parecía en su mayor parte una aleación de titanio que no se parecía a nada que hubiera visto antes. Y no era una pieza sólida. Al microscopio parecía estar compuesta de miles de nanoestructuras independientes. Pero hay más.

—¿Qué?

—Esa cosa parecía tener algún tipo de energía propia. Tenía su propio campo electromagnético, que reaccionaba cuando se variaban las condiciones a las que se le sometía. Además parecía tener memoria de forma. El fragmento era maleable, pude deformarlo sin demasiado esfuerzo. Pero al cabo de unos segundos recuperaba su forma original —. Los ojos del profesor brillaban recordando su último día de trabajo—. Ojalá hubiera tenido tiempo de examinarlo más a fondo. Es, con gran diferencia, el material más extraordinario que he tenido la oportunidad de observar.

Ambos bebieron y permanecieron en silencio un instante, como si estuvieran evaluando la pérdida.

—Hay algo que aún no entiendo de todo este asunto. ¿Por qué demonios incendiaron tu laboratorio? —preguntó el ingeniero Marco—. ¿Qué necesidad había?

El profesor sacudió la cabeza y suspiró. Aún le dolía pensar en el fuego.

—Le he dado muchas vueltas a eso. Sospecho que lo hicieron para ganar tiempo. El incendio hizo saltar las alarmas y la gente se lanzó a evacuar el edificio. En medio de la confusión, y hasta que llegaran los equipos de emergencias, tendrían tiempo para registrarlo todo sin que nadie les importunase. Me imagino que era su plan porque cuando entré en el laboratorio uno de esos tipos se estaba poniendo un uniforme de bombero.

—Un momento. ¿Fuiste al laboratorio después de que saltara la alarma?

—¡Claro! Quería salvar cuanto pudiera. Mi idea era llevarme un par de ordenadores portátiles y la torre del ordenador de mi despacho. No iba a dejar que se perdiera todo sin más.

—Viejo chiflado. ¿Es que no comprendes lo que significa una alarma? ¿Y qué historia es esa

del falso bombero?

—Como lo oyes. Cuando entré vi a ese tipo calzándose unos pantalones gruesos encima de unos vaqueros. Junto a él había un chaquetón ignífugo idéntico al de los bomberos. En un primer momento nos quedamos mirándonos uno al otro, inmóviles. No sé cuál de los dos estaba más sorprendido. De repente alguien desde mi derecha gritó '¡Es él!' y enseguida noté como me agarraban el brazo con fuerza y me lo colocaban en la espalda. Empujaban con tanto ímpetu que pensé que me dislocarían el hombro.

—¿Cuántos eran?

—Al menos tres. Aunque inmediatamente me tiraron al suelo y me mantuvieron la cara pegada al piso, así que no estoy seguro. Pude distinguir dos voces, además de la del tipo vestido de bombero, que se colocó junto a la puerta para interceptar a cualquiera que se acercase. Quizá hubiera alguno más porque se oía mucho ajeteo. Me preguntaron dónde estaba el fragmento metálico que me había dejado un viejo la noche anterior.

—Muy simpáticos. Así que sabían lo que estaban buscando.

—Perfectamente. Para que no me hiciera mucho el tonto me patearon las costillas con ganas. Les dije dónde la había guardado pero fue peor. Creyeron que intentaba engañarlos porque la pieza no estaba allí.

—¿Cómo se te ocurre mentirles?

—No estoy tan loco. No les mentía. Me hicieron algunas caricias más pero yo no podía hacer otra cosa que jurarles que ése era el lugar en el que la había guardado aquella mañana. El laboratorio empezaba a llenarse de un humo espeso y oscuro. Me ardía la garganta, la piel se reseca, los ojos me escocían, no podía parar de toser y empezaba a marearme. Llegó un momento en que simplemente ya no pude responder más. Y ellos se limitaron a dejarme ahí tirado. Saqué un rotulador del bolsillo, escribí en el suelo... y desperté en el hospital.

—Valientes hijos de perra... —masculló el ingeniero Marco—. ¿Qué pasó con el fragmento entonces?

Ugarte se encogió de hombros.

—Por lo visto se había esfumado. Es todo lo que sé.

El ingeniero reflexionó durante un instante.

—En el hospital me dijiste que sólo sois un puñado de personas los que trabajáis en el laboratorio, ¿verdad? —preguntó.

—Fijas, siete personas. Pero ya sabes cómo funciona el tema de la investigación. Siempre hay personas que van y vienen cada poco tiempo.

El ingeniero pareció dar vueltas a una idea en su mente antes de hablar.

—¿Sabes si alguna de esas personas que trabajan en tu laboratorio es muy religiosa?

Ugarte lo miró fijamente.

—No sé cómo haces estas cosas, maldito seas —respondió—. Sí, hay un chico joven. Muy callado. Muy formal. Me pidió adaptar ligeramente su horario para poder asistir a misa a primera hora de la mañana y a mediodía. Por la mañana pasa por la capilla de la facultad de Químicas antes de entrar a trabajar. A la hora de comer sale un poco antes para ir a la capilla de la facultad de Derecho. ¿Qué tiene eso que ver con lo que ocurrió?

—No estoy seguro, por el momento sólo es una idea loca. ¿Viste algo raro en él antes del incendio?

—Raro exactamente, no. Pero me presentó una carta de renuncia a su puesto aquella misma mañana. Me dijo que le había surgido una oportunidad de trabajo que no podía dejar escapar y que lamentaba mucho avisarme con tan poco tiempo. Intenté que me contara algo más en detalle en qué consistía su nuevo puesto pero fue muy vago. Me pareció poco serio que me lo notificara con tan escasa antelación pero me alegré por él. Parecía muy ilusionado, es un chico brillante y trabajador y las buenas oportunidades no sobran. ¿Crees que pudo tener algo que ver con todo lo que sucedió?

La mente del ingeniero intentaba atar cabos. Prefirió ser prudente y no dar quebraderos de cabeza adicionales a su amigo.

—Quién sabe. Voy a intentar averiguar una cosa o dos. Si me entero de algo te lo contaré. Ahora hablemos de algo más animado, ¿te parece? Veo que sigues arando el campo de golf —dijo señalando una bolsa de palos que descansaba en un rincón del salón—. ¿Has logrado mejorar algo desde la última vez que jugamos?

Una hora más tarde, el ingeniero Marco tomaba un taxi junto al portal del edificio en el que vivía el profesor Ugarte. Al poco de echar a rodar, una berlina oscura desaparecía unos metros más abajo.

Sentado en el vagón de metro, mecido por el suave traqueteo del convoy y viendo desfilar túneles y estaciones unos tras otros, Diego no pudo seguir luchando contra un creciente ataque de sopor. Por suerte, su parada llegó antes de que las breves cabezadas se convirtieran en algo más aparatoso.

Agarró su bandolera de cuero y la bolsa de viaje que le había conseguido Nora y se apeó del tren. Atravesó el vestíbulo entre bostezos y subió pesadamente las escaleras hasta que el aire fresco le acarició el rostro. Afuera ya anochecía y las farolas habían comenzado a iluminarse.

Diego caminó calle abajo, tratando de ocultar nuevas oleadas de bostezos con el puño. Planeaba dormir como una marmota. Giró a mano derecha y continuó caminando. Apenas le faltaban un par de bloques para llegar a su casa cuando vio a un hombre de pie frente a su portal.

Se detuvo un instante para observar con atención. No se estaba equivocando, ¿verdad?

No, no se equivocaba.

—¿Pero será posible...? —se dijo entre dientes, mientras echaba a andar otra vez.

## CAPÍTULO 16

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Diego.

El tipo menudo giró sobre sus talones. Se pasó una mano por el pelo que empezaba a escasear en lo alto de su cabeza y se ajustó unas gruesas gafas con montura de concha.

—¡Por fin! —exclamó con una sonrisa tímida—. Empezaba a preguntarme dónde andarías. ¿Estabas de viaje?

Diego miró su bolsa y asintió.

—Sí, tuve que salir... ya sabes... por un reportaje. ¿Pero se puede saber...?

El hombre agitó la mano despreocupadamente.

—Tu madre. Estaba dispuesta a venir corriendo a verte desde el momento en que terminaste la llamada. Al final conseguí convencerla para que se quedase en casa. Ya sabes cómo se pone si se pierde el ensayo con el coro. Está empeñada en que están conspirando para quitarle el puesto de segunda soprano. Le dije que no podía permitirse faltar ni un día.

Diego puso los ojos en blanco y suspiró con pesadez.

—Papá, ya se lo dije a mamá: no estoy consumiendo drogas.

Su padre volvió a agitar la mano.

—Ya. Lo sé, lo sé. Tranquilo.

—¿Entonces por qué has venido? —. Diego sabía que hacía falta una razón muy poderosa para alejar a su padre más de quinientos metros de su casa. La mayor parte de su vida transcurría entre el sofá del salón, su taller de herramientas del sótano y el minúsculo despacho de contabilidad a un par de manzanas de distancia.

—Pues porque era la única manera de que tu madre se tranquilizase. Me estaba volviendo loco. Y también porque pensé que quizá...

La frase se quedó en el aire, incompleta.

—Que quizá, ¿qué?

El hombre menudo se revolvió ligeramente y volvió a ajustarse las gafas.

—Bueno, que quizá te vendría bien hablar con alguien.

Diego frunció el ceño.

—¿Hablar?

—Sí, hablar. De lo que al parecer viste.

Diego no supo qué responder. Aquello le confundió. Su padre podía aspirar al título de hombre menos fantasioso del mundo. Tal vez sólo quería comprobar si su hijo había perdido el juicio.

—¿Por qué me dices eso?

—Supongo que porque yo llevo treinta y dos años deseando encontrar a alguien con quien hablar.

Diego estuvo a punto de dejar caer las llaves del portal al suelo.

Desde la acera de enfrente, parapetado en el entrante de un portal, el tipo corpulento que había tomado el metro junto a Diego en la terminal del aeropuerto observaba la reunión y tomaba algunas fotografías. Cuando Diego y su padre desaparecieron dentro del portal marcó un número en su móvil y esperó.

Diego observó a su padre desde la cocina. Habían pasado unos minutos poniéndose al día sobre los asuntos en el barrio de su niñez. Sentado en el sillón de la sala, su padre parecía tan tímido y anodino como siempre.

Volvió al salón y colocó un vaso con refresco y un par de hielos junto a un cuenco con aceitunas en la mesa repleta de revistas que presidía la habitación.

—Perdona que no tenga nada más sofisticado que ofrecerte. No suelo recibir muchas visitas, la verdad —se disculpó Diego.

—No te preocupes, hijo. Así está perfecto —respondió su padre con aquella sonrisa torpe que Diego conocía tan bien.

Diego abrió su botellín de cerveza y se sentó al borde del escritorio en el que solía trabajar con su portátil. Un silencio incómodo se adueño de la habitación.

—Así que tuviste una noche interesante hace unos días, ¿eh, hijo? —dijo al fin el padre de Diego.

—Podría decirse que sí —respondió Diego—. ¿Qué es eso de los treinta y dos años que me has dicho abajo, papá?

Su padre se removió en su sillón.

—¿No prefieres que hablemos de lo que te ocurrió la otra noche?

Diego sonrió.

—¡Ni de broma! Aclaremos primero esto. ¿Qué querías decir?

El padre de Diego se quitó las gafas, se pasó una mano por la cara, limpió las gafas con un pañuelo bordado con sus iniciales que llevaba siempre en el bolsillo del pantalón y se las volvió a ajustar.

Lanzó un largo suspiro.

—Verás... yo... nunca le he contado esto a nadie... ni siquiera a tu madre... pensaría que me he vuelto loco. Si se lo hubiera contado entonces... éramos novios, ¿sabes?... creo que habría salido

corriendo.

Diego dejó que las palabras fueran llegando, sin prisa.

—Yo tenía diecinueve años. Llevaba cuatro meses de servicio militar. Ya sabes que en aquel entonces era obligatorio. Dieciocho interminables meses me tiré en una base aérea cerca de Valladolid. Una noche de diciembre nos tocaba hacer guardia. Qué espantoso es el frío que puede llegar a hacer de madrugada en la llanura castellana, no lo sabes tú bien —explicó el padre de Diego, acurrucándose en el sillón, como protegiéndose del recuerdo del viento gélido—. De manera que allí estábamos nosotros, un grupo de reclutas casi imberbes, haciendo rondas y protegiéndonos debajo de mantas para intentar no morir de congelación o de aburrimiento. Aunque debo aclararte que yo no llegué a ver nada, porque todo ocurrió en mi turno de comedor.

—¿Qué quiere decir que no viste nada?

—Verás, para combatir el frío nos organizábamos de manera que por cada par de horas de guardia fuera dos de nosotros pudiéramos pasar un cuarto de hora en el comedor, entrando en calor.

—¿Pero qué es lo que no pudiste ver?

—Pues aquellas dichas luces. Aparecieron a eso de las tres de la mañana.

—¿Unas luces? —preguntó Diego. Le parecía irreal que el hombre gris y monótono que era su padre estuviera hablándole de algo así.

—Sí, unas luces —confirmó su padre—. Me lo contó un compañero de Ponferrada, el mejor amigo que hice en el cuartel. Un chico un poco simple pero una persona estupenda. El pobre se estremecía como un álamo temblón mientras me daba los detalles.

—¿Entonces él sí las vio?

—Perfectamente. Él y el resto de la guardia. Al parecer eran cuatro luces. La primera vez que las vieron estaban muy arriba, en el cielo, formando un rombo perfecto. Eran pequeñas, pero brillaban con mucha intensidad y parecían cambiar de color: rojo, verde, blanco. Cada diez o doce segundos variaban de tono. Recuerdo que era una noche muy clara. No había una sola nube y la luna estaba enorme, apenas debían faltar dos o tres días para la luna llena. El primero en verlas fue un compañero que estaba pasando bajo la torre de control. Se acercó a mi amigo y le preguntó qué creía que podía ser aquello. Se quedaron mirándolas durante un par de minutos, intrigados. Mi amigo llamó entonces al soldado que estaba de guardia dentro de la torre y le pidió que se asomara para ver aquello utilizando unos prismáticos de los que tenían allí. Y entonces las luces parecieron volverse locas.

—¿Cómo que se volvieron locas?

—Empezaron a moverse, según me dijo. Rapidísimo. A una velocidad imposible. Y además



lo hacían instantáneamente. No es que aceleraran y frenaran. De repente estaban paradas y al segundo siguiente atravesaban el cielo como centellas. En un momento cruzaban el cielo de norte a sur y al siguiente habían hecho un giro de noventa o de ciento ochenta grados. Sin trazar ninguna curva, sencillamente cambiaban de dirección al instante. Avanzaban en una dirección y sin previo aviso ascendían. Variaban el movimiento de horizontal a vertical sin una pausa. Una cosa demencial.

—¿Qué hicieron tus compañeros?

—Mirarse unos a otros como idiotas. Y contemplar el espectáculo. Las luces estuvieron bailando por el cielo durante un rato, mi amigo no era capaz de precisar cuánto. Quizá un minuto. Quizá tres. Quizá algo más. Después se volvieron a juntar, esta vez formando un cuadrado impecable, algo más hacia el sur que la primera vez que las vieron. Y comenzaron a descender en formación. Fue entonces cuando los chicos empezaron a asustarse.

Diego miró a su padre. Le costaba imaginarlo siendo poco más que un adolescente, armado y de uniforme. Pero le costaba aún más imaginarlo como protagonista de cualquier evento extraordinario.

—¿Por qué? ¿Qué fue lo que les asustó?

—Tuvieron miedo porque parecían ir directas hacia ellos, hacia la base. Las luces iban aumentando de tamaño poco a poco y estaban cada vez más cerca del nivel del horizonte. Ahora los colores cambiaban más deprisa, cada cuatro o cinco segundos. Mi amigo preguntó si debían avisar al sargento, pero no tenía muy claro qué decir si le hacían salir a las tres de la mañana y acababa resultando que aquellas luces eran cualquier tontería que no conocíamos. El tipo tenía muy malas pulgas y nadie quería pasar un mes arrestado. Desde luego, yo en su lugar habría dudado mucho. Y no sólo por perder los permisos y quedarme atrapado en la base; tampoco habría querido tener que explicarle el arresto a tu madre.

Diego asintió.

—No conozco a tu sargento pero conozco a mamá. ¿Así que tu amigo no le avisó?

—No hizo falta —dijo el padre de Diego mientras masticaba una aceituna—. Uno de los reclutas que estaba de guardia al final de la pista lo hizo por él. El pobre muchacho estaba histérico. Cuando vio aparecer al sargento pensó que le iba a caer una bronca de dimensiones bíblicas, pero el tipo parecía tan confundido como los soldados. '¿Pero qué demonios es eso?', dijo cuando llegó a su lado. 'Pues si esto le sorprende tenía que haberlo visto hace cinco minutos, mi sargento', le contestó mi amigo sin pensar. Lo miró con cara de pocos amigos, así que antes de que le abroncara le explicó las evoluciones que habían contemplado. '¿Me tomas el pelo, soldado?'. Le juró que no, y su compañero aseguró que lo que contaba era cierto. El sargento salió corriendo hacia la torre de control. Por lo visto desde allí empezó a poner conferencias con todo el que se le ocurrió.

—¿Las luces llegaron a la base?

El padre de Diego asintió muy lentamente.

—Una de las luces se colocó sobre la vertical de la base. Debía ser una luz muy potente porque recuerdo la claridad entrando a través de las rendijas de las persianas del comedor. Pensé que alguien estaba haciendo el tonto con un foco. Por lo visto parecía estar en la panza de algún aparato, pero no se apreciaba bien porque al intentar fijar la mirada en ella resultaba deslumbrante. Era la luz más grande y la más intensa.

—¿Y las otras?

—Las otras se movieron alrededor del perímetro de la base. Fueron de aquí para allá, muy deprisa. Mi amigo dijo que era como si echaran un vistazo, como si estuvieran reconociendo la base desde el aire. Se movían realmente rápido. La cosa apenas duró un par de minutos.

—¿Nadie les disparó?

—Creo que todos estaban demasiado asustados como para querer enfadar a lo que fuera aquello. Sólo querían que se largaran por donde habían venido. Luego me enteré de que el sargento sí llegó a disparar un par de veces. De todas formas debía ser una cosa inútil porque se movían a tal velocidad que acertarles habría sido un verdadero milagro.

—¿Pudieron ver de qué se trataba mientras les sobrevolaban? ¿Qué objetos emitían las luces? —preguntó Diego.

Su padre sacudió la cabeza

—Mi amigo, no. Pero uno de los chicos que estaba de guardia cerca del pabellón de oficiales dijo que pudo ver la forma de una de esas cosas durante un instante. Decía que tenía el aspecto de dos cuencos, colocados uno sobre otro y unidos por dos o tres barras verticales. Creo que les hizo una especie de croquis a los investigadores que vinieron a hablar con todos nosotros un par de días más tarde.

—¿Entonces lo investigaron?

—Claro que sí. No nos arrestaron formalmente, pero ninguno de los que estábamos de guardia tuvimos permiso aquel fin de semana. Nos tuvieron encerrados, hablando con tres investigadores del ejército. Tuve que contar mi versión media docena de veces, y me juntaron con varios compañeros para ver si nos contradecíamos en algo. Al final, cuando se quedaron convencidos, nos advirtieron muy seriamente de que no debíamos comentar esto con nadie. Que era parte de un expediente declarado secreto y que las sanciones serían muy graves. Así que hice caso y lo he tenido guardado hasta este momento —dijo el padre de Diego, mirando a su hijo—. No volví a hablar jamás con nadie de ello, ni siquiera con mis compañeros de guardia.

Diego sostuvo su mirada un instante, intentando imaginar cuántas preguntas se habría hecho su padre en todos estos años.

—¿Y qué pasó al final? —preguntó por fin—. ¿Qué pasó con las luces?

Su padre frunció los labios, enarcó las cejas y sonrió.

—Nada.

—¿Nada?

—Desaparecieron. Después de dar unas vueltas alrededor de la base, las tres luces pequeñas acudieron al centro y parecieron fundirse con la grande, como si ésta las absorbiera. Y cuando sólo quedó una única luz, se escuchó una especie de silbido agudo y aquello salió disparado en vertical a una velocidad descomunal. Eso sí tuve ocasión de verlo.

Diego le dejó explicarse.

—El ajetreo fuera había ido creciendo y creciendo, se oían carreras y algún grito. El recluta que estaba conmigo en el comedor me sugirió que saliéramos pero yo le dije que si era importante ya nos llamarían. Si alguien estaba armando escándalo durante la guardia se rifarían arrestos y prefería mantenerme al margen. Al fin, me convenció para que nos asomáramos. Según salí por la puerta vi aquella cosa salir como una exhalación. En cuestión de un parpadeo se esfumó.

Diego miró a su padre en silencio.

—Ridículo, ¿verdad? Pero mi compañero estaba como un maldito flan. Y no era el único. Todos contaban lo mismo. No se trataba de una broma.

Diego se limitó a acercarse a él. Se sentó en el brazo del sillón y le puso una mano en el hombro.

—¿Sabes lo que más recuerdo de aquella noche? Justo antes de que todo terminara, cuando asomábamos por la puerta del comedor, nos topamos con un subteniente. Supongo que fue una de las muchas llamadas que el sargento hizo desde la torre de control. El subteniente se limitaba a estar allí de pie, junto a nosotros, observando el panorama. Todo lo que hizo fue murmurar para sus adentros 'Otra vez, no, maldita sea'. Cada vez que pienso en él me recorre un escalofrío.

El padre de Diego cogió otra aceituna con aire pensativo.

El timbre del portero automático rompió el silencio.

## CAPÍTULO 17

Unos segundos después de que el ingeniero Marco se hubiera apeado del taxi y hubiera entrado en el portal de Diego, un tipo corpulento emergía de las sombras y abría la puerta trasera de una berlina oscura que se había detenido a sólo un par de bloques de distancia.

—Mi querido muchacho, vengo de casa del pobre Ugarte y me ha contado algo de lo más interesante —comenzó a narrar el ingeniero Marco en cuanto la puerta empezó a girar sobre sus bisagras—. ¿Sabía usted que...? ¡Oh! —se interrumpió al ver a un hombrecillo con gafas de montura de concha sentado en el sillón—. Ignoraba que tuviera una visita

—No pasa nada —respondió Diego—, yo tampoco sabía que la iba a tener. Señor, Marco, le presento al genuino Diego Gastón. Al original. Yo soy sólo una copia. Éste es mi padre.

El rostro del viejo ingeniero se iluminó. Caminó hacia él con la mano extendida y una amplia sonrisa. El hombre de las gafas se puso en pie y le estrechó la mano con timidez.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el señor Marco—. Un placer conocerlo, sí, señor. ¿Sabe usted que su hijo es un muchacho estupendo? ¡Pero qué digo! ¡Claro que lo sabe, por supuesto que sí! Al fin y al cabo fue usted quien le ayudó a hacerse el hombre que es hoy. Conque además del intelecto brillante y unos valores sólidos como el hormigón le legó usted también el nombre, ¿eh? Pues tendremos que hacer algo para distinguirlos. Si no la conversación puede convertirse en un caos, ¿no le parece? En casa seguramente resuelvan el problema llamándose 'papá' e 'hijo' pero entre nosotros esa solución no funcionará. Veamos... ¿qué tal si a usted lo llamamos Gran D? No me diga que no es peculiar. Y alegre también. ¿De acuerdo, entonces? Pues como le decía hace un momento, es un auténtico placer conocerlo, Gran D —añadió sin dejar de sacudir el brazo de su interlocutor por un solo segundo.

Y sin que el padre de Diego pudiera expresar el más breve reparo, quedó oficialmente rebautizado. Diego, por su parte, miraba divertido cómo su progenitor era arrollado por el torrente verbal del ingeniero y mientras lo observaba no pudo evitar pensar que no debía existir apodo menos adecuado para su padre que aquél.

—¿Y qué lo trae por aquí, Gran D? —preguntó el ingeniero.

El padre de Diego le lanzó una mirada de agobio a su hijo.

—Yo, bueno... mi hijo, claro... Yo, bueno, ya sabe, he venido a verlo... porque... bueno, porque es mi hijo... y yo... —balbuceó mientras se ajustaba las gafas.

Diego puso los ojos en blanco y acudió al rescate.

—Tranquilo, papá. Ya lo sabe todo. El señor Marco y yo nos conocimos cuando preparaba

un reportaje. Él trabajaba en el aeropuerto de Manises cuando ocurrió aquel incidente OVNI a finales de los setenta. ¿Sabes de lo que te hablo?

Su padre asintió.

—Sí, me acuerdo de aquello. El avión lleno de turistas que tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia. Estuvo en las noticias un tiempo.

—Exacto. Así que en medio de la confusión me acordé y de él y le conté lo que me pasó. Estaba seguro de que al menos no me tomaría por loco.

El padre de Diego miró fijamente al ingeniero.

—¿Entonces usted...?

El ingeniero sonrió.

—Sí, mi querido Gran D. Yo lo vi. Pero tampoco crea que fue algo espectacular desde donde yo estaba —dijo, restándole importancia—. Sólo una luz extraña haciendo cosas extrañas en el cielo. Aunque sí fue lo bastante raro como para dejarle a uno confundido para el resto de su vida.

El padre de Diego pareció ir a decir algo pero guardó silencio, como si se hubiera arrepentido en el último instante.

—Bueno, amigos míos. Ahora que Gran D está aquí tendré que buscarme una habitación de hotel. Si me disculpan...

—De ninguna manera —dijo Diego, agarrándole del brazo—. Lo siento, papá, si no te importa tendrás que conformarte con el sofá. El señor Marco me está ayudando... con una pequeña investigación... para uno de mis artículos, así que es mi invitado. Yo echaré una manta al suelo y desenterraré el saco de dormir del fondo del altillo. Será como cuando tenía diez años y organizaba fiestas de pijamas con mis amigos, ¿te acuerdas?

Le gustaba madrugar mucho. Era una costumbre que había contraído de joven, en el seminario. Las primeras semanas le había resultado duro, pero en cuanto adquirió el hábito de empezar el día temprano nunca lo abandonó. Le gustaba la quietud de la madrugada. Le permitía reflexionar en calma.

Revisó las fotos que le habían enviado unas horas antes, durante la noche. Aquella visita podía ser muy oportuna. Dios siempre proveía.

El padre de Diego preparaba café y tostadas en la cocina. Diego estaba sentado en el sillón del salón, aún dentro de su saco de dormir, despeinado y ojeroso, con la mirada perdida en la pared. El ingeniero Marco emergió desde el dormitorio, impecablemente vestido y silbando una cancioncilla.

—Preciosa mañana, ¿eh, amigos míos? —dijo al verlos. Era obvio cuál de los tres había descansado mejor.

Diego se limitó a responder con un gruñido.

En ese momento, el móvil de prepago que le había dado Nora comenzó a vibrar. Con cierta dificultad acertó a sacar los brazos del saco de dormir. Examinó la pantalla, lanzó una breve mirada al ingeniero y salió al rellano del edificio antes de responder a la llamada.

Volvió a entrar apenas un par de minutos más tarde. Su padre depositaba una bandeja con una cafetera, tres tazas y un plato repleto de tostadas sobre la mesa del salón.

Diego hizo un gesto al ingeniero Marco antes de hablar.

—Lo siento mucho, papá —dijo en tono de disculpa—. El señor Marco y yo tenemos que salir para ver a alguien.

—Pero tendrás que desayunar algo, hijo.

Diego se metió una tostada en la boca.

—Tranquilo —dijo mientras masticaba—. Hemos quedado en una cafetería. Puedes decirle a mamá que esté tranquila: como tres veces al día.

Entró en su dormitorio, cogió unos vaqueros, una camisa arrugada y unas zapatillas deportivas y se vistió a toda prisa.

—Te prometo que esta tarde haremos algo que te guste —dijo mientras buscaba las llaves del apartamento—. Iremos al Museo del Prado. O al Reina Sofía. ¿Te parece bien? Piensa en el plan que más te apetezca y luego me lo cuentas. Volvemos en un rato.

Y Gran D se quedó solo con casi un litro de café y una montaña de tostadas.

## CAPÍTULO 18

Vieron a Nora a través del ventanal de la cafetería. Estaba de pie junto a una mesa en el fondo del local, hablando con un hombre alto, atlético, de tez pálida y cabello de un rubio tan claro que parecía casi albino. Diego pensó inmediatamente en el sacerdote del Campo de' Fiori.

—Vaya. ¿Otro amigo de la infancia? —murmuró Diego.

El ingeniero empujó la puerta de la cafetería. Los oficinistas que apuraban sus desayunos antes de empezar la jornada laboral entraban y salían. Nora se despidió del hombre rubio, que pasó junto a ellos sin prestarles la menor atención. Diego se echó ligeramente a un lado para evitar chocar con él. Cuando pasó a su lado le pareció entrever una cartuchera en el costado izquierdo, bajo la cazadora. Sorprendido, lo siguió con la mirada a través del ventanal mientras se alejaba.

Diego y el ingeniero se sentaron frente a Nora en la mesa del fondo. Pidieron unos cafés a la camarera que acudió a atenderlos y esperaron a quedarse solos antes de hablar.

—¿Por qué tanta prisa por vernos? —preguntó Diego al fin.

—Como te dije por teléfono, he estado haciendo preguntas por ahí y pidiendo algunos favores. Necesito que echéis un vistazo a unas cuantas fotos.

Nora extrajo su portátil de un maletín y lo colocó al borde de la mesa, de manera que la pantalla quedara de espaldas a la barra. Se aseguró de que nadie excepto ellos pudieran verla antes de pulsar un botón.

El rostro de un tipo con cara de muy pocos amigos apareció en primer plano. Una fea cicatriz le cruzaba la cara desde la comisura del labio hasta el pómulo. Diego no pudo evitar inclinarse hacia atrás instintivamente.

—Un muchacho agraciado —dijo el ingeniero Marco—. Dan ganas de ir de fiesta con él.

Diego logró apartar la mirada de los ojos pequeños y hundidos que lo miraban fijamente desde la pantalla y percibió un pequeño detalle al pie de la fotografía.

—¿Pero eso es...? —dijo, y se interrumpió. Después se inclinó hacia delante y bajó la voz—. ¡Eso es de una ficha policial?! —inquirió en un susurro ronco.

Nora asintió. Diego la miró con ojos desorbitados.

—¿Pero quién demonios eres tú, Nora? ¿Cómo has conseguido esto?

Nora suspiró.

—Llevo diciéndotelo desde que te conocí, Diego. Una parte fundamental de mi trabajo es conseguir información. Tengo muchos contactos. Contactos que también tienen muchos contactos. Y la gente para la que trabajo pone a mis disposición... herramientas muy útiles. Y muchos recursos. Nada de eso te incumbe.

—¿Pero esto es legal? —dijo en un murmullo.

—Deja de hacer preguntas, Diego, ¿quieres? ¿Es este el hombre del aeropuerto?

Diego sacudió la cabeza. Nora miró al ingeniero Marco.

—No, querida. No se parece en nada.

Nora pulsó una tecla y una nueva cara apareció en la pantalla.

El proceso se repitió varias veces hasta que un rostro conocido surgió por fin. Diego extendió la mano para detener el dedo de Nora sobre el teclado.

—¡Ahí está! —exclamó. Una mujer con traje de chaqueta que sorbía una taza de café en la barra mientras consultaba su móvil se giró hacia ellos. Diego sonrió con gesto de disculpa—. Es él—insistió en tono más comedido.

—Estoy de acuerdo —dijo el ingeniero—. Sin ningún género de duda.

Nora giró el portátil hacia sí. Tecléo un par de veces y leyó en silencio.

—Es una buena pieza —se limitó a decir.

—¿Y ahora qué, mi querida muchacha? —preguntó el anciano.

—Ahora tendré que indagar un poco más. Ya sabemos quién es. Ahora queda saber dónde puede tener la pieza. Y a quién se la pretende dar.

—¿Cree que podrá averiguarlo?

—Confío en que sí.

—Y una vez lo sepa, ¿qué haremos?

—Es una buena pregunta, pero obviamente aún no puedo saberlo.

Diego asistía a la conversación con estupor. Su mirada iba de uno a otro, como si estuviera mirando un partido de tenis.

—¿Pero es que habéis perdido la cabeza? —exclamó al fin.

Nora y el señor Marco callaron y se giraron hacia él.

—Ese tío... ese tío es... es un criminal, ¿verdad?

Nora frunció los labios.

—Claro. Ya viste lo de la gasolinera en Roma.

—De modo que estáis pensando en ir a robarle la pieza a un delincuente profesional. ¿Os habéis vuelto locos?

El viejo ingeniero lo miraba fijamente.

—¿Por qué crees que es él quien tiene la pieza, Nora? ¿Por qué se fue hasta Roma a montar un atraco de película de acción para conseguirla? Tú misma lo dijiste. Es un trabajo por encargo, ¿verdad?

Nora asintió.

—Y si se tomó todas esas molestias, ¿cuánto crees que le pueden estar pagando por ella? ¿Cuánto te pagan a ti? ¿Cuánto vale esa maldita cosa?



—Ya entiendo lo que dices, Diego, pero... —intentó calmarlo Nora.

—¡Nos van a matar! ¡Nos van a pegar un tiro entre los ojos o nos lanzarán al maldito lago de la Casa de Campo con un bloque de hormigón atado a los tobillos! ¡No podéis estar hablando en serio!

Nora trató de hablar de nuevo.

—Tranquilízate, Diego. Comprendo que quieras...

Diego alzó la mano.

—No —dijo, con tono sereno esta vez—. No sé cuánta pasta te estás jugando en esto, Nora...

Nora negó con la cabeza.

—Te sorprendería saberlo, Diego.

—No sé cuánta pasta te estás jugando en esto —insistió—, pero no pienso arriesgar mi vida por ello. Nosotros nos bajamos aquí.

Nora no respondió. Diego se puso en pie.

—Vamos, señor Marco. Ya hemos hecho suficientes tonterías.

Pero el ingeniero seguía sentado, mirando fijamente a Nora.

—Ese tipo —dijo al fin—, ese individuo de la fotografía... ¿es el responsable de lo que le ocurrió a Ugarte?

Nora asintió lentamente.

—Eso creo, sí.

El ingeniero meditó un instante antes de volver a hablar.

—Cuenta conmigo, querida.

Diego parecía no dar crédito a lo que oía.

—¿Lo dice en serio?

El anciano lo miró sin pronunciar palabra.

—¡Perfecto! —gritó Diego—. ¡Haga usted lo que le parezca! Sólo siento no tener una camisa de fuerza a mano.

Lanzó un billete de diez euros sobre la mesa y salió de la cafetería a grandes zancadas.

Nora y el ingeniero se miraron en silencio durante unos segundos.

—Será mejor que intente alcanzarlo, querida muchacha. Llámeme cuando tenga claro qué debemos hacer a partir de este momento, ¿quiere?

El anciano se puso en pie y salió del local.

Un hombre con una sudadera gastada y unos pantalones de trabajo sucios se acercó hasta el portal. Llevaba una voluminosa caja de cartón sujeta bajo un brazo mientras pulsaba el botón del portero automático con la mano que le quedaba libre.

—¿Sí? —respondió una voz al cabo de unos segundos.

—Paquete para... —el repartidor hizo una pausa mientras consultaba la ficha— Diego Gastón —añadió mirando directamente a la cámara.

La voz pareció dudar.

—No está ahora mismo en casa. Volverá en un rato.

—No hay problema. ¿Es usted un familiar?

—Soy su padre —respondió la voz.

—Si me firma usted la entrega le puedo dejar el paquete. Si no, su hijo tendrá que venir al almacén a recogerlo.

—Suba —dijo la voz.

El portero automático chirrió y el repartidor abrió la puerta del portal. Detrás de él entraron dos hombres corpulentos vestidos con trajes oscuros.

El padre de Diego no entendía esa manía que todo el mundo parecía tener últimamente de comprar todo por internet. Él se sentía incapaz de comprar algo que no hubiera podido tocar antes. Le gustaba poder ver lo que compraba y tener frente a él a un ser humano de carne y hueso al que consultar cualquier duda que pudiera surgirle antes de pagar.

Sonó el timbre y entreabrió la puerta. Al otro lado, además del repartidor, dos tipos de traje esperaban detrás de él.

—¿Señor Gastón? —preguntó el repartidor.

—Sí —respondió el padre de Diego, mirando a los hombres trajeados por encima de su hombro.

—Teníamos muchas ganas de verlo —dijo el repartidor empujando la puerta lenta pero firmemente. El repartidor accedió al apartamento y los tipos de traje lo hicieron tras él.

Recorrieron la distancia que les separaba del edificio de Diego en silencio. Éste no aflojó el paso a pesar de que al viejo ingeniero le costaba mantener el ritmo.

—¿Está intentando batir algún récord mundial de marcha atlética, muchacho? —se quejó el anciano—. Va a conseguir que me dé un infarto.

—Eso sería una auténtica lástima: arruinaría la diversión a ese mafioso al que quieren robar, ¿verdad? —respondió Diego con sarcasmo.

Diego abrió la puerta del portal y tomó el ascensor sin pronunciar palabra. En el rellano, junto a la puerta de su apartamento, se giró hacia el ingeniero.

—Es una maldita locura —dijo bajando la voz—. Dígame que al menos es consciente de que

es una locura.

El anciano lo miró fijamente a los ojos.

—Sí. Lo es. Usted es joven, mi querido muchacho. Pero a mí se me acaban las oportunidades.

Diego apretó las mandíbulas y resopló.

—¿Es que no se da cuenta? Esto sólo puede acabar mal —dijo mientras giraba la llave en la cerradura.

El apartamento estaba en silencio.

—¿Papá? —preguntó Diego.

No hubo respuesta.

—¿Papá? —preguntó de nuevo asomándose al dormitorio. Quizá estuviera en el baño. Nada—. ¿Dónde se habrá metido este hombre? Si ni siquiera tiene llaves.

—Muchacho... —dijo el ingeniero Marco.

Diego entró en la cocina. Vio unos cacharros enjabonados en el fregadero y el desayuno a medio recoger.

—Muchacho —insistió el anciano—, ¿ha visto esto?

Diego se acercó para ver lo que señalaba el ingeniero.

Sobre la mesa había un libro con un pedazo plástico encima.

Al aproximarse pudo verlo con detalle: era el carnet de identidad de su padre. Descansaba sobre un ejemplar cuidadosamente encuadernado. En su tapa, dos sencillas palabras grabadas en letras doradas: Santa Biblia.

Diego se quedó mirando la mesa con estupefacción. Tras un momento de parálisis agarró el libro y salió corriendo del apartamento sin cerrar la puerta tras de sí.

## CAPÍTULO 19

Diego pisó el acelerador con furia y el viejo Toyota tomó velocidad en mitad de intensos bocinazos. Conducía como un criminal en fuga. Circulaba en zigzag en un eslabon terrorífico. Ignoraba los semáforos e invadía el carril opuesto sin titubear si el tráfico lo requería.

Llegó a su destino en un tiempo récord. No se molestó en buscar aparcamiento. Se limitó a detener el coche frente a la verja de entrada, lo que le valió una larga retahíla de insultos de un taxista que circulaba tras él.

Se acercó a la entrada de peatones que se abría junto a la verja. No había garita de seguridad, sólo un sencillo intercomunicador. Pulsó el botón con impaciencia.

—Caballero, debe retirar su coche —respondió al fin una voz—. Está bloqueando el acceso.

—Sí, lo sé. Ahora lo retiraré.

—Caballero, debe retirarlo de inmediato —insistió la voz.

—Lo haré en cuanto haya hablado con monseñor Venturi. Necesito verlo. Es muy urgente.

Hubo un breve silencio.

—Eso no va a ser posible, caballero.

Diego tuvo ganas de comenzar a golpear la puerta metálica hasta echarla abajo. El hecho de hablar con alguien invisible le enervaba aún más.

—Soy periodista —dijo, extrayendo una identificación y mostrándola en dirección a la cámara de vigilancia—. Por favor, dígame que necesito hablar con él. Es extremadamente urgente.

—¿Ha concertado una cita?

'Si tuviera una cita, ¿no crees que habría empezado por ahí, maldito zoquete?', pensó. Se forzó a mantener la calma.

—No —respondió muy despacio—. Es una emergencia y no he tenido tiempo de solicitar una cita antes de venir. Por favor, dígame que estoy aquí, mi nombre es Diego...

—Me temo que no va a ser posible, caballero.

Diego sentía la ira crecer en su interior. Era como intentar dialogar con un papagayo.

—¡Por lo que más quiera, por favor, quiere decirle que...!

—Le repito que eso no es posible, caballero —le interrumpió la voz—. El nuncio no está en la Casa en este momento. Ha acudido a un acto oficial. Tendrá que solicitar una cita a su secretario.

—¿Un acto oficial? —Diego se preguntó fugazmente si le estarían mintiendo para librarse de él y de su coche mal estacionado—. ¿Podría saber dónde?

La voz pareció dudar un instante respecto a si debería facilitar la información a aquel periodista tan impaciente.

—Preside la presentación del Congreso de Teología en la Universidad Pontificia.

Diego tomó nota mental. Allí le quedaba poco que hacer.

—E insisto en que debe retirar el coche, caballero.

Pero Diego ya no estaba frente al intercomunicador. Para cuando el guardia de seguridad terminó de pronunciar la frase Diego ya había puesto en marcha el motor y salía disparado de nuevo entre el tráfico del norte de Madrid.

Empujó una de las puertas con cuidado para no interrumpir. La sala estaba tapizada con una gruesa moqueta de tonos granates que ahogaba el ruido de los pasos. Al fondo de un ancho pasillo central se levantaba una tarima con una enorme mesa corrida de madera con espacio para ocho ponentes. Monseñor Venturi ocupaba una de las plazas centrales.

Diego se escurrió discretamente hasta una butaca de la última fila, en una de las esquinas del salón de actos. No prestó ninguna atención a la disertación del orador, que por otra parte no le interesaba en absoluto. Se limitó a observar a Venturi, quien escuchaba atento y no parecía haber reparado en su presencia.

Por fin, al cabo de veinticinco interminables minutos, la jornada pareció alcanzar el primer descanso de la mañana. Los asistentes del patio de butacas salieron a través de las puertas por las que había accedido Diego, pero los ocupantes de la tarima que presidía la sala lo hicieron a través de una puerta que se abría al fondo del escenario, en el extremo opuesto de la sala.

Diego aceleró el paso, abriéndose paso entre disculpas entre la corriente de personas que salían para tomar algo de aire y un café. Al fin consiguió salir al enorme hall acristalado. Sobre el mármol vetado varias mesas con manteles blancos, cafeteras, jarras de zumo y bandejas con dulces y bollos se habían colocado en diferentes rincones de la estancia. Diego miró a su alrededor y al fin, junto a una de ellas, cerca de la puerta de salida del edificio, encontró a monseñor Venturi, que charlaba en un corrillo.

Se encaminó hacia él con decisión. Cuando estaba a apenas cuatro o cinco metros de distancia, dos tipos corpulentos vestidos con traje oscuro se interpusieron en su camino. Uno de ellos le colocó una mano firme como la zarpa de un oso en el pecho. Diego lo reconoció al instante.

—Anda, mira quién está aquí. ¿Traes el antifaz o esta vez me vais a poner una bolsa en la cabeza?

Diego no hizo el menor esfuerzo por ser discreto. Habló en un volumen lo bastante alto como para llamar la atención de Venturi y sus acompañantes.

El tipo del traje esbozó una sonrisa torcida y cerro el puño sobre la camisa de Diego. Pero Venturi se acercó antes de que sacara a Diego a empujones de allí.

—Tranquilo —dijo, dando un suave golpecito en el antebrazo del tipo del traje—, ya sabes que el señor Gastón es un amigo. Y parece que tiene cierta urgencia por hablar conmigo. ¿Me equivoco, señor Gastón? —añadió, agarrando a Diego por el codo.

—No intente ni media tontería —le susurró el tipo del traje sin cambiar su sonrisa amenazante mientras simulaba apartar una pelusa de la pechera de Diego con la mano.

Diego se estiró la camisa y se dejó conducir por Venturi. Sus acompañantes los miraron alejarse un instante y reanudaron la conversación.

Cuando estuvieron lo bastante apartados de oídos curiosos, monseñor Venturi se detuvo y miró a Diego fijamente a los ojos. Diego le sostuvo la mirada. Según la información que había encontrado en internet estaba a punto de cumplir los sesenta años. Parecía sorprendentemente en forma para su edad. Había ejercido su labor sacerdotal durante muchos años en varios países de Latinoamérica y su español era impecable. Tenía un aspecto amable, con una perpetua media sonrisa que resultaba enigmática y con los ojos siempre entrecerrados, como si estuviera evaluando todo a su alrededor de manera continua. El pelo canoso aún conservaba parte de su color original y estaba peinado con pulcritud.

—Y bien, hijo mío. ¿Por qué le urge tanto verme? —preguntó Venturi, cruzando las manos frente a su chaqueta y su camisa, rigurosamente negras.

Diego observó el grueso anillo que adornaba una de sus dedos y el volumen que sostenía entre ellas.

—Bonito libro, monseñor. Tengo uno exactamente igual en el coche.

Venturi sonrió.

—Excelente. Confío en que lo lea con frecuencia. Es una guía magnífica en momentos de tribulación.

—Lo cierto es que no lo he leído demasiado y lo que leí en su día lo tengo casi olvidado. ¿En alguna parte aprueba el secuestro como herramienta para conseguir las propias metas?

Venturi enarcó las cejas.

—¿Dónde quiere ir a parar con esto, hijo mío?

—Lo sabe perfectamente, monseñor. Deje en paz a mi padre.

El religioso fingió sorpresa.

—¿Su padre? Es un buen hombre. Hasta donde yo sé, al parecer estaba muy necesitado de la quietud de un retiro espiritual. Precisamente es de una gran paz de lo que está gozando en estos momentos.

Diego apretó los dientes.

—Se lo advierto...

Venturi sonrió de nuevo.

—Comprendo ¿Así que me lo advierte, señor Gastón? ¿Y qué me advierte exactamente? ¿Es

que piensa atacarme? ¿Denunciarme quizá? ¿Qué contará? ¿Entrará a una comisaría para acusar al Nuncio Apostólico de haber secuestrado a su padre porque quiere conseguir un pedazo de metal que encontró usted después de haberse topado con aquello que usted vio? ¿Qué cree que harán con semejante declaración? ¿Movilizar a los GEO? ¿Provocar un incidente diplomático de primer orden? Supongo que sabe que la nunciatura es una misión diplomática equivalente a una embajada, y que como tal goza de estatus extraterritorial y es a todos los efectos territorio perteneciente al Estado Vaticano. ¿O cree quizá que lo tomarán por un desequilibrado o un bromista y le señalarán amablemente la puerta de salida? ¿Usted qué opina?

Diego no respondió.

—Verá, hijo mío —dijo Venturi agarrándole de nuevo por el codo y echando a andar por el largo pasillo por el que se habían alejado del hall. Los fluorescentes zumbaban sobre sus cabezas. Al final del corredor uno de los tipos de traje no los perdía de vista mientras un compañero, de espaldas junto a él, se aseguraba de cortar el acceso a cualquier otra persona—. Usted no hará nada de eso. Todo es mucho más sencillo y no hay la menor necesidad de complicarlo. Usted nos entrega aquello que tan deshonestamente nos fue arrebatado en Roma...

—Y que previamente me había sido arrebatado a mí —puntualizó Diego.

—Nimiedades. Detalles sin importancia.

—¿Por qué están haciendo todo esto? ¿Tanto valor le conceden a ese objeto? ¿Tanto como para estar a punto de matar a un hombre inocente y para secuestrar a otro?

—¿Matar? ¿De qué me habla ahora, señor Gastón?

—Lo sabe perfectamente, monseñor. Del incendio en el laboratorio del que se llevaron la pieza.

El nuncio alzó una mano.

—Nos hicimos con ella sin la menor violencia. Lo que le ha ocurrido al profesor y a su laboratorio no tuvo nada que ver con nosotros. Y soy el primero en desear que ese buen hombre se restablezca tan pronto como sea posible.

—Si no fueron esos chicos suyos tan elegantes, ¿quién fue entonces?

—Imagino que sus amigos de la gasolinera de Roma. No parecen andarse con demasiados reparos, ¿verdad? Hable con ellos.

—No son mis amigos. No tengo ni idea de quién son esos tipos.

Venturi echó a caminar de nuevo.

—En cualquier caso, monseñor, ¿por qué ese empeño en hacerse con el fragmento? ¿Por qué ese empeño en ocultarlo en un lugar recóndito de los ojos de todo el mundo? ¿La gente tiene a derecho a saber qué es esa cosa!

Venturi se giró hacia él.

—Dice usted que la gente tiene derecho a saber. ¿Pero cree que tienen la necesidad?

—No comprendo qué quiere decir.

—¿Cree que la gente necesita saber cuántas veces ha estado el mundo al borde de una guerra nuclear? —planteó Venturi—. ¿Cuántas veces se ha evitado un escape radiactivo catastrófico en el último instante? ¿Cuántas epidemias mortales se han logrado contener discretamente en una zona pequeña y aislada justo antes de que se extendieran por medio planeta? ¿Deberíamos contarle absolutamente todo? ¿Qué cree que ocurriría si todo ello saliera a la luz? La gente ni siquiera quiere oír sobre los problemas que el tabaco o la comida basura provocan en su salud. Se niegan a prestarle atención. No sea iluso. Las personas son inteligentes pero las masas son irracionales. Existen informaciones que sólo generarían en la gente dudas, miedo y angustia, especialmente si atañen a aspectos que escapan a su propio control. Es por ello que deben ser gestionadas y dosificadas con mucho cuidado: una sociedad angustiada y atemorizada es el caldo de cultivo perfecto para las ideas destructivas y el caos. El equilibrio de la sociedad es mucho más frágil de lo que usted cree.

—Ocultar información porque los considera una masa estúpida no parece la manera más edificante de tratar a sus fieles. Insisto en que la gente tiene derecho a saber —replicó Diego.

—¡Ah, el sacrosanto derecho a la información! —exclamó Venturi con sarcasmo— ¿De verdad pretende un periodista dar lecciones a la Iglesia amparándose en él? ¡Por favor! Sea honesto, señor periodista. ¿Cuántos de sus queridos medios de comunicación seleccionan qué información dar y cuál ocultar en función de sus intereses económicos o de su orientación política? ¿Cuántas veces un periodista resalta determinados detalles de una noticia mientras omite otros para lograr el efecto deseado en el lector? ¿Cuántas veces se ofrecen informaciones sin contrastar simplemente porque permiten exponer la visión que se desea transmitir? ¿Cuántas noticias acaban en una papelera simplemente para no disgustar a un anunciante o al responsable de conceder unas subvenciones?

—Quizá tenga razón —concedió Diego—. Pero en su caso, monseñor, estamos hablando de un hombre de Iglesia. Pensaba que uno de los Diez Mandamientos de la Ley de Dios prohibía la mentira.

—La Ley de Dios prohíbe mentir, en efecto, pero no obliga a confesar a todo el mundo cuanto uno sabe. ¿Acaso no existe también un código deontológico para los periodistas? ¿Está usted más legitimado para mentir que yo sólo porque mis creencias son más sólidas o más profundas?

—Entonces, si yo le preguntara en una entrevista por este fragmento o cualquier otro objeto similar que la Iglesia pueda estar custodiando, ¿me diría usted la verdad?

—Podría darle media docena de respuestas evasivas en este mismo instante si se diera esa circunstancia. Y sin incurrir en mentira alguna. No subestime a la Iglesia Católica, hijo mío. Es una institución milenaria que ha sobrevivido al auge y caída de imperios y naciones, que ha sobrevivido a guerras y revoluciones, que ha sobrevivido a la aparición y muerte de ideologías de



todo tipo. Sabemos navegar en aguas turbulentas sin mojarnos en exceso.

Doblaron una esquina del pasillo. A lo lejos se adivinaba la luminosidad y el animado murmullo del vestíbulo. Venturi tomó del codo a Diego de nuevo.

—Aunque disfruto una buena conversación como cualquiera, señor Gastón, creo que nos estamos desviando del objeto de su inesperada visita. Como le decía, el problema que nos une tiene una solución muy sencilla: usted nos entrega aquello que nos fue robado y su padre termina su retiro espiritual y retoma su vida habitual.

—¡Pero es que yo no puedo entregarles nada, maldita sea! —protestó Diego—. ¿Qué parte es la que no entiende? ¡Yo no tengo ese fragmento del demonio!

Venturi se detuvo en seco. Por primera vez la sonrisa desapareció de su rostro.

—Entonces fue una caprichosa casualidad que usted y su amigo el ingeniero estuvieran en Roma en el momento en el que fue sustraído, ¿verdad? ¿Pretende hacerme creer eso?

—No, no fue casualidad —concedió Diego—. De hecho habríamos intentado conseguir la pieza si hubiéramos tenido la oportunidad. Estábamos trazando un plan para hacernos con ella. Que seguramente habría fracasado estrepitosamente, por cierto. Pero no tuvimos nada que ver con lo que ocurrió. ¡Míreme, por el amor de Dios! ¿Tengo pinta de pistolero?

—¡Francamente, me da igual de qué tenga usted pinta! —gritó Venturi. Respiró profundamente y recuperó su habitual tono sosegado—. No tengo tiempo ni voluntad de jugar a los acertijos, hijo mío. Tanto si tomó usted parte de algún modo en el robo como si no, va a conseguir esa pieza y nos la va a entregar. En caso contrario, quizá su padre decida viajar a alguno de los muchos lugares del globo en los que abnegados cristianos trabajan para mejorar la vida de las comunidades locales. ¿Qué le parece un poblado rural de Mozambique? ¿Y qué me dice de una pequeña aldea los Andes? ¿Algún remoto lugar del extremo oriente, quizá? ¿Cree que su padre encontrará la paz de espíritu que tanto necesita en alguno de estos sitios?

El paseo les había hecho desembocar de nuevo en el hall. Diego sabía que el nuncio no bromeaba. Sintió ganas, a partes iguales, de lanzarle un directo a la mandíbula y de caer de rodillas para rogarle que dejara en paz a su padre.

Venturi se aproximó a uno de los tipos con traje.

—Acompañad amablemente al señor Gastón hasta su coche y aseguraos de que deja el aparcamiento sin incidentes. Confío en que no me importunará de nuevo si no es para completar la tarea que le he asignado, señor Gastón —dijo mirando fijamente a Diego—. Aunque me complace mucho su compañía soy una persona extremadamente ocupada, confío en que lo comprenda.

## CAPÍTULO 20

—¡Diego! ¿Qué ha pasado?

Diego cerró la puerta tras de sí y se dirigió directamente hasta la cocina.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó al ingeniero Marco mientras lanzaba el ejemplar de la Biblia con las letras de molde doradas sobre la mesita del salón.

—Yo le he pedido que viniera, muchacho. Confío en que no le moleste.

Diego se giró hacia Nora y no dijo palabra. Entró en la cocina, y salió un instante después con un vaso de whisky en la mano. Dio un trago y torció el gesto.

—Esta cosa sabe a matarratas, nunca entenderé qué le ve la gente... —musitó mientras miraba el licor—. Cada vez me fío menos de ella —dijo señalando a Nora con el vaso. Nora no respondió.

Diego se sentó en el sofá y colocó la bebida frente a él.

—Desde que apareció, mi vida está patas arriba y voy de un lío al siguiente.

El anciano miró a Nora, que se limitó a enarcar las cejas.

—Muchacho, no me irá a decir que piensa que nuestra amiga ha tenido algo que ver con la desaparición de su padre, ¿verdad?

Diego dio otro sorbo de su vaso.

—¿Y por qué no? Quizá incluso usted haya tenido algo que ver.

Nora tomó el vaso de la mano de Diego y lo colocó en una estantería, lejos de su alcance.

—Ya es suficiente, Diego —dijo al fin—. Sabes perfectamente que el señor Marco jamás tomaría parte en algo así. En lo que a mí respecta, tendrás que fiarte de mi palabra de que no lo he hecho.

—Entonces ese jamás no te lo aplicas a ti misma. ¿Eso quiere decir que tú si participarías? —repuso Diego, mirándola fijamente a los ojos.

Nora le sostuvo la mirada, imperturbable.

—He tenido que hacer muchas cosas, Diego. Muchas. Pero tengo la conciencia muy limpia. Es cuanto puedo decirte.

Diego se mesó el cabello y se dejó caer sobre el respaldo del sofá.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué carajo voy a hacer yo ahora? —murmuró entre dientes. Sus ojos se enrojecieron.

Nora se sentó junto a él.

—¿Qué tal si empezas por contarnos qué ha pasado exactamente?

Relatar su encuentro con Venturi no pareció aliviar demasiado el sentimiento de congoja.

—Es todo una locura. Es un disparate. Cuanto más lo pienso más creo que he perdido la cabeza y que me encuentro en mitad de un gigantesco delirio —dijo Diego, escondiendo la cabeza entre los brazos.

—No te culpo —dijo Nora—. Todo esto debe resultarte de lo más desconcertante.

—¿Desconcertante? —repitió Diego, acompañando la palabra con una risa amarga—. Es mucho más que eso, Nora. Es desesperante. Es enloquecedor. Completamente absurdo también. ¿Qué crees que diría alguien a quien le contara que monseñor Venturi ha ordenado secuestrar al hombre más aburrido e inofensivo del país?

—Supongo que depende de a quien se lo contara, muchacho —intervino el ingeniero Marco—. ¿Cree que el hecho de ser nuncio papal lo exime de ser un tipo peligroso?

Diego esbozó una sonrisa sarcástica.

—El nuncio secuestrador. Debería tomar nota para crear un personaje así si alguno vez me decido a escribir de verdad.

—No se ría, querido muchacho. Si sabe algo de Historia seguramente recuerde a los Borgia, por ejemplo.

Diego sacudió la cabeza.

—Alguno de esos fue papa, creo. Uno de los papas españoles que ha habido, ¿no?

El anciano asintió.

—Sí, amigo mío. Eran originarios de la Corona de Aragón. Aquí la familia es conocida como la Casa de Borja por el pueblo aragonés del que tomaron el nombre. Más tarde se establecieron en el reino de Valencia y lograron el ducado de Gandía. Alfonso de Borja fue consejero del papa Nicolás V y a su muerte lo sucedió en el trono de San Pedro con el nombre de Calixto III. Su sobrino Rodrigo de Borja también sería nombrado papa tres décadas más tarde con el nombre de Alejandro VI. E incluso un miembro de la familia fue canonizado como san Francisco de Borja. Pero sabe por qué su nombre ha pasado a la Historia, ¿verdad?

Diego no respondió. No entendía a dónde quería llegar el ingeniero y no estaba seguro de que le interesara averiguarlo.

—Los Borgia son sinónimo de intrigas y oscuras maquinaciones —continuó el anciano—. Aunque una parte de lo que se cuenta de ellos posiblemente es fruto de la leyenda negra creada por sus rivales políticos, esto incluso refuerza lo que le quiero dar a entender. La Iglesia es una institución poderosa, quizá la más poderosa de la Historia, y alrededor de ese poder se arremolinan muchas personas. Y no todas son necesariamente buenas y santas. Tome el caso del juicio al papa Formoso, por ejemplo.

Diego negó con la cabeza.

—Un asunto de lo más pintoresco. Escuche, a su mente de escritor le gustará. Formoso fue

elegido papa a finales del siglo IX. Pero antes de ello había tenido tiempo para enfrentarse a uno de sus predecesores, Juan VIII, por las disputas en la sucesión al trono del reino de Italia. Como represalia, Juan VIII llegó al punto de condenarlo a excomunión. Como ve, aunque teóricamente su reino es celestial, los religiosos de aquella época no tenían el menor reparo en mezclarse en asuntos políticos y militares si lo consideraban oportuno. Pues bien, una vez fallecido Juan VIII, su sucesor en el papado, Marino I, anuló la excomunión de Formoso y lo restituyó como obispo. Y así, años más tarde él mismo pudo alcanzar también el trono papal, posición que ocuparía durante algo menos de cinco años, hasta su muerte. Y es aquí cuando empieza lo grotesco del caso. Atento a lo que sigue para apuntárselo para sus novelas.

Diego intentaba no perder el hilo del relato.

—El sucesor de Formoso fue Bonifacio VI, quien permaneció en el cargo sólo quince días antes de morir de gota. Cosa ya de por sí sospechosa, ¿verdad? Y tras éste fue nombrado Esteban VI, quien alcanzó el trono pontificio gracias al impulso de la familia de los Spoletto. ¿Quiénes eran estos Spoletto? Pues nada menos que la facción rival de los aspirantes al trono de Italia, conflicto por el que, si recuerda, Formoso había sido excomulgado. Y presumiblemente por indicación de ellos Esteban VI ordenó una venganza póstuma: nada más y nada menos que exhumar el cadáver del papa Formoso nueve meses después de su muerte, revestirlo de los ornamentos papales, sentarlo en un trono dentro de la antigua Basílica de San Pedro, juzgarlo por perjurio y acusarlo de haber accedido al trono pontificio ilegalmente. Bonita escena, ¿verdad?

—¿Me esta diciendo que desenterraron el cadáver de un papa, lo vistieron y lo sometieron a juicio?

—Tal como lo oye. Obviamente, un cadáver tiene difícil defenderse. De manera que nombraron a un diácono como abogado de oficio, y el pobre poco pudo hacer por el acusado. Supongo que pensaría que tampoco era cuestión de enemistarse con semejantes acusadores. Si le hacen eso a un muerto, imagine qué podrían hacerle a un vivo. Así que hallado el papa Formoso culpable de los delitos, se anularon todas las actuaciones tomadas en vida y al cadáver, tras despojarlo de sus símbolos papales, le rebanaron los tres dedos con los que impartía sus bendiciones y arrojaron los putrefactos restos mortales al río Tíber. Todo muy espiritual y edificante, como puede observar. Y todo motivado, en definitiva, por intrigas de poder.

Diego se puso de pie y recuperó el vaso de whisky de la estantería.

—Enhorabuena. Una historia extravagante y truculenta. ¿Pero qué tiene que ver todo esto conmigo?

El ingeniero Marco se acercó a él y le dio una palmadita en el brazo

—Intento hacerle ver que aunque en general pensamos en la Iglesia como una institución monolítica del ámbito puramente espiritual, la realidad es que está formada por una cantidad ingente de personas, cada una de ellas con sus propios planes, intereses y agendas. Y en muchos

casos con las mismas debilidades, tentaciones y defectos que pueda tener cualquier otro ser humano. En ocasiones, bajo esa fachada de santidad se mueven algunas facciones enfrentadas a otras por sus ideas o sus objetivos. Sospecho que en todo esto, mi querido muchacho, usted y su padre no son más que dos desgraciadas víctimas colaterales de un juego que en realidad no les incumbe de ninguna manera.

Diego apuró su vaso.

—Pues menudo consuelo —dijo pensativo—. De todos modos hay algo que sigo sin comprender en absoluto.

—¿Qué es, muchacho?

Diego meditó unos segundos.

—Dice que somos víctimas colaterales. ¿Pero por qué? ¿Qué buscan realmente? ¿Por qué es tan importante para ellos ese maldito trozo de metal? ¿Qué les preocupa tanto de esto? Venturi no ha querido responderme.

El ingeniero y Nora intercambiaron una mirada. El anciano señaló hacia la mesita del centro del salón.

—¿Ha leído alguna vez la Biblia?

Diego suspiró.

—Qué manía le ha dado a todo el mundo con eso. No. No recuerdo haberla leído nunca.

—Pues es una lástima, muchacho. Es un librito de lo más interesante, con algunos pasajes ciertamente peculiares. Por ejemplo, el Libro de Ezequiel, en el Antiguo Testamento. ¿Sabía que...?

El timbre del móvil de Diego interrumpió al anciano. Diego miró la pantalla y sintió una aguda punzada de angustia en el pecho. Cogió el teléfono y lo acercó a su oído.

—Hola, mamá.

Diego miraba al suelo. Alzó la vista, tapó el micrófono y dibujó una frase con los labios mientras miraba a Nora y al ingeniero Marco: '¿Os importaría...?'

Nora agarró el brazo del anciano.

—Vamos, señor Marco. Salgamos a pasear. Ahora tenemos muchas cosas en que pensar.

Mientras cerraba la puerta, Nora escuchó la voz de Diego aparentando tranquilidad.

—Sí, mamá, claro que he estado con papá. Pero ahora estoy trabajando. Tengo un día de mucho lío así que me ha dicho que aprovecharía para hacer algo de turismo. Como venís tan poco a verme... No lo sé, mamá. Quizá haya entrado en algún museo y haya apagado el móvil. Sé que tenía muchas ganas de visitar El Prado...

Diego colgó, se sentó en el suelo y se abrazó a sus rodillas. Y empezó a llorar. Lloró sin

control. Lloró de rabia. Lloró de miedo. Lloró de impotencia y de confusión. Y cuando ya no pudo llorar más se quedó inmóvil, con la vista fija en la pared y la mente en blanco. Se sentía totalmente perdido.

Se levantó y se fue hacia el baño. Una buena ducha caliente siempre le había ayudado a pensar.

## CAPÍTULO 21

Diego salió de la habitación en albornoz, frotándose el pelo con una toalla. La ducha no le había aportado ninguna idea brillante pero al menos le había permitido serenarse.

Vio la biblia sobre la mesita del salón y recordó lo que el ingeniero Marco le estaba explicando cuando su madre llamó.

Abrió la tapa del libro con una mano, sin dejar de frotarse la cabeza con la otra. Buscó el índice y recorrió los nombres de los libros sagrados hasta llegar al que buscaba. Empezó a pasar páginas y más páginas.

Ezequiel.

Unos minutos más tarde releía el pasaje por tercera vez, sin salir de su asombro.

El libro de Ezequiel comenzaba con el relato de la visión que el profeta había tenido junto al río Quebar. Aunque Diego pensó que bien podría llamarse avistamiento.

Diego se levantó, sacó uno de sus cuadernos de su bandolera y comenzó a tomar notas.

—Que me cuelguen si este tío no está describiendo un OVNI —musitó.

Acercó su viejo portátil a la mesita e hizo una búsqueda. Aparentemente, Ezequiel había vivido en el siglo VI antes de cristo. Pero describía un encuentro extrañísimo para aquel tiempo.

Según el relato, estando junto al río, Ezequiel sintió un viento huracanado y vio una densa nube envuelta en un resplandor que lanzaba rayos en todas direcciones. De ella emergieron cuatro seres alados de brillo metálico que se movían con la rapidez del rayo. Y entre estos seres se movían luces de brillo intenso.

Cuando estos seres alados metálicos tocaron el suelo, Ezequiel vio que estaban equipados con unas enormes ruedas ensambladas que les permitían avanzar en cualquier dirección sin necesidad de girar. Sobre las supuestas cabezas de estos seres el profeta describía una plataforma, también brillante, encima de la cual se encontraba una especie de trono de zafiro ocupado por una figura de apariencia humana, del cual también se desprendía un potente brillo.

El profeta describía el ruido que hacían estos objetos al moverse como algo atronador. El ocupante de aquel extraño artefacto, al parecer, habló con el profeta y le ofreció un objeto para comer. Después el visitante tomó a Ezequiel con él y el aparato se elevó con un estruendo que el profeta compara con el de un terremoto. A bordo del extraño objeto, el visitante lo transportó hasta las cercanías de la ciudad Tel Abib, de la que al parecer la moderna ciudad israelí de Tel Aviv pudo tomar su nombre, lugar en que permaneció aturdido por la experiencia por espacio de una semana. A lo largo del libro de Ezequiel, el profeta hacía varias referencias más al aparato y a cómo era transportado a diferentes lugares a bordo del mismo. Y narraba además algunos otros encuentros extraños, como uno con un hombre con el aspecto del bronce que le da unas

instrucciones fascinantemente precisas y detalladas para la construcción de un templo, con todas las medidas detalladas de cada una de las dependencias del edificio y sus alrededores.

Diego terminó de leer el libro de Ezequiel y se recostó en el sofá. No sabía cuánto tiempo había dedicado a la lectura, pero notó que su pelo despeinado ya se había secado.

El ingeniero Marco había mencionado el libro de Ezequiel como un ejemplo de algunos pasajes pintorescos de la Biblia. Se preguntó si habría más.

Descolgó el auricular del teléfono.

—La señorita Davenport está aquí, señor.

Segundos más tarde, la puerta de nogal al fondo del amplio despacho dio paso a una mujer vestida con un impecable traje sastre negro que saltaba a la vista que había sido confeccionado a medida. La mujer pisó la mullida moqueta de color tierra con aire triunfal.

—Por fin tenemos las traducciones del material que nos enviaron —informó, alzando un sobre de papel manila.

El dueño del despacho le indicó con un gesto los sofás de piel de búfalo emplazados junto a un enorme ventanal al pie del cual se abría una pequeña pradera que descendía con suavidad hasta un hermoso bosque de robles. Detrás de éste, el terreno se ondulaba y sólo un claro con un caprichoso lago artificial y un helipuerto rompía el verde espectáculo de las arboledas sobre las que se alzaban, muy lejos, en el horizonte, las primeras estribaciones de la cordillera de las Blue Ridge Mountains, en el costado este de los Apalaches. Después de tantos años aquellas vistas aún conservaban el poder de dejarlo sin aliento, en especial durante la primavera y el otoño. Sentado en aquellos sofás a menudo le costaba creer que estuviera a menos de ochenta millas de distancia de la capital del país, uno de los centros neurálgicos del planeta.

El aislamiento y la intimidad eran fundamentales en su negocio. La cercanía a los centros de poder, también. Aquel lugar lo tenía todo y además estaba en un entorno que, en su opinión, debía parecerse mucho al paraíso. La elección perfecta para el discreto y ultra vigilado edificio que alojaba las oficinas centrales de la compañía.

La mujer de negro tomó asiento y depositó el sobre en la mesa de centro de mármol y cristal. El dueño del despacho salió de detrás de su escritorio y, como solía hacer siempre antes de revisar un documento, se ajustó las gafas con montura de oro empujándolas con el dedo sobre el puente de su nariz.

Abrió el sobre marrón y extrajo una libreta garabateada que colocó sobre la mesita. Junto a ella se adjuntaba un grupo de folios pulcramente mecanografiados cogidos con un clip. El hombre los ojeó en silencio.

Cuando terminó de leer dedicó unos segundos a contemplar el paisaje más allá de los



ventanales. A lo lejos, sobre las cumbres de las montañas, empezaban a agruparse unas nubes oscuras. Quizá más tarde estallaría una tormenta.

—Si sólo la mitad de lo que ese científico español describe aquí es cierto —dijo posando las yemas de los dedos en la libreta—, esa pieza vale hasta el último centavo que paguemos por hacernos con ella —afirmó satisfecho, volviéndose hacia la mujer del traje.

La mujer sonrió y asintió en silencio.

Diego colocó el portátil frente a él y realizó algunas búsquedas en internet. Enseguida obtuvo varias sugerencias. Alguien mencionaba la ascensión del profeta Elías a los cielos, en el segundo libro de los Reyes del Antiguo Testamento. Tomó la Biblia, buscó en el índice y comenzó a pasar páginas.

Descubrió que el segundo libro de los Reyes comienza con Elías fulminando de manera consecutiva a dos regimientos de cincuenta hombres cada uno a través de sendos rayos que hace descender desde el cielo. Y que su presencia en la Tierra termina cuando es arrebatado por un carro de fuego tirado por dos caballos de fuego que lo hacen ascender hacia el firmamento en medio de un torbellino.

También se hacía referencia al profeta Zacarías. De nuevo, Diego encontró su libro en el Antiguo Testamento. El libro comenzaba con las ocho visiones que tuvo el profeta. Diego las leyó con fascinación. La sexta de ellas hablaba de un libro volante de veinte codos de largo por diez de ancho. Diego hizo una búsqueda para averiguar a cuánto equivaldrían esas medidas en términos que conociera. La equivalencia resultó ser de unos diez por cinco metros. Y teniendo en cuenta que Zacarías vivió hacia el siglo VI antes de Cristo, el libro no sería tal, sino más bien un papiro enrollado. De hecho, la propia Biblia describía en el Apocalipsis el libro de los siete sellos como un pergamino que nadie en el Cielo o en la Tierra era digno de desenrollar.

De manera que Zacarías describía un objeto volador cilíndrico de diez metros de largo y cinco de ancho. Y para acrecentar la sorpresa de Diego, el ángel que guiaba la visión del profeta especificaba la tarea de este cilindro volante: entrar en casa del ladrón o del perjuró, del malvado en definitiva, y convertir sus vigas y sus piedras en ruinas. Por muy absurdo que pudiera resultar, ante esta descripción Diego no pudo evitar pensar en un misil.

La séptima visión de Zacarías hablaba de la maldad encerrada en un recipiente de plomo que dos mujeres aladas trasladaban por el cielo. ¿Maldad encerrada en un recipiente de plomo y siendo transportada por el aire? La imaginación de Diego voló de nuevo hacia una idea contemporánea: ¿cómo describiría un babilonio de hace dos mil quinientos años una bomba nuclear?

Diego recordó entonces la destrucción de Sodoma y Gomorra. Haciendo una asociación

aventurada con la séptima visión de Zacarías, ¿podrían ser consideradas las Hiroshima y Nagasaki de la Biblia? Acudió al capítulo diecinueve del Génesis. En él se narra cómo Lot recibe la orden de abandonar Sodoma y de huir hasta la ciudad de Zoar sin mirar atrás. Una vez Lot se encuentra a salvo allí, desde el cielo se hace llover fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, que quedan completamente destruidas junto con sus habitantes y sus cosechas, quedando de ellas nada más que una llanura humeante.

Regresó al libro de Zacarías para leer la octava y última visión del profeta, en la que se describían cuatro carros que, en representación de los cuatro vientos, surgían de entre dos montes de bronce y que recorrían la Tierra en apenas un instante.

Diego seguía tomando notas cuando el timbre sonó. Se puso en pie, se ordenó el albornoz y se acercó a la puerta. A través de la mirilla pudo ver al ingeniero Marco.

Al entrar, el anciano vio los cuadernos esparcidos por encima del sofá y el ordenador portátil encendido encima de la mesita del salón.

—¿Ha estado trabajando, muchacho? —preguntó.

—Recordé lo que dijo sobre el libro de Ezequiel, así que decidí echarle un ojo... Y ya no he parado.

—Interesante, ¿verdad?

—Para ser sincero, si no hubiera podido comprobarlo yo mismo de la mismísima fuente —dijo agitando en el aire la Biblia que los hombres de Venturi habían dejado en su casa—, habría dicho que no eran más que leyendas urbanas.

—De manera que ha encontrado algunos detalles más aparte del encuentro de Ezequiel con aquel artilugio tan peculiar.

Diego asintió.

—Algunos.

El ingeniero se acercó al sofá. Echó un rápido vistazo a uno de los cuadernos abierto sobre los almohadones.

—Veo que ha tomado nota de varios de mis pasajes favoritos. Pero echo en falta algún otro. Y son de los más conocidos: Moisés, los Mandamientos y el Arca de la Alianza. Deje que lo encuentre para usted, muchacho.

Cogió la Biblia y pasó las páginas hasta hallar lo que buscaba.

—Ajá —dijo satisfecho, tendiéndole el libro—. Lea esto.

El ingeniero tenía el dedo sobre el pasaje en el que Moisés acude al monte Sinaí para recibir las Tablas de la Ley.

Diego sólo conocía la escena a través del cine. El texto bíblico le desconcertó. En él, Dios se comunica con Moisés y le anuncia que se presentará ante él envuelto en una nube espesa, y que hablará con él de manera que todo el pueblo pueda oírlo y evitar de esta manera las dudas sobre

su persona. Pero Dios le advierte de que sea muy cauto: deberá señalar un límite alrededor del monte que nadie deberá traspasar, a riesgo de, literalmente, perecer sin remedio.

Al cabo de tres días, cumpliendo lo prometido, el Señor aparece en una densa nube entre truenos y relámpagos, y en medio de un clamor ensordecedor que hace temblar al pueblo que esperaba su llegada. El texto señalaba que todo el monte Sinaí se ve envuelto en humo cuando el Señor desciende en mitad de un fuego que hace estremecer violentamente la montaña.

Dios habla a Moisés con la voz del trueno, recordándole de nuevo que debe advertir a su pueblo de que aquel que sucumbiera a la curiosidad y traspasara los límites marcados para poder verlo perdería la vida. E indica que incluso los sacerdotes que deban acercarse al lugar deben purificarse previamente para evitar ser fulminados.

Un perímetro de seguridad. Nubes, humo, fuego, un ruido ensordecedor que hace temblar el suelo... Diego pensó en la visión de Ezequiel. Una vez más, todo le sonaba extrañamente parecido a un aterrizaje.

—Como quizá sepa —dijo el anciano tomado el libro de manos de Diego y pasando páginas rápidamente—, además de las Tablas de la Ley, Moisés recibió de Dios el encargo de construir el Arca de la Alianza, que debería servir para transportarlas. Un encargo con unas instrucciones increíblemente específicas en cuanto diseño, dimensiones y materiales. Tan precisas, de hecho, que han permitido recrearla en multitud de ocasiones. Era un artefacto de lo más curioso esta Arca: permitía establecer comunicaciones con el Señor y sirvió de protección e incluso proveyó del maná a los judíos durante el éxodo por el desierto. En varias ocasiones provocó la muerte de aquellos que no respetaron sus instrucciones de manipulación; como el pasaje en el que Uzá, cuando tropezaron los bueyes que tiraban de la carreta que transportaba el Arca, estiró el brazo para evitar que ésta cayera y al contacto con ella cayó fulminado. Pero mi fragmento favorito es éste.

El ingeniero entregó la Biblia a Diego.

El texto que había seleccionado correspondía al libro de Samuel. Narraba cómo el Arca había sido capturada por los filisteos después de una batalla. Tras hacerse con ella, los filisteos trasladaron el Arca a su propio territorio. Pero no lograron encontrarle un emplazamiento adecuado, pues cada ciudad a la que el Arca viajaba era asolada por una ola de muerte y enfermedad. Primero en Asdod, luego en Gat y más tarde en Ecrón, las ciudades eran presa del pánico y los habitantes que no morían quedaban infestados de tumores. Tras siete meses vagando de un lado a otro con ella, los filisteos decidieron renunciar a seguir manipulando el Arca y la devolvieron a sus dueños originales.

—¿A que resulta pintoresco? —preguntó el anciano una vez Diego había terminado de leer.

Tumores y muerte en todos los lugares que acogían el Arca. No pudo evitar pensar en radiactividad.

—Absurdo, más bien —respondió Diego.

—¿Por qué? La mayor parte de las religiones tienen mitos fundacionales basados en divinidades venidas del cielo y equipadas con tecnologías sorprendentes. Algunas de ellas tan llamativas como lo que ha podido leer en la Biblia. ¿Ha oído mencionar los vimanas del hinduismo?

Diego sonrió y, como era habitual ante las preguntas del ingeniero, negó con la cabeza.

—Dígame la verdad: la mitad de las cosas que cuenta se las inventa sobre la marcha, ¿verdad?

—En absoluto, muchacho. Ojalá tuviera tanta imaginación. El mundo está repleto de cosas sorprendentes —respondió el anciano, sonriendo.

Tras dejar al ingeniero Marco en el portal de Diego, Nora había caminado hasta su coche de alquiler. A diferencia de la primera vez que aterrizó en Madrid, esta vez había decidido conducir un grande y potente Audi A5 en lugar de un discreto utilitario. No quería echar de menos un extra de energía en el motor en caso de necesitarlo.

Condujo en silencio, pensativa, dejándose por una vez llevar sin prisa por el tráfico, y al fin vio aparecer el edificio a lo lejos. Dio varias vueltas alrededor de la manzana hasta que quedó libre un sitio que le pareció adecuado. Lo bastante cercano como para no perder detalle pero lo suficientemente alejado como para no llamar la atención.

Inclinó ligeramente el asiento y se preparó para esperar.

—Los vimanas son objetos voladores que se mencionan en varios textos antiguos del hinduismo —explicó el viejo ingeniero—. Por ejemplo, en el Ramayana, un poema épico de hace casi dos mil quinientos años, se describe el Pushpaka, un vehículo celeste diseñado por Vishvakarma, que era el dios de los artesanos y los arquitectos, para que el rey-dios Kúbera pudiera viajar a lugares lejanos a través del cielo y visitar a diferentes grupos de seres humanos. Este vehículo sería posteriormente robado por su malvado hermano Ravana, que lo utilizaría para sus propios fines, entre ellos como arma de guerra.

—Entonces ese tipo, ese dios hindú, Ravana, sería en cierto modo el inventor de los bombardeos aéreos, ¿no?

—Algo así. Y recuerde que estamos hablando de un texto incluso anterior al nacimiento de Jesucristo. De hecho, en otro de los textos sagrados hindúes, el Mahabharata, se describe una batalla aérea. Tal cual.

Diego escuchaba fascinado. Se había sentado en el sofá y garabateaba de nuevo en sus

cuadernos. El ingeniero Marco se sentó en el sillón libre. Disfrutaba hablando de este tipo de cosas a quien no las conocía.

—El Mahabharata es un poema épico. En él, algunos de sus protagonistas viajan a a bordo de vehículos que son descritos como algo similar a ciudades que cruzan el cielo. Imagine el tamaño. Y se mencionan armas muy curiosas: enfrentamientos entre vehículos voladores de incommensurable poder destructivo; gigantes mazas que vuelan arrojando chispas de fuego y que provocan destrucción como meteoritos caídos del cielo; armas que provocan una descomunal nube que oscurece la tierra, el cielo y el sol; armas capaces de fundir las armaduras de los guerreros sobre sus cuerpos y de hacer morir bebés en el vientre de sus madres embarazadas. ¿Todo esto le recuerda a algo actual? Y no estamos hablando de un puñado de frases en un pequeño poema. El Mahabharata contiene doscientos mil versos y es cuatro veces más largo que la misma Biblia. Y buena parte de él está dedicado a las diferentes batallas, sus armas y sus efectos, descritos con gran detalle. Es un elemento fundamental del texto, así que debió ser algo muy importante para su autor.

El anciano cogió el vaso de whisky que Diego había dejado abandonado sobre la mesa hacía mucho rato y saboreó un trago.

—Pero ése no es el único ejemplo. Como le dije antes, una buena parte de las creencias religiosas en todo el mundo implican espíritus o seres guía venidos del cielo: desde el dios Ra de los antiguos egipcios, que viajaba a través del cielo en una barca, hasta los kachinas de los indios hopi de Arizona, que se desplazaban en discos voladores. Es mucho más habitual de lo que se imagina, en todos los lugares del planeta y entre civilizaciones tan alejadas entre sí que no podían comunicarse de ningún modo.

Diego escribió durante algunos minutos más mientras el viejo ingeniero lo observaba en silencio.

—¿Cree que todo esto puede tener algo que ver de algún modo con el lío en el que andamos metidos? —preguntó cuando al fin alzó la vista del papel.

El anciano se tomó un instante antes de responder.

—Quizá. ¿Por qué no?

Diego pareció sopesar la posibilidad durante unos segundos.

—Pero eso implicaría que Venturi... —dijo, dejando la frase en el aire.

—¿...que Venturi cree en la existencia de vida inteligente más allá de nuestro planeta? —completó el anciano.

A Diego la simple idea le sonaba risible.

—¿Por qué no le concede a Venturi la posibilidad de creer algo así, amigo mío?

La pregunta le sorprendió.

—Pues supongo que sencillamente porque es un sacerdote —respondió Diego, encogiéndose

de hombros—. No me parece algo muy compatible con la doctrina de la Iglesia.

El anciano sonrió.

—Aquí nos adentramos en terrenos pantanosos, muchacho. ¿Se siente preparado? Debería sacar punta a sus lápices. Seguro que también le apetece tomar nota de estas cosas.

## CAPÍTULO 22

Diego había entrado a su dormitorio para vestirse. Colgó el albornoz, ya completamente seco, tras la puerta del baño, se puso unos vaqueros y una vieja y descolorida camiseta gris y regresó al salón. El ingeniero se había entretenido en servir un par de tazas de café.

—Bien, mi querido muchacho, para responder a su objeción sobre la doctrina de la Iglesia respecto a fenómenos extraordinarios voy a describirle algo que ocurrió hace ya bastante tiempo, a principios del siglo XX —dijo el anciano una vez Diego se hubo sentado en el sofá—. Mientras en buena parte de Europa la sangre riega los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, en un pequeño pueblo tres niños que están cuidando de un rebaño de ovejas en el monte ven un relámpago aislado en el cielo. Extrañados, se acercan hacia el lugar dónde han visto el fogonazo y allí observan una extraña luz que se ha posado sobre una encina. Aquella luz tenía tal potencia que su brillo era comparable al del sol. En su interior observan una figura de corta estatura y de aspecto femenino. La pequeña mujer se comunica con ellos y les cita para encuentros posteriores. ¿Qué opinaría de algo así, muchacho? Recuerde que hablamos de tres niños pequeños, tres niños pastores de un modesto pueblecito en el año 1917. ¿Les daría algún crédito?

Diego se encogió de hombros.

—Yo ya no sé qué pensar de todas estas cosas.

—De acuerdo, evaluemos otro suceso. Retrocedamos ahora un poco más en el tiempo, hasta mediados del siglo XIX. Una adolescente de un pequeño pueblo a los pies de los Pirineos sale al campo para buscar leña junto a su hermana y una amiga. Cuando está descalzándose para cruzar un arroyo escucha un rumor, como si el viento se arremolinase, pero al alzar la vista ve las hojas de los árboles inmóviles. Mientras termina de quitarse los zapatos el rumor comienza de nuevo. Pero esta vez, al girarse percibe una luz inusual en el interior de una gruta cercana. Como en el caso anterior se trata de una luz potente, similar a la del sol, pero que no deslumbra. Y dentro de esta luz observa una figura de una mujer joven y, al igual que en el caso anterior, de talla menuda. La niña calcula que debe tener su misma edad. Está vestida con un traje blanco y un cinto azul. Y también al igual que en el caso anterior, aquella misteriosa mujer cita a la muchacha para encuentros posteriores. ¿Qué le parece?

—Muy raro. ¿A dónde quiere ir a parar con todo esto?

—Ahora lo verá. Avancemos esta vez hasta poco antes de la Segunda Guerra Mundial. En la Europa empobrecida de entreguerras nos encontramos una vez más con una niña de un pequeño pueblo que ve aparecer una mujer en el interior de una luz, pero que en este caso parece irradiar su propio cuerpo. Como en el caso de mediados del siglo XIX la mujer viste de blanco y se ajusta el traje con un cinturón azul. Y como en los dos casos que le he descrito anteriormente, hay

encuentros posteriores. La segunda vez que se encuentra con ella, la mujer emerge del cielo y se acerca a la niña pasando por encima de las copas de los árboles que rodean su casa, flotando sobre una pequeña nube gris. La niña se encontrará con la mujer hasta en seis ocasiones más —narra el anciano—. ¿Qué opina, amigo mío, de los relatos de todos estos niños, humildes y casi analfabetos?

—Que parecen haberse encontrado con la misma mujer, a juzgar por lo que cuentan.

—Pero hay casi un siglo de diferencia entre el primer caso y el último —objetó el ingeniero—. ¿Sabe qué otra cosa tienen en común estos tres sucesos?

—Sorpréndame.

—Que son tres apariciones marianas reconocidas oficialmente por la Iglesia. Le he narrado, de manera muy esquemática, las apariciones de la Virgen en Fátima, en Lourdes y en Banneux. ¿Entiende ahora a dónde quería llegar?

Diego no se esperaba aquel colofón.

—Pero eso se parece mucho a...

—A lo que los ufólogos han denominado encuentro cercano del tercer tipo, en efecto. ¿Es capaz de ver, querido muchacho, el cuadro completo?

Diego se puso de pie y comenzó a caminar muy despacio alrededor del salón. Se detuvo un par de veces, como si fuera a decir algo, pero no llegó a hacerlo. Siguió andando con la mirada fija en el suelo. Su mente trataba de encajar todas las piezas del puzzle.

—¿De verdad cree que esto es lo que hay detrás de lo que está haciendo Venturi? —preguntó al fin.

—No lo sé. ¿Le parece un motivo lógico?

Diego se sentó de nuevo, se pasó la mano por el rostro y resopló.

—Como ya le he dicho antes, aunque pensemos en la Iglesia como una institución granítica lo cierto es que está compuesta por diferentes corrientes, ideas y personas —dijo el anciano.

—Puedo entender eso. Pero esto va más allá. Si este fuera el motivo, ¿Venturi no estaría incurriendo en una herejía o algo parecido?

El ingeniero frunció los labios.

—Pues no tengo ni la menor idea, si quiere que le sea sincero. No soy teólogo. ¿Pero por qué habría de ser una herejía? Al fin y al cabo, como acabo de contarle, la Iglesia reconoce oficialmente como apariciones de la Virgen los sucesos que le he contado y usted mismo ha comprobado que la Biblia está trufada de encuentros peculiares. En cualquier caso, esta situación hipotética implicaría dos posibilidades. La primera, que Venturi esté intentando alejar la pieza del ojo público, mantenerla en absoluto secreto. Ya sabe que la información es poder. Y la Iglesia siempre ha sido muy celosa de sus secretos y muy cuidadosa con su poder.

—El Archivo Secreto Vaticano y ese tipo de cosas, ¿no?



—Por ejemplo —asintió el ingeniero—. El Archivo Vaticano contiene varias decenas de miles de documentos, y según el propio Vaticano sus lineales de estanterías suman ochenta y cinco kilómetros. Imagínese la cantidad de información que mantienen a buen recaudo.

—Bien. ¿Y cuál sería la otra posibilidad? —preguntó Diego.

—Que Venturi crea firmemente que lo que usted encontró, mi querido muchacho, sea producto de seres inteligentes ajenos a nuestra realidad terrestre. Piense en lo que implicaría una revelación así a nivel social, político, científico, filosófico y, sí, religioso también. Sería toda una revolución, quizá la mayor en la historia de la humanidad. Muchas ideas sobre nuestro papel en el universo tendrían que ser replanteadas. Quizá Venturi sienta pánico ante las posibles consecuencias. O quizá incluso exista una agenda planificada sobre este asunto y Venturi sólo quiere asegurarse de que serán ellos quienes lleven la iniciativa y guíen el cambio de paradigma, en lugar de ser arrollados por los acontecimientos.

Diego no respondió. Sus ojos estaban fijos en la Biblia que reposaba cerrada sobre la mesa del salón.

Comenzaba la tarde cuando el enorme Chevrolet Tahoe con los cristales de espejo ascendió por la rampa del garaje y se incorporó al tráfico. Nora comprobó la matrícula mientras arrancaba el motor aunque a decir verdad tampoco lo necesitaba. No podía haber dos coches con ese aspecto circulando por la ciudad.

Siguió discretamente al enorme todoterreno durante un rato. Estacionó no muy lejos de él mientras sus ocupantes entraban en un bar, del que salieron al cabo de unos quince minutos. Subieron al coche y se pusieron de nuevo en marcha para un corto trayecto de no más de tres o cuatro kilómetros.

Cuando Nora comprendió hasta dónde les había seguido, una idea brotó en su mente.

—Interesante... —se dijo a sí misma mientras se esforzaba en no perderse un solo detalle.

## CAPÍTULO 23

Diego abrió la puerta.

—Lo siento, Nora. Como comprenderás no puedo seguir ayudándote. Ahora tengo mis propios problemas que resolver.

Diego estaba apoyado contra el marco de la puerta y no parecía muy dispuesto a invitarla a entrar pero Nora ignoró su lenguaje corporal. Se coló por el hueco que dejaba libre en su costado izquierdo.

—Lo entiendo perfectamente, Diego —dijo una vez dentro del apartamento—. Pero quizá haya encontrado la manera en la que sea yo quien pueda ayudarte a ti.

Los ojos de Diego se iluminaron fugazmente pero su mirada se volvió cautelosa al instante.

—Ni se te ocurra jugar con algo así, Nora.

—No es ningún truco, Diego —repuso ella con aplomo—. Hace un rato he descubierto algo que quizá podamos utilizar para recuperar la pieza.

Diego frunció el ceño.

—Claro. Y supongo que en cuanto nos hagamos con ella piensas dármela a mí para recuperar a mi padre, ¿verdad?

—Te prometo que si conseguimos la pieza iremos directamente a buscar a tu padre.

Diego miró directamente a los ojos a Nora, en silencio. No quería pecar de confiado. Ya se había dejado arrastrar a demasiados problemas. Pero parecía sincera.

—Creía que tenías un encargo importante que cumplir —dijo al fin.

—Y lo tengo. Esto no significa que me olvide de él.

Diego decidió escucharla.

—Está bien. Cuéntame tu plan.

—Prefiero no darte demasiados detalles por el momento—se excusó Nora—; necesito terminar de darle forma a la idea. Pero si no tienes otros asuntos que atender, me gustaría que me acompañaras en los próximos días. Así verás sobre el terreno a qué me refiero. Y también necesitaré su participación, señor Marco —dijo, girándose hacia el ingeniero, que había escuchado la conversación en silencio desde el sillón.

—Magnífico. Empezaba a sentirme excluido —respondió el anciano—. Si el objetivo es ayudar a Gran D puede contar conmigo, querida muchacha, sea lo que sea lo que tiene en mente.

Nora se dirigió hacia la puerta.

—Te recogeré mañana temprano, Diego. Ah, una cosa más. ¿Cuánto tiempo hace que no te afeitas?

Diego se pasó la mano por la mejilla.

—Desde antes de que voláramos a Roma.

—Pues ni se te ocurra hacerlo en los próximos días —ordenó tajante Nora antes de cerrar la puerta tras ella.

Diego y Nora pasaron gran parte de los siguientes días sentados en el interior del Audi de alquiler. Cada mañana, Nora recogía temprano a Diego en su apartamento, conducían hasta la misma avenida y aparcaban cerca de una pequeña placita salpicada con árboles y unos cuantos bancos de piedra. Y allí esperaban y observaban.

El primer día Nora señaló un todoterreno cuyo enorme tamaño lo hacía parecer fuera de lugar en mitad de la ciudad.

—Ahí está —se limitó a decir.

Diego lo observó avanzar pesadamente y pensó que parecía sacado del videoclip de un rapero: grande, ostentoso, llamativo, lleno de cromados y reflejos. El todoterreno redujo la velocidad y se detuvo en doble fila frente a la entrada de un edificio de oficinas con fachada de cristal y vigas de acero que se levantaba frente a la plazoleta.

Un tipo grande como un armario se apeó del asiento del acompañante y abrió la puerta con ventanilla de espejo del asiento trasero. El hombre que salió del todoterreno le resultó conocido.

—¡Es él! —exclamó Diego— ¿Cómo has logrado encontrarlo?

—Después de que lo identificarais mis contactos me informaron de una empresa de seguridad que utiliza como tapadera de sus chanchullos. Mucha gente anda detrás de él desde hace tiempo. Las oficinas de esa empresa están en la décimo tercera planta de este edificio. No fue demasiado difícil dar con él, la verdad.

Diego miró a Nora. Desde luego sabía hacer su trabajo y parecía tener amigos en todas partes.

—¿Crees que guarda la pieza ahí arriba? —preguntó.

—Tendría sentido, pero no lo sé con certeza.

—¿Y ahora qué? ¿Subimos? ¿Esperamos a que sea de noche y nos colamos? ¿Cuál es el plan?

Nora sonrió.

—No seas impaciente, Diego. Espera un poco y lo irás viendo tú mismo.

Las horas pasaron una tras otra y nada nuevo ocurrió. La excitación de los primeros momentos fue cediendo y muy pronto se abrió paso el aburrimiento.

Diego hurgó en su bandolera, sacó un cuaderno y un bolígrafo y comenzó a garabatear. Nora

lo miraba de reojo de vez en cuando y sonreía.

En la tarde del segundo día de vigilancia, Diego se decidió a preguntar a Nora algo a lo que había estado dando vueltas.

—¿Por qué me estás ayudando, Nora?

Nora pareció sorprendida por la pregunta.

—Porque yo os metí en este lío, obviamente. Es mi responsabilidad. No puedo desentenderme sin más, no soy tan egoísta.

—Lo que quiero decir es que si recuperamos a mi padre tú pierdes la pieza y todo tu trabajo habrá sido en vano. Perdona que sea sincero pero me resulta extraño.

Nora no se molestó por la desconfianza de Diego.

—Afrontemos los problemas en orden, ¿te parece? Primero vamos a solucionar lo de tu padre. Después ya tendré tiempo para resolver mis asuntos.

Diego tuvo la seguridad de que Nora no renunciaba fácilmente a sus objetivos.

Los siguientes días pasaron con monotonía. Cada día era igual al anterior. En algún momento de la mañana, nunca demasiado temprano, el enorme Chevrolet Tahoe aparecía por el fondo de la avenida, reducía la velocidad, se detenía un instante junto a la puerta del edificio de oficinas y luego entraba en el aparcamiento subterráneo. El resto de la mañana transcurría sin novedad hasta que a las tres y media en punto, el todoterreno aparecía de nuevo en la rampa del garaje y hacía exactamente el mismo trayecto con las mismas paradas, en los mismos lugares y a las mismas horas.

Diego pasaba las horas encerrado en el Audi de alquiler llenando páginas y páginas de sus cuadernos.

—Parece que estás inspirado últimamente —dijo Nora en la mañana del tercer día.

Las palabras arrancaron a Diego de su propio mundo privado. Casi avergonzado, cerró el cuaderno inmediatamente.

—¿Por qué paras?

—No lo sé —respondió Diego—. Me resulta difícil escribir si alguien me mira.

—Bien. Entonces no te miraré —dijo Nora sonriendo y devolviendo la mirada a la fachada del edificio de oficinas.

—No, da igual —repuso Diego—. Me vendrá bien descansar un poco y tú debes estar aburrida. Supongo que no te he dado demasiada conversación estos días.

Nora dio un sorbo a un vaso de cartón lleno de café que se había quedado frío hacía rato.

—¿Puedo preguntarte qué estás escribiendo?

Diego pareció ligeramente incómodo.

—Nada en concreto. Ideas que me vienen a la cabeza.

—¿Siempre has escrito tanto?

—Desde que tengo uso de razón, sí. Escribo sin parar. En cualquier momento.

—Entonces siempre has querido ser escritor.

—Bueno —dijo Diego esbozando una sonrisa tristonosa—, dejémoslo en que siempre he soñado con ello. Cuando tenía quince años, estando en el instituto, incluso gané un concurso en el que nos obligaron a participar a todos los alumnos de bachillerato. Claro que no sé cuántos de mis compañeros se lo tomaron en serio, es lo que tiene obligar a un adolescente a hacer algo. Quizá fui el único y ese fuera el motivo por el que gané. Lo cierto es que nunca he estado muy seguro de poder ser un verdadero escritor.

—¿Lo has intentado al menos? Intentado de verdad, quiero decir.

Diego resopló.

—Supongo que no es tan fácil. Cuando era más joven tracé un plan para conseguirlo: trabajaría durante unos años, ahorraría cuanto pudiera y, cuando hubiera reunido el dinero suficiente, pagaría por adelantado el alquiler de una casita por un año entero. Una casita pequeña y apartada, cerca del mar y rodeada de prados y monte, en el norte, en Asturias, o quizá en Cantabria. Un lugar tranquilo y con unas vistas que me inspiraran. Y durante doce meses me dedicaría exclusivamente a escribir mi primera novela.

—¿Y qué ocurrió?

—¿Estás de broma? Ya has visto mi coche y el apartamento en el que vivo. Bastante tengo con sobrevivir hasta fin de mes. He fracasado estrepitosamente.

Diego sentía una mezcla de aprensión y profunda culpabilidad cada vez que su móvil sonaba. La frecuencia de las llamadas de su madre estaba creciendo y Diego empezaba a quedarse sin excusas. Temió que ella acabaría sospechando que algo no iba bien.

—Hay que coger al toro por los cuernos. Intentemos ganar algo de tiempo, mi querido amigo —dijo el ingeniero Marco una mañana, agarrando a Diego del brazo.

Sin darle mayor explicaciones lo arrastró a un viaje en metro.

—Ya hemos llegado a nuestra parada —dijo el anciano sonriente mientras el convoy hacía su entrada en la estación del Arte.

El ingeniero lo condujo dando un paseo hasta la columnata de acceso del museo del Prado. Allí, cobijado a la sombra de la estatua de Velázquez, el ingeniero esperó pacientemente.

—Bien, muchacho, déjeme su teléfono. Se acerca el momento perfecto —dijo, señalando a un

grupo de escolares de diez u once años que se acercaban siguiendo a dos profesoras atareadas en el complicado objetivo de que el grupo no se disgregase.

Al habitual ajetreo de las riadas de turistas que accedían a la pinacoteca se unió el caótico coro de voces y risas infantiles y las órdenes de las profesoras, que apenas eran escuchadas.

—¡Ya! Es ahora o nunca —dijo, guiñándole un ojo.

Lo que siguió fue una imitación sorprendentemente competente de la voz del padre de Diego, incluido su habitual tono titubeante, explicando de manera muy escueta cómo unos indeseables le habían robado el móvil en una aglomeración en el metro. Diego pensó que si la grabación hubiera sido limpia no habría engañado a su madre ni por asomo, pero en mitad de aquel barullo infernal el mensaje apenas se escuchaba.

El ingeniero leyó la duda en su cara.

—No tema, amigo mío —dijo sin perder la sonrisa—. Colará.

Cuando Nora se sintió segura de que su idea podría funcionar tal y como había planeado decidió pasar a la acción. A media mañana subió a casa de Diego y le informó de que daba por terminada la vigilancia.

Entregó una lista de objetos y un sobre con dinero en efectivo al ingeniero Marco. Le pidió que se asegurase de comprarlo todo antes del mediodía. Habló un instante con Diego y le entregó un pequeño bote. Diego enarcó las cejas pero Nora fue inflexible.

Diego desapareció en el interior de su habitación, de la que emergió media hora más tarde. El viejo ingeniero no pudo reprimir una carcajada al verlo.

Diego se había afeitado la cabeza hasta las patillas, en las que nacía una barba corta que había tomado un extraño tono anaranjado.

—Gracias, Nora —dijo devolviéndole el bote—. Este cambio de imagen es justo lo que necesitaba para reforzar mi autoestima.

—Bueno, al menos el traje te sienta bien —respondió ella con tono burlón.

Diego le devolvió una mueca sarcástica.

—Mañana agradecerás tener esta pinta. Así que no protestes y vámonos ya —invitó Nora—. Tenemos muchas cosas que preparar. Si todo va bien estarás abrazando a tu padre muy pronto.

En la estación de Atocha, Nora alquiló un coche más. Habían dejado el Audi A5 aparcado en los alrededores y ahora parecía haber recuperado el gusto por los coches pequeños.

Nora se apartó un instante del mostrador.

—¿Cuál de estos crees que pasará más desapercibido? —preguntó a Diego en voz baja.

Diego señaló un modesto Citroën C3 de color blanco.

—De estos hay a montones.

—Perfecto.

A la salida de la estación, Nora le confió la llave del Citroën y le dio orden de seguirla. Ella conduciría el Audi.

A la una del mediodía todo estaba preparado. El ingeniero Marco tenía todos los elementos de la lista de Nora en varias bolsas que se amontonaban en un rincón del salón del apartamento de Diego.

Los tres se sentaron alrededor de la mesita y repasaron cada paso con atención.

El corazón de Diego latía con tanta fuerza que parecía querer saltar de su pecho y escaparse por la ventana. Miró a su derecha. Nora tenía aspecto de absoluta tranquilidad, cosa que lo ayudó a calmarse un poco. Después miró a su izquierda. El viejo ingeniero le devolvió la mirada y le guiñó un ojo. Éste en cambio tenía toda la pinta de un niño a punto de cometer una travesura.

Apenas habían pasado cinco minutos de las dos y media cuando el Audi comenzó merodear alrededor de la manzana. Un primer hueco quedó libre pero Nora pasó de largo. También rechazó un segundo espacio a la vuelta de la esquina. Diez minutos más tarde un tercer coche dejó su lugar. Nora sonrió al verlo.

—Pues yo les dejo aquí, mis queridos amigos, es mi turno —dijo el ingeniero Marco una vez Nora terminó la maniobra—. Tengan muchísimo cuidado.

Cerró la puerta trasera del Audi y caminó unos metros hasta la puerta de una cafetería.

El Chevrolet Tahoe apareció al final de la calle, puntual como un reloj. Cuando pasaba junto a ellos Diego no pudo reprimir el impulso de encogerse en su asiento. Al verlo, Nora se acordó de su primer encuentro con él en aquel bar tan deprimente. Sonrió.

El todoterreno aparcó unos metros más adelante. Dos hombres enormes se apearon y caminaron hasta la cafetería. En el mismo instante en que traspasaron la puerta, Nora echó mano de dos estuches negros de lona que descansaban en el asiento trasero. Abrió uno de ellos, sacó un aparato que parecía una especie de mando a distancia gigante y cerrando el estuche de nuevo, se lo echó al hombro.

—Coge esto —ordenó a Diego señalándole el otro maletín— y colócate pegado a la pared de la cafetería. Disimula, haz lo que quieras, finge estar consultando el móvil, lo que sea... pero no

te muevas de ahí hasta que te haga una señal.

—¿Qué es?

—Un juguetito muy caro que los buenos y sobre todo los malos utilizan para lo que necesitamos hacer.

El corazón de Diego bombeaba desbocado. Bajó del Audi con la correa del estuche apretando su hombro y caminó hasta la puerta de la cafetería. Sentía sus rodillas temblar. Se apoyó contra el muro y con una mano temblorosa sacó el móvil del bolsillo y comenzó a pasar estúpidamente arriba y abajo la lista de contactos.

Nora, mientras tanto paseó despreocupada hasta detenerse junto a la puerta del conductor del enorme Chevrolet. Extrajo del bolsillo de su chaqueta el extraño dispositivo, que seguía unido al interior del maletín de lona por un cable, y lo hizo oscilar suavemente junto a la maneta. El dispositivo se comunicó con el sistema electrónico del coche y con la segunda parte del equipo, el que Diego sostenía en un radio cercano a los clientes que, ignorantes de la maniobra, charlaban dentro de la cafetería. El sensor de Diego capturó los datos de todas las llaves electrónicas que captaba en un radio de varios metros y las envió al receptor. El dispositivo de Nora las compartió con el ordenador del automóvil hasta dar con la clave que desbloqueaba la cerradura del Tahoe. En apenas un par de segundos una breve señal sonora brotó del coche.

Nora hizo un leve gesto con la cabeza. Diego fue en dirección a ella casi a la carrera.

Los dos tipos corpulentos se pusieron en pie. Cuando iban camino de la puerta un cuerpo mucho más frágil chocó contra uno de ellos y salió rebotado.

Uno de los tipos se agachó y extendió un brazo que parecía la rama de un roble.

—Mire por dónde camina, abuelo. Acabará haciéndose daño.

El anciano se agarró al antebrazo del hombre, que lo ayudó a incorporarse.

—Tiene usted toda la razón, muchacho —dijo el anciano, sacudiéndose el pantalón y estirándose la chaqueta—. Iba algo despistado, me parece que... ¡Abelardo! —exclamó al alzar la vista.

El tipo enorme frunció el ceño.

—¡Abelardo, muchacho, cuanto tiempo! —insistió el anciano, golpeando amistosamente los hombros del tipo—. ¡Hay que ver cómo te has puesto, pareces un levantador de peso olímpico!

El hombre sacudió la cabeza.

—Creo que se confunde, abuelo.

—Madre mía, muchacho, qué pequeño es el mundo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Veinte años quizá?



El tipo alzó una mano grande como una sartén.

—Le digo que se confunde.

El anciano adoptó una expresión de extrañeza y se puso de puntillas para acercar su cara a la de aquel hombre hercúleo.

—¿Qué quieres decir, Abelardo? —preguntó mirándole fijamente mientras entrecerraba los ojos.

—¡Que no me llamo Abelardo, abuelo!

El anciano se echó atrás con gesto de profunda sorpresa.

—¿Estás seguro?

—Bastante seguro, sí.

—¿Tu madre no tenía una mercería en Motilla del Palancar?

—Pues no.

El anciano pareció consternado ante esta noticia.

—Caramba, caramba, caramba. ¿Estás seguro de eso también, muchacho?

—Completamente.

—Caramba, caramba, caramba —repitió el anciano—. Odio que mi mujer tenga razón. Siempre dice que soy el peor fisionomista del mundo.

—Si no le importa, abuelo... —dijo el tipo empujando suave pero firmemente al anciano a un lado.

—Un segundo, muchacho. ¡Jefe! —llamó al camarero tras la barra, que se acercó a ellos—. Póngale dos cañas bien fresquitas a estos muchachos tan fornidos. Aceptarán que les invite, ¿verdad? Como disculpa por el encontronazo y la molestia.

Los tipos intercambiaron una mirada rápida. Una cerveza era una cerveza.

—Confío en que me disculparán si no les acompaño, pero tengo cita con el reumatólogo dentro de quince minutos y ya saben cómo son los doctores con la puntualidad —explicó el anciano, que volvió a mirar al tipo con el que había chocado—. De modo que no es usted el bueno de Abelardo. Qué cosas. Lo habría jurado sobre la tumba de mi difunto padre. Podría ser usted su hermano gemelo. Es extraordinario.

Y diciendo esto salió del bar.

Acto seguido, el ingeniero Marco se dirigió a paso rápido a un centro comercial a sólo un par de manzanas de distancia calle arriba. Buscó una tienda de ropa para hombre, recogió media docena de pantalones, unas cuantas camisas y un par de suéters y se dirigió al mostrador al fondo del local. Pasó la siguiente media hora leyendo el periódico, refugiado en la íntima seguridad de un probador, donde absolutamente nadie podría encontrarlo.

Los dos hombres del bar apuraron con cierta prisa sus cervezas gratuitas entre risas y salieron a la calle. Al pisar la acera sus bromas se congelaron. El lugar en el que habían dejado el

enorme Chevrolet Tahoe lo ocupaba ahora una furgoneta vieja y repleta de abolladuras de un negocio de fontanería. Miraron en todas direcciones desconcertados. ¿Dónde demonios estaba el coche?

—Yo me quedo aquí —indicó Nora—. Tú aparca allí adelante, cerca de la verja, en el sitio de siempre, y espera.

Diego obedeció. Cinco minutos más tarde una adolescente de unos quince años, de pelo moreno y rizado y con una falda escocesa bastante más corta de lo que seguramente era la idea original del uniforme se acercó al coche. Miró a Diego a través del parabrisas y abrió la puerta trasera.

—¿Quién eres tú? —preguntó mientras se sentaba.

De repente, un grillete se cerró alrededor de la muñeca de la adolescente.

Nora, que había rodeado el Tahoe por detrás, la empujó suavemente y se sentó junto a ella. El otro grillete estaba alrededor de su propio brazo. Los cristales de espejo las ocultaban de miradas curiosas.

—Arranca, vamos —ordenó a Diego.

Una vez el coche echó a rodar, Nora se giró hacia la colegiala.

—Tranquila, no te va a pasar nada.

La chica no parecía impresionada.

—Estoy tranquila —repuso—. Sois vosotros los que deberíais estar nerviosos. Os he visto la cara.

Un escalofrío recorrió la espalda de Diego. Como siempre Nora tenía razón. Se alegraba profundamente de haber seguido el consejo de cambiar completamente su imagen.

Durante unos minutos, Diego reprodujo el itinerario que había memorizado con Nora aquella mañana. Al fin detuvo el coche cerca de un descampado.

Nora extrajo un móvil de uno de los estuches de lona y marcó un número. Conectó el altavoz y dejó el móvil sobre la tapicería. Mientras los tonos sonaban miró a Diego y se llevó el índice a los labios.

—¡Sí! —respondió una voz de hombre.

—Buenas tardes, señor Víbora —. Diego miró con incredulidad a Nora. Ésta se señaló los pies. 'Por las botas', musitó mientras tapaba el micrófono—. Tenemos su coche y también a alguien aquí junto a nosotros.

—¡Daniela, pequeña! ¿Estás bien?

—Perfectamente, papá —dijo la jovencita con tono ausente, mientras miraba a través de la ventanilla.

—¡Bastardos! —ladró el hombre al otro lado de la línea—. Como le toquéis un pelo os juro que os partiré cada hueso del cuerpo antes de ahorcaros con vuestros propios intestinos.

A Diego le sorprendió lo detallado de la amenaza.

—Cálmese, Víbora —respondió Nora—. No tenemos la menor intención de hacer daño a Daniela.

Diego observó a la joven, que seguía mirando hacia la calle con aspecto aburrido.

—¿Que es lo que queréis, hijos de perra?

—El paquete que usted y sus chicos robaron en Roma.

Se oyeron unos ruidos difíciles de identificar al otro lado de la línea. Diego dedujo que el tipo había tapado el micrófono. Le pareció entender juramentos entrecortados.

—¡Y una mierda como un piano! ¿Quién coño sois vosotros?—respondió al fin.

Daniela resopló. Diego envidió la tranquilidad de la chica.

—Entréguenos el paquete y le devolveremos a su hija. Y el coche también, si es que lo quiere.

—¿Cómo sabéis lo de ese paquete? ¿Es que tenéis un topo? Maldita sea, tengo que encontrarlo y matarlo con mis propias manos... Está bien, traed a Daniela en menos de una hora y os daré el diez por ciento del pago y os dejaré vivir lo suficiente para disfrutarlo.

—Víbora, queremos el paquete —insistió Nora.

—Claro, así de sencillo. ¿Sabes lo que me estás pidiendo, maldita loca? Os doy un veinte por ciento. Es mi última oferta. Si no la aceptáis os encontraré y os desollaré vivos.

Nora iba a replicar cuando Daniela se giró hacia el teléfono.

—Papá...

—¿Sí, pequeña? ¿Qué pasa?

—Arregla esto antes de que se entere mamá. O el que vas a estar muerto eres tú.

Diego se quedó mirando a la jovencita, con los ojos abiertos como platos detrás de sus gafas de sol. Incluso Nora parecía sorprendida por una vez. Daniela volvía a observar la calle desierta a través de la ventanilla con gesto de tedio.

—Todo saldrá bien, pequeña —aseguró torpemente su padre tras unos segundos de silencio.

—Más te vale —murmuró Daniela, más para que sí que como respuesta.

—Le llamaremos con instrucciones muy pronto, Víbora —dijo Nora—. No se aleje del teléfono.

Cortó la llamada y apagó el teléfono.

## CAPÍTULO 24

Diego se apeó del Tahoe y pulsó el botón de la llave del pequeño Citroën de alquiler que habían dejado aparcado junto a aquel descampado apartado horas antes. En comparación parecía un coche de juguete. Abrió el maletero y extrajo una de las lonas para automóvil compradas por el ingeniero Marco aquella misma mañana.

Mientras Nora se acomodaba con Daniela en el asiento trasero del utilitario, Diego cubrió lo mejor que pudo el gigantesco todoterreno con la lona, que estaba pensada para un coche de un tamaño sensiblemente menor. Miró a su alrededor. Víbora tendría suerte si su coche no terminaba desguazado en cuanto se pusiera el sol.

Una vez en marcha, Nora encendió el móvil que había comprado exclusivamente para comunicarse con el padre de Daniela.

—Antigua estación de tren de Seseña. A las siete y media. Lleve el paquete y no se retrase —dijo cuando respondieron a la llamada.

Colgó sin esperar a la respuesta y apagó de nuevo el teléfono.

Diego condujo durante algo más de una hora. Primero por autopista, después por una amplia carretera de doble carril, más tarde por una carretera local. Con cada desvío que tomaba la carretera se hacía más estrecha, más sinuosa y menos transitada.

Al fin, redujo la velocidad y tomó la salida a lo que parecía ser una vieja estación de servicio abandonada años atrás. Cruzó bajo el esqueleto de la marquesina adosada a la pequeña construcción que debió servir de tienda y mostrador de cobro, ahora con las puertas y ventanales cegados por ladrillos y los muros decorados con grafitis. Giró y tras ella apareció la estructura de lo que en su día fueron dos cabinas para el lavado de automóviles. En uno de ellos se adivinaba la silueta de un coche oculto bajo una lona gris. Diego aparcó en la cabina contigua.

Mientras Diego destapaba el Audi en el que Nora y él habían compartido tantas horas de vigilancia, Nora ayudaba a Daniela a apearse del asiento trasero del Citroën en el que acababan de llegar y la invitaba a sentarse en el puesto del conductor.

Cuando la adolescente hubo ocupado su lugar, Nora se soltó el grillete de la muñeca, pasó la cadena a través del volante y lo cerró alrededor del brazo libre de Daniela. Después cogió una bolsa de plástico del maletero.

—No te preocupes, Daniela. Si tu padre no hace ninguna tontería, a eso de las ocho y media

debería haberte encontrado. En caso de que decida hacerla quizá tarden un par de horas más, pero entonces seguramente será la Guardia Civil quien te encuentre y tu padre tendrá que dar unas cuantas explicaciones sobre algunos asuntos. Si esto ocurre es posible que en los próximos años sólo puedas verlo los días de visita en la prisión de Soto del Real.

Nora comenzó a colocar con cuidado el contenido de la bolsa de plástico sobre el salpicadero, al alcance de Daniela: una manzana, una caja de donuts y una botella de agua mineral.

—Con esto deberías estar bien mientras esperas. Ah, mi amigo me ha pedido que te dejara esto también, por si la espera se te hace demasiado larga —añadió, mientras colocaba junto a la comida un ejemplar de ¡Gracias, Jeeves!, de P. G. Wodehouse, y uno de Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift —. Cuídalos, les tiene mucho cariño.

Nora cerró la puerta mientras Diego calzaba las ruedas del Citroën para evitar que se moviera lo más mínimo en caso de que Daniela llegara de algún modo a quitar el freno de mano. Después ambos echaron sobre él la lona que había cubierto el Audi, dejando libre un pequeño resquicio en el parabrisas para que la joven tuviera algo de luz en todo momento. Diego colocó la llave del coche junto a la de los grilletes sobre el capó.

Nora se colocó tras el Citroën, ahora oculto, y miró alrededor. Comprobó satisfecha que el coche era virtualmente invisible, tapado bajo la lona, en el interior de la antigua cabina de lavado escondida tras el edificio de la estación de servicio abandonada en mitad de una carretera semi desierta.

Diego pensó que había un cierto equilibrio poético en todo aquello. Aquel desgraciado de las botas de piel de serpiente se había hecho con el fragmento por las malas en una gasolinera, y en una gasolinera comenzaba a perderlo también por las malas.

—¡Vámonos! —ordenó Nora a Diego mientras abría la puerta del Audi.

Daniela escuchó el sonido del motor alejarse. Miró alrededor y suspiró. Puso los ojos en blanco y volvió a mirar alrededor. Resignada, aceptó que no tenía absolutamente nada que hacer allí. Estiró las manos y cogió uno de los libros. Volvió la tapa con alguna dificultad y empezó a leer.

Nora detuvo el Audi muy cerca de la entrada principal de un centro comercial de las afueras. Ríos de personas subían y bajaban la escalinata de acceso a su alrededor acarreado bolsas de todos los colores y tamaños. Junto a las puertas de cristal un niño trataba sin éxito de convencer a sus padres para que le compraran un juguete en una máquina expendedora.

—Os veré a las ocho y cuarto en punto. Os avisaré si me voy a retrasar. Si a las ocho y media no estoy aquí, largaos y desapareced.

—Ni se te ocurra fugarte con la pieza, Nora —dijo Diego en una extraña mezcla de súplica y

amenaza.

Ella sonrió e intentó tranquilizarlo.

—Tienes mi palabra.

Por desgracia, eso no era suficiente para calmar su ansiedad.

Diego había insistido en acudir con Nora al encuentro. Pero Nora había argumentado que no sólo sería ponerse en peligro innecesariamente, sino que además era regalarle a Víbora una bonita pista para intentar localizarlo en un futuro. No dudaba ni por un segundo que alguien estaría tomando imágenes de la reunión y la barba teñida y la cabeza afeitada no podían considerarse el mejor disfraz del mundo.

A regañadientes tuvo que admitir que ella tenía razón. No quería pasarse el resto de su vida mirando por encima del hombro cada vez que pisara la calle.

Diego se quedó de pie en la escalinata de entrada al centro comercial, mientras veía el Audi desaparecer entre el tráfico.

La antigua estación de tren de Seseña se levanta al borde de la pronunciada curva de un pequeño nudo de carreteras. Junto a un par de naves industriales, y rodeado de árboles, un pequeño edificio de tres cuerpos en piedra y ladrillo ve pasar los trenes a toda velocidad, sin detenerse.

Nora aparcó bajo uno de los árboles y caminó hasta la puerta que presidía el cuerpo central, el único con dos alturas. Supuso que era el acceso al vestíbulo de la estación. Empujó la puerta, que no cedió. Rodeó el edificio en dirección al andén.

Los grafiteros habían aprovechado todo el muro de la planta baja para sus pintadas. Casi todas las puertas y ventanas a la altura de la vía habían sido cegadas. Las del piso superior del módulo central conservaban aún sus marcos, pero los cristales habían sido víctimas de las piedras hacía tiempo. Las letras que dibujaban el nombre del pueblo habían perdido buena parte de su color y ya eran poco menos que invisibles sobre la piedra.

Recorrió el andén observando la subestación eléctrica que se alzaba en el lado opuesto de las vías, rodeada de campos de cultivos en todas direcciones.

Nora probó fortuna con las únicas puertas sin tapiar de aquel lado del edificio. Parecían aseguradas con un simple candado. Empujó y las puertas crujieron al moverse sobre sus bisagras. El candado que las unía impidió que se abrieran.

Nora miró alrededor y encontró un pedazo de ladrillo que se había desprendido del quicio de la ventana de uno de los cuerpos laterales. Golpeó con fuerza el candado y éste se partió con un chasquido. Empujó las puertas y se encontró en un pequeño vestíbulo. A uno de los lados se adivinaba la antigua taquilla detrás de un mostrador de madera medio podrida. En el suelo se

veían algunos cascotes que se habían desprendido del techo. Las paredes agrietadas y descoloridas tenían manchas de humedad y telarañas en cada rincón. Se dispuso a esperar.

Consultó el reloj. Faltaban un par de minutos para las siete y media cuando escuchó el motor de un automóvil que se detenía y un rumor de pasos resonar sobre la piedra del apeadero.

Un cuerpo enorme bloqueó la escasa luz que entraba por la puerta del andén. El hombre cruzó el marco, golpeó a Nora con el hombro al pasar junto a ella y se colocó a su espalda. Tras él entró un tipo mucho más menudo y con botas de piel de serpiente al que Nora conocía bien. Otros dos hombres accedieron después y se colocaron cada uno a un lado de la puerta. De repente, el minúsculo vestíbulo estaba a rebosar. Nora se preguntó cuándo habría sido la última vez que hubo media docena de personas en aquella estancia.

Víbora sacó una pistola de la parte trasera de su pantalón, retiró el seguro y avanzó en dirección a Nora, con el brazo estirado, encañonándola. Sólo se detuvo cuando la pistola se apoyó sobre la frente de la mujer.

—Dame una buena razón para no esparcir tus sesos por toda la pared —dijo, mirándola fijamente.

Nora ni siquiera pestañeó. Alzó la mano lentamente y retiró el arma de su cabeza.

—No diga estupideces, ¿quiere? ¿Ha traído el paquete?

—No —respondió Víbora—. Y si me dices ahora dónde está Daniela quizá te haga el favor de dejarte morir rápidamente y sin sufrir demasiado.

Nora suspiró y puso los ojos en blanco.

—Deje ese juego ya. No le va a servir de nada. Si me pega un tiro, además de poner perdido al grandullón que está a mi espalda, se queda sin su hija. Somos lo bastante listos como para dividir el trabajo. El mío es recoger el paquete. Son mis compañeros quienes se ocupan de Daniela. Ellos no saben dónde me he citado con usted y yo no tengo ni la más remota idea de a dónde han llevado a su hija —mintió Nora con aplomo—. ¿Me va a dar el paquete de una vez o no? No me sobra el tiempo. Y a su hija tampoco.

Víbora no respondió. Se quedó de pie frente a Nora, con los ojos entrecerrados y las mandíbulas tensas. Finalmente hizo un ligero gesto con la cabeza.

Uno de los tipos grandes que custodiaban la puerta dio un paso adelante, extrajo una caja de cartón alargada del interior de su cazadora y se lo entregó a su jefe. Éste lo sopesó unos segundos antes de ofrecérselo a Nora.

—Me estáis costando una fortuna. Pero os haré pagar cada céntimo, te lo aseguro —masculló entre dientes antes de soltar la caja, que Nora ya había cogido por el extremo contrario.

—Yo creo que no —respondió Nora sin inmutarse mientras rompía el sello que cerraba la caja. Echó un vistazo a su interior. Envuelta cuidadosamente en un plástico protector descansaba una pieza metálica. Nora pasó con cuidado la yema del dedo por ambas caras. Una estaba fría

mientras que la otra emitía una peculiar sensación de calidez. Buscó el móvil que había usado para comunicarse con Víbora y lo acercó a la caja. La pantalla pareció volverse loca.

—Muy bien —dijo Nora—. Ahora van a ser buenos chicos y me van a dejar marchar tranquilamente. Si se portan bien, mis compañeros recibirán una llamada mía dentro de quince minutos informándoles de que ha cumplido su parte del acuerdo. Entonces ellos se pondrán en contacto con usted y le dirán dónde puede ir a buscar a Daniela. Así que quédense aquí un rato jugando a las adivinanzas, dejen que me aleje y dentro una hora o dos podrá darle un abrazo a su hija. ¿Ha quedado claro?

Nora salió del vestíbulo y caminó a buen paso hasta el Audi. Pulsó el contacto y aceleró. Condujo muy por encima del límite de velocidad durante varios minutos y realizó algunas maniobras poco recomendables con las que se ganó unos cuantos bocinazos bien merecidos. Si alguien la hubiera estado siguiendo no le habría costado reparar en ello. Cuando tuvo la certeza de que nadie estaba tras sus pasos se detuvo a un lado de la calzada y cogió un móvil del hueco de la puerta.

—Todo en orden, Diego. Coge el teléfono que te di esta mañana, llama a ese indeseable y cuéntale dónde puede encontrar a su hija. Después quítale la batería y tíralo en el primer cubo de basura que encuentres. Nos vemos en el sitio acordado en un cuarto de hora.

Pulsó de nuevo el botón del contacto y condujo de regreso al centro comercial, respetando escrupulosamente las normas de tráfico esta vez. Entró en el parking y bajó directamente al segundo nivel. El reloj del salpicadero marcaba las ocho y trece. Giró el volante y se dirigió hacia la zona más alejada de la planta, que estaba prácticamente desierta. Los faros iluminaron la pared pintada en rojo y blanco. De detrás de un pilar surgieron Diego y el ingeniero Marco.

Nora se detuvo junto a ellos. Bajó la ventanilla y agitó el paquete de cartón.

Diego cayó sobre sus rodillas, se cubrió la cara con las manos y comenzó a temblar.



## CAPÍTULO 25

Nora se estiró para abrir la puerta del acompañante.

—¡Subid, rápido!

Diego se puso en pie, caminó hasta el Audi y se sentó junto a Nora. El ingeniero Marco se acomodó en el asiento trasero.

—¿De verdad lo has conseguido? —preguntó Diego, ansioso.

—Compruébalo tú mismo —dijo Nora, sonriendo mientras le entregaba la caja de cartón.

Diego abrió el paquete con dedos temblorosos. Dentro encontró un sobre lacrado, en cuyo interior, cuidadosamente envuelto en plástico de burbujas descansaba el extraño fragmento metálico que había hallado en mitad de un campo de girasoles. Parecía haber pasado un año desde aquel momento.

Como había hecho Nora al recibirlo, Diego pasó los dedos por las superficies. Seguían siendo tan antagónicas como la primera vez que lo tocó. No cabía duda de que aquél era realmente el fragmento que él había encontrado.

—¿Por qué? —preguntó Diego, mirando a Nora a los ojos.

—Porque es lo correcto —respondió Nora, poniendo su mano sobre la mejilla de Diego.

Diego cerró los ojos. Por primera vez en mucho tiempo experimentaba una cierta sensación de alivio.

—Es tu turno, Diego. Hay un móvil nuevo dentro de la guantera. Conéctalo y llama a Venturi. Quiero que lo cites en este lugar y esta hora exactos —ordenó Nora mientras garabateaba las instrucciones en un pedazo de papel—. No converses. No negocies. Tienen que estar ahí, en ese sitio y ese momento, o la pieza volará. ¿Lo has entendido?

Diego revisó el papel. El ingeniero hizo lo mismo por encima de su hombro desde el asiento trasero. Cuando consiguió descifrar el mensaje sus ojos se entrecerraron y su mirada se quedó fija en el rostro de Nora.

—¿Estás segura? —preguntó Diego—. Quiero decir que has ido a elegir un sitio perfecto para una emboscada.

—Créeme, es el lugar ideal. Confía en mí sólo un poco más.

Con el fragmento en sus manos, Diego se sentía completamente dispuesto a confiar en Nora. El ingeniero Marco seguía mirándola fijamente en silencio.

Nora condujo fuera del aparcamiento mientras Diego hacía todo lo necesario para poner el móvil en funcionamiento. En la calle ya era noche cerrada.

Diego consultó el número y pulsó el botón de llamada. Alguien contestó al otro lado de la línea.

—Sí, soy consciente de la hora que es —dijo Diego tras solicitar hablar con el nuncio—. Pero es un asunto de la máxima urgencia. Transmítale este mensaje, estoy más que seguro de que querrá atenderme.

El ayudante de monseñor Venturi no quiso arriesgarse a desechar la llamada. Pidió a su interlocutor que esperase un instante y golpeó la puerta con los nudillos.

—Tengo a un tal Gastón al teléfono. Dice que es urgente, Excelencia Reverendísima. Me ha pedido que le informe de que ha encontrado la reliquia que tantas ganas tenía de hallar.

Monseñor Venturi se puso en pie prácticamente de un salto. Ordenó que le pasara la llamada a su teléfono privado y que cerrara la puerta al salir.

—Qué alegría recibir su llamada, señor Gastón. ¿Es cierto lo que me ha comentado mi asistente? ¿Se ha hecho usted con nuestro apreciado souvenir?

Diego hizo un esfuerzo para que su voz sonara calmada.

—Lo tengo entre mis dedos ahora mismo —respondió Diego mientras hacía girar la pieza ante sus ojos—. Y si quiere ponerle la zarpa encima esfuércese por seguir mis instrucciones. ¿Tiene papel y lápiz?

El nuncio se acercó al pequeño escritorio de su dormitorio.

—Escuche y apunte: al este del pueblo de Guadarrama, en la sierra, camino a Segovia desde Madrid, está el embalse de La Jarosa. Si rodea el embalse por su lado norte se encontrará con una explanada de tierra que hace las veces de aparcamiento de un pequeño restaurante. En uno de los lados de esta explanada nace un camino que lleva a una pequeña capilla rodeada de árboles. Si rodea la capilla y sigue caminando monte arriba unos treinta o cuarenta metros encontrará un pequeño claro en medio de la arboleda. Lleve allí a mi padre a las dos en punto. ¿Ha tomado nota?

—¿Esta noche?

—A las dos de la madrugada en punto. Ni un minuto más tarde.

Venturi no se sentía demasiado cómodo con la cita.

—¿No le parece un poco rebuscado todo esto, hijo mío? ¿Y algo precipitado también? No estoy seguro de tener tiempo de organizar todo con tanta celeridad.

—Más le vale poder hacerlo. O mañana habrá pedazos de esta cosa repartidos por laboratorios y redacciones de noticias de media Europa.

La llamada se cortó abruptamente.

Venturi repasó los detalles de la cita y descolgó el teléfono.

—Avisa al grupo. Tenemos trabajo. Y es muy urgente —ordenó antes de colgar sin despedirse.

Tras consultar su pequeña agenda tecleó un nuevo número. Al otro lado alguien respondió antes de que sonara el segundo tono.

El general escuchó atento y sin interrumpir.

—Creo que me será posible reunir discretamente un pequeño grupo de hombres y un par de vehículos.

El general volvió a escuchar y asintió respetuosamente.

—Está perfectamente claro. Nos mantendremos ocultos.

Guardó silencio de nuevo antes de responder.

—Para mí y mis hombres será un honor y un orgullo, Excelencia Reverendísima.

## CAPÍTULO 26

La luna se reflejaba sobre la superficie levemente encrespada del embalse. Una ligera brisa levantaba minúsculas olas y agitaba las hojas de los árboles que flanqueaban la carretera más allá del rudimentario murete de rocas que corría paralelo al arcén.

Nora giró a la derecha al llegar a un poste indicador que sostenía el pequeño cartel que mostraba la dirección a seguir para llegar a la ermita. Un corto camino de tierra les condujo hasta unos contenedores de basura pintarrajeados, más allá de los cuales se abría una explanada polvorienta.

Hacia la izquierda se adivinaba la terraza de un diminuto restaurante, con sillas de plástico apiladas y un puñado sombrillas publicitarias plegadas encima de una tarima de piedra.

Hacia la derecha, semiocultos por las ramas más bajas de los árboles, unos largos tablones de madera colocados sobre la tierra hacían las veces de escalinata hacia la entrada de la ermita. Ésta era un diminuto edificio de piedra con la fachada encalada de un blanco immaculado, con un pequeño porche adosado a uno de sus laterales y una minúscula campana levantada sobre el muro más alejado.

En contra de lo que Diego esperaba, Nora no condujo por el camino de la ermita sino que rodeó el restaurante y, maniobrando con precisión entre los árboles, ocultó el Audi, dejándolo cuidadosamente orientado hacia la salida de la explanada.

Consultó la hora. Quedaban diecisiete minutos para las dos.

—Bien. Tenemos tiempo más que suficiente. Voy a salir con la pieza y caminaré entre los árboles hasta el claro. Esperaré oculta en el extremo opuesto al lugar por el que llegará Venturi con tu padre.

—Estarás de broma —protestó Diego—. Mi padre, mi fragmento, mi problema. Iré yo.

—No, Diego. No vamos a correr ese riesgo. Tú esperarás aquí al volante. En cuanto vea a tu padre, lo mandaré en esta dirección. Estad muy atentos para ayudarle a encontraros. Y en cuanto se suba al coche, salid disparados de aquí.

—¿Cómo?! —preguntó Diego sorprendido— ¿Qué quieres decir con que salgamos disparados?

—En cuanto tu padre suba al coche, pisa el acelerador y no pares hasta llegar a tu casa.

Diego se sentía confundido. El ingeniero Marco, en cambio, se recostó en el asiento trasero y volvió a observar con detenimiento a Nora. Su gesto expresaba más curiosidad que otra cosa.

—¿Y qué pasa contigo? —insistió Diego.

—Eres un encanto, Diego —repuso Nora—. No te preocupes por mí, yo tengo mis propios planes. Lo fundamental es que tu padre y tú os pongáis a salvo.

—¿Te has vuelto loca? No vamos a dejarte aquí sola con esta gente. ¿Quiere echarme una mano, por favor? —dijo Diego, girándose hacia el anciano.

El ingeniero se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

—Su amiga parece saber muy bien lo que hace, querido muchacho.

Nora miró al anciano y le guiñó un ojo. El ingeniero asintió levemente.

Diego miraba alternativamente a uno y a otra y sacudía la cabeza.

—No. De ninguna manera. No. No vas a ir sola. Y desde luego no te vamos a dejar aquí.

Nora tomó las manos de Diego entre las suyas.

—Diego, te lo pido por última vez, te lo prometo: confía en mí. Todo va a salir perfectamente.

Diego detestaba la idea de abandonarla a su suerte. Pero Nora parecía condenadamente segura de sí misma. Cogió el pequeño paquete de cartón y abrió la puerta. El aire fresco de la madrugada hizo a Diego estremecerse.

Con una última sonrisa, Nora echó a andar. Su melena rubísima resplandecía con la luz de la luna. Diego la siguió con la mirada a través de la luneta trasera hasta que desapareció engullida por la negrura de los árboles.

Diego se cambió al asiento del conductor. Descargó un golpe sobre volante. El ingeniero Marco seguía mirando a través del cristal en dirección a la oscuridad. Al fin se giró. Y sonrió.

Un joven soldado, agazapado tras el minúsculo campanario, el pecho pegado al tejado de la ermita, observaba los movimientos dentro del Audi por entre los troncos de los árboles con unos prismáticos de visión nocturna. Un compañero hacía lo mismo a unos cincuenta metros de distancia, oculto por un espeso arbusto cerca del borde de claro.

—No los perdáis de vista ni por un segundo —ordenó por radio su superior desde el interior de un aparatoso URO VAMTAC verde oliva no lejos de allí.

Quedaban dos minutos para las dos de la mañana cuando un Volvo oscuro que a Diego le habría resultado muy familiar tomaba el desvío hacia la pista de tierra. Sus faros iluminaron fugazmente los blancos muros de la ermita.

El coche se detuvo junto al pequeño edificio. La puerta del acompañante se abrió, dando paso a un tipo enorme con traje que Diego también habría reconocido de inmediato. Se estiró la americana y abrió la puerta del asiento trasero, del que se apeó monseñor Venturi. Por el costado opuesto bajó del coche otro hombre corpulento, y tras él lo hizo el padre de Diego, con un aspecto de atolondramiento superior incluso al habitual.

El primer tipo de traje encendió una potente linterna y echó a andar hacia la parte trasera de la ermita. Venturi lo siguió. El segundo hombre trajeado hizo presa en el brazo izquierdo del padre de Diego y lo empujó a seguir a la comitiva.

En menos de un minuto dieron con el claro entre la arboleda.

Nora vio culebrear la luz de la linterna entre los árboles. Cuando al fin se detuvo supo que sus invitados habían llegado a la fiesta.

Dio un par de pasos hacia delante y encendió su propio foco. Unos veinte metros la separaban del grupo recién llegado.

—Ya están todos aquí —susurró el soldado que se ocultaba en la oscuridad tras un tronco a sólo unos pasos de distancia de Nora.

Venturi dio un paso al frente.

—Esperaba encontrarme con el señor Gastón —gritó en dirección a Nora

—Tenía asuntos urgentes que atender. Confío en que no le parezca un problema —respondió Nora. Y agitó el paquete en el aire, iluminándolo con la linterna. Nora extrajo el extremo del sobre de su interior.

Venturi distinguió el sello de lacre roto en la distancia.

—Creo que eso me pertenece, señorita. Haga el favor de entregármelo.

—Lo cierto es que no le pertenece pero supongo que no es momento de discutir esos detalles. Deje que el padre Diego venga y le daré lo que ha venido a buscar.

Nora creyó adivinar una sonrisa en la cara de Venturi.

—No quiero pecar de desconfiado, señorita, pero me temo que no la conozco lo suficiente como para dar el primer paso. Hagamos una cosa. Usted trae hasta aquí el paquete y al mismo tiempo este caballero irá hacia donde están ustedes. ¿Le parece bien?

Nora asintió y echó a andar sin ninguna prisa. Venturi hizo un gesto a sus hombres.

El tipo que tenía agarrado al padre de Diego liberó su presa y le dio un empujón en el hombro. Confundido, el padre de Diego se giró hacia sus captores.

Venturi suspiró con impaciencia y le indicó con el brazo que se pusiera en marcha. El padre de Diego obedeció y comenzó a caminar arrastrando los pies.

Nora y él se cruzaron en mitad del claro.

Nora le tomó la mano con la que tenía libre y acercó sus labios a su oído.

—A su izquierda se abre un sendero. En cuanto lo suelte, eche a correr en esa dirección. Tan rápido como le sea posible.

El padre de Diego giró la cabeza levemente.

—Unos metros más adelante, entre los árboles, verá un Audi plateado —añadió Nora—. Diego le espera en él. Cuando lo vea, hágame el favor de darle, esto. ¿Lo hará?

El padre de Diego miró hacia abajo. Nora había dejado un papel en la palma de su mano y le cerraba el puño sobre él.

—Ahora, ¡corra! ¡Ya!

El padre de Diego obedeció sin pensar. Giró a la izquierda y comenzó a trotar torpemente.

Nora se quedó parada un instante. Venturi tuvo un mal presentimiento.

Súbitamente Nora hizo un giro y se lanzó a la carrera en la dirección opuesta al padre de Diego, hacia el interior de la arboleda, ladera arriba. Pasó tan cerca del soldado que vigilaba la escena tras un arbusto que si éste hubiera estirado el brazo casi habría podido agarrarla.

—¡Algo ocurre, señor! —gritó el soldado a su micrófono.

—¿Qué está pasando? —reclamó el general desde el vehículo.

—¡Es la mujer, señor! ¡Está huyendo!

Venturi dudó una fracción de segundo a cuál de los dos corredores debían atrapar primero. Al fin empujó al tipo de la linterna, que se lanzó en persecución de Nora.

—¡Corre monte arriba, señor! —intervino el soldado que vigilaba desde el tejado de la ermita—. Se ha metido entre los... ¡aaaaahhhh!

Un agudo aullido de dolor cortó su frase. El soldado había seguido con los prismáticos de visión nocturna la carrera de Nora entre los árboles y un súbito foganazo lo había cegado, provocándole una insoportable sensación de abrasamiento en los ojos.

Una potente luz de tonos naranjas parecía incendiar el monte. El resplandor bailaba tras los árboles y su intensidad era tal que apenas permitía distinguir los troncos. Nora corrió hacia ella.

El padre de Diego apareció jadeando. Diego se apeó del Audi para ayudarlo.

Se acercaron hasta la puerta trasera. La luz anaranjada inundaba el interior del habitáculo.

—¿Qué está pasando ahí atrás? —preguntó Diego.

—Qué gran placer volver a verlo, Gran D. Tiene usted un aspecto magnífico —dijo alegre el ingeniero Marco, estrechándole la mano—. ¿Arrancamos, muchacho? —preguntó a Diego, asomando la cabeza por la puerta.

—Pero... ¿y Nora? —dijo Diego con aprensión.

—Muchacho, a estas alturas ya debería haber comprendido de que su amiga sabe arreglárselas sola perfectamente —dijo con tono calmado—. Haga lo que ella le ordenó. Ponga en marcha este trasto y vayámonos de aquí.

La luz creció en intensidad. De naranja viró a rojo y después a un blanco deslumbrante. Durante un instante pareció hacerse de día en mitad de la noche.

El corpulento hombre del traje sintió la calidez de la luz en las mejillas. Tuvo tiempo de contemplar a Nora mientras era engullida por la claridad. Fue la última vez que la vio.



## CAPÍTULO 27

El Volvo oscuro estaba detenido frente a la verja metálica, junto al pequeño escudo con las dos llaves entrecruzadas y la tiara papal. El sol empezaba a asomar tras los aburridos edificios de ladrillos más allá del muro.

Los tipos de traje cruzaron sus miradas, con una mezcla de estupor y pánico.

Monseñor Venturi ocupaba su lugar en el asiento trasero. Observó que no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Reflexionó unos instantes.

Llegó a la conclusión de que el fragmento estaría seguro.

No era lo que había planeado, pero le pareció suficiente.

Los primeros rayos del alba se filtraron en el interior del URO VAMTAC a través de los pequeños y gruesos cristales blindados. El general reconoció a lo lejos la torreta de vigilancia del extremo norte del cuartel.

En el interior del vehículo nadie dijo una palabra. El general sabía que iba a tener que tomar nota de todo lo ocurrido pero probablemente optaría por no redactar ninguna clase de informe. Tendría que dar demasiadas explicaciones incómodas.

—Vayan a dejar el vehículo al depósito y preséntense inmediatamente después en el edificio de oficiales. Señores, esta noche nunca ha ocurrido.

Diego se encontró al volante del Audi. Pero no reconocía el lugar en el que estaba. Miró a su alrededor.

El coche estaba detenido frente a una valla de madera al borde de una ladera poblada de altos pinos. A su espalda corría una carretera de montaña que le resultaba levemente familiar. Giró la cabeza.

En el asiento trasero, su padre y el ingeniero Marco tenían el mismo aspecto de confusión que él. Y al igual que él miraban el espectacular paisaje en silencio.

A la derecha del coche, más allá de una señal recordando la prohibición de encender fuego, Diego vio un cartel informativo sobre dos postes de maderas con un pequeño tejado para protegerlo de la lluvia y la nieve. Bajó del coche y se acercó caminando a él. El sol empezaba a mostrarse perezosamente por detrás de las montañas iluminando cientos de tonos diferentes de verde.

Observó el cartel. En su cabecera pudo leer 'Área de descanso'. Bajo el título se veía un mapa del relieve de la Sierra del Guadarrama y, junto a él, el detalle de algunos de los lugares que podía visitar el viajero además de algunas fotos de paisajes y de las especies vegetales que les rodeaban.

Diego regresó al coche. Pulsó el contacto y accedió al navegador. Éste le devolvió las cifras del cálculo. De algún modo habían recorrido más de treinta kilómetros por carreteras de montaña desde la orilla del embalse. Pero no lograba recordar cuándo.

—¿Cómo...? —dijo girándose de nuevo hacia el asiento trasero. Dejó la pregunta suspendida en el aire.

Su padre, que seguía con los ojos muy abiertos, sólo acertó a negar con la cabeza muy lentamente. El ingeniero Marco se encogió de hombros.

Diego se pasó una mano por la cara, pensativo. El tacto de la barba le resultó áspero. Estaba deseando volver a afeitarse.

—No entiendo nada.

—Mire su reloj, muchacho.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, girando su muñeca.

—Mírelo bien —respondió el anciano—. ¿Usted también lleva reloj, Gran D?

Padre e hijo se miraron aturdidos. Diego acercó la muñeca a su oído. El mecanismo sonaba con regularidad y la aguja del segundero se movía rítmicamente. Pero el reloj marcaba las dos y nueve minutos. Fuera del coche el sol acariciaba las copas de los árboles.

—Y esto, mis queridos amigos, es lo que se llama fenómeno del tiempo perdido.

El señor Marco y el padre de Diego se sentaron sobre un tronco serrado que hacía las veces de banco. Diego prefería caminar dibujando grandes círculos.

El tráfico empezaba a animarse ligeramente.

—¿Por qué llevas esas pintas tan extrañas, hijo? —preguntó al fin el padre de Diego tras un prolongado silencio.

Diego se acarició la cabeza afeitada.

—¿No te gusta?

—Pero es que tienes la barba naranja. Parece que se te ha oxidado la cara.

—Fue idea de Nora. Para protegerme. Ya te lo explicaré.

Al oír el nombre, el padre de Diego cayó en la cuenta de que seguía con el puño izquierdo fuertemente cerrado. Sentía los músculos de la mano agarrotados.

—Ah, sí. Lo olvidaba, hijo. Aquella mujer me dio algo para ti —dijo, alargando el brazo.

Diego se apresuró a coger la pequeña bola de papel que le ofrecía su padre.

La estiró sobre el capó del Audi. Parecía un pedazo de la factura de la compañía de alquiler. Le dio la vuelta. Encontró una palabras escritas a lápiz.

'Gracias por ser como eres. No olvides revisar la guantera antes de devolver el coche'.

Diego abrió la puerta del copiloto y pulsó el tirador de la guantera. Encima de la carpeta de la documentación reposaba un sobre abultado. En su anverso pudo leer 'Por las molestias'.

Diego deslizó la solapa. Dentro del sobre había un grueso fajo de billetes cogidos con una goma y una última nota adosada a ellos con un clip. Reconoció la elegante caligrafía de Nora una vez más.

'No más excusas, Diego. Busca tu casita junto al mar'.

Diego se giró hacia el ingeniero Marco y le mostró el pedazo de papel. Éste frunció los labios.

—Ya lo ve, muchacho. Parece que su amiga le ha dejado sin pretextos.

Diego miraba los billetes con los ojos desorbitados.

—Esto es una locura.

—A juego con todo lo demás —respondió el anciano.

—La mitad de todo esto es suyo.

—De ningún modo —protestó el ingeniero Marco—. Nora lo ha dejado muy claro en la nota. Además —añadió con una sonrisa—, puede estar seguro, querido muchacho, de que yo ya he recibido más de lo que podría haber soñado.

## EPÍLOGO

Lo vio aparecer a media mañana en lo alto del camino, tras doblar la curva que se dibujaba por detrás de una diminuta caseta de aperos.

Bajó sin prisa por la calzada estrecha, disfrutando de las caricias del sol y del aroma a salitre. Llegó hasta la cerca de madera, empujó la portezuela y subió las escaleras.

No necesitó llamar. Diego había corrido hacia la puerta nada más verlo.

Lo recibió con un abrazo.

—Tiene buen aspecto, muchacho. Me duele decírselo pero aquella barba naranja no acababa de favorecerle —dijo el viejo ingeniero, dándole una palmadita en el hombro—. Veo que cumplió con la misión que le dejó encargada su amiga.

Diego le invitó a entrar en la casa.

—Me llevó tres semanas encontrarla, pero lo conseguí. Tal y como la había imaginado.

Diego le señaló una pequeña terracita que se abría a un prado de hierba verdísima. Más allá, un grupo de arbustos crecían al borde de un acantilado. Detrás de ellos, las olas rompían contra algunos grupos de rocas aisladas, dibujando pequeñas manchas blancas aquí y allá sobre el azul del agua.

Mientras cruzaba el salón, el anciano vio un escritorio de madera con un ordenador, una lámpara, media docena de libros apilados y un montón de folios escritos desparramados. En su cara se dibujó una gran sonrisa.

Caminó hasta la terraza. Dos sillones de mimbre colocados a ambos lados de una mesita baja miraban directamente hacia la enormidad del mar.

—La búsqueda mereció la pena, amigo mío —gritó el ingeniero por encima de su hombro, acomodándose en uno de los sillones.

Diego regresó con dos botellines de cerveza muy fríos y un cuenco con aperitivos. Los colocó en la mesita y se sentó en el asiento libre.

—Cada tarde me siento aquí una hora o dos. Leo, miro el agua y pienso. Debería ver esto los días de tormenta. El mar parece querer escalar las rocas y ahogarnos a todos. Es un auténtico espectáculo.

El anciano estiró el brazo y ofreció su botellín. Diego lo golpeó con el suyo y ambos dieron un largo trago y observaron el paisaje en silencio.

—¿Ha cumplido también la segunda parte del trato?

—¿Lo del libro? Sí, señor. Sorprendentemente rápido. Resulta que en cuanto puse un poco de orden en mis cosas tenía muchísimo material ya escrito. Envié el primer manuscrito a media docena de editoriales y la respuesta fue mucho mejor de lo que esperaba. Dentro de unas cuantas

semanas podrá encontrarme en cualquier librería del país.

—Lo buscaré —prometió el ingeniero—. ¿Y cuál es el argumento, si me permite preguntarle? ¿Trata sobre...?

Diego apuró un sorbo de cerveza y sacudió la cabeza mientras tragaba.

—No podría. Y nadie lo tomaría en serio, de todos modos.

El ingeniero sonrió. Probablemente tuviera razón.

—¿Y qué me cuenta del Gran D? —preguntó el anciano señalando con la cabeza un portafotos sobre un aparador cerca de la puerta de la terraza. En él se veía a Diego junto a sus padres en aquella misma terraza.

—Tan aburrido como siempre —respondió Diego mientras guiñaba un ojo—. Ese hombre es inalterable. Lo más complicado fue convencer a mi madre de que no había cometido ninguna locura en el tiempo que supuestamente había pasado conmigo. Creo que no se quedó demasiado convencida. Ahora vienen los dos a verme cada quince días y el único empeño de mi madre es que la nevera se quede repleta de comida antes de marcharse.

—Algún día tiene que presentarme a su madre, muchacho.

—Harían muy buenas migas. No me cabe la menor duda.

El anciano rebuscó en sus bolsillos.

—No podía plantarme en su casa con las manos vacías. Así que le traigo una pequeña sorpresa —dijo, extendiendo hacia Diego un pedazo de papel doblado.

Diego lo desplegó y lo miró con gesto confuso.

—¿Qué estoy mirando?

—¿Recuerda aquellos tipos que se llevaron del laboratorio el dichoso fragmento que usted encontró?

Diego asintió. 'Como para olvidarlo...', pensó.

—Al parecer ninguno de ellos le prestó atención a los terrones de tierra chamuscada que incluyó en el paquete junto a la pieza. Ni siquiera el bueno de Ugarte se acordó de ellos hasta el momento en que los encontró cuando intentaba rescatar lo poco que quedó en condiciones aceptables después del incendio. En cuanto dispuso de un equipo decidió analizar las muestras. Estos son los resultados.

Diego revisó de nuevo el folio.

—Ya veo. Pues sigo sin entender nada —tuvo que admitir.

—Ugarte halló trazas de cesio-137 y plutonio-239 —explicó el anciano, señalando un grupo de cifras.

Diego alzó una ceja.

—¿Radiactividad?

—Entre cincuenta y cien veces superiores a lo que podrían considerarse niveles normales.

Diego se tomó unos segundos para asimilar la información.

—Pues entonces no me hace ninguna gracia haberlo llevado encima durante horas —se limitó a decir. El ingeniero Marco sonrió.

Contemplaron el mar en silencio durante unos minutos. El sol estaba alto y arrancaba reflejos plateados de la cresta de las olas.

—¿Piensa alguna vez en ella, muchacho?

—Continuamente —suspiró Diego—. Cada día.

Brindaron con los botellines de nuevo y alzaron la mirada hacia las profundidades del cielo.

# **EL FACTOR HYNEK**

Manuel Bescós

## **El autor**

Padre orgulloso.

Mediapunta creativo.

Curioso profesional.

Dinosaurio del marketing digital.

Llevo juntando palabras e imaginando historias desde los doce años.

Permaneced atentos, esto no ha hecho más que empezar.